

Soy Yurik

(memorias de un argentino en la Guerra Civil Española)

Jorge Colonna, 2017

A la memoria de Samuel Joukovsky

*El verdadero odio es el desinterés,
y el asesinato perfecto es el olvido.*

Georges Bernanos

PRÓLOGO DEL AUTOR:

A los lectores de “Castelar Digital”

Muchos de ustedes leyeron *Los crímenes de Castelar*, mi saga de novelas policíacas. Si bien me apasiona ese género literario, también es cierto que el destino me ha permitido conocer a protagonistas de la Guerra Civil Española, cuyas trágicas historias de vida merecen ser divulgadas. Es más, durante años, tuve la sensación de que esos relatos orales me perseguían, reclamando ser escritos.

Es por eso que hoy les comparto una ficción histórica, inspirada en mis conversaciones con *Samuel Joukovsky, voluntario argentino combatiente de las Brigadas Internacionales, amante de la Libertad y de la Justicia, reconocido por su heroísmo, abnegación y espíritu de sacrificio puesto al servicio de la República Española.*

Pero aquellas palabras de *Samuel*, luego ampliadas en sus memorias, fueron sólo el punto de partida de una larga búsqueda de testimonios, que me permitieron completar, ampliar y documentar su relato,

hasta transformarlo en un texto que entreteje ficción y realidad histórica.

Jorge Colonna

Soy Yurik

(memorias de un argentino en la Guerra Civil Española)

*“Muchos de mis recuerdos se han desdibujado al evocarlos,
han devenido en polvo como un cristal irremediablemente herido”
(Pablo Neruda-Confieso que he vivido)*

INTRODUCCIÓN

Cuando derribaron la puerta de mi casa, yo ya no estaba allí.

Los paramilitares revolvieron todo, requisaron algo, robaron lo que quisieron y el fuego destruyó el resto. El oportuno llamado de un viejo camarada de la Guerra Civil Española me había salvado la vida. Pude escapar, pero con las manos vacías.

Todo había comenzado en noviembre de 1975, con la muerte de Franco, cuando varios excombatientes nos intercambiamos mensajes festejando el fin de la tiranía del “generalísimo”.

Probablemente, esos mensajes llegaron a manos de algún obsecuente de la dictadura argentina, y aquel grupo de sexagenarios fuimos considerados subversivos y perseguidos como tales.

A partir de aquella trágica noche de 1976, sin techo, sin pertenencias y sin documentos, con una jauría de borceguíes pisándome los talones, me convertí en un prófugo, una hoja en la tormenta de la clandestinidad.

Durante interminables meses permanecí oculto en el Conurbano, hasta que conseguí refugio en una deshabitada chacra patagónica, donde al desarraigo se le sumó la soledad.

Excluido del mundo y abrumado por el silencio, mi única compañía eran mis propios pensamientos, Entonces, sin esperanzas de un futuro mejor,

comencé a evocar las fragmentadas imágenes de mi pasado.

Con el tiempo –al no tener con quién compartir los recuerdos que quería preservar- me propuse escribirlos, para dejar un testimonio de mi vida.

Pasaron los años, volvió la democracia, me reinserté en la sociedad y un día decidí pasar a máquina aquellos desordenados manuscritos.

Con respecto a la guerra que dividió y desangró a España, aunque me esforcé para agregar datos, llenar huecos, corregir errores y subsanar olvidos, seguramente no pude evitar las distorsiones producidas por el tiempo transcurrido entre aquellos sucesos que vieron mis ojos y el momento en que mi memoria los reconstruyó en esta narración.

Por lo tanto, el lector no debe buscar aquí la *verdad revelada*, sino – simplemente- mi punto de vista sobre los procesos históricos que me tocó protagonizar.

Yurik Zhukovski (1913-2013)

CAPÍTULO (I): LA REVOLUCIÓN RUSA DE 1905



Soy Yurik y estas “memorias” se remontan a fines de 1887, cuando en San Petersburgo, junto a las heladas aguas del Neva, nace mi padre: Petrov Zhukovski.

En aquella época, los zares creían que a un país como Rusia -eslavo y ajeno a la evolución política y social del mundo occidental- le bastaba apelar a la tradición, las costumbres y a la sojuzgada iglesia ortodoxa, para mantener la armonía social entre la monarquía, la nobleza y los campesinos. Sin embargo, el creciente proceso de industrialización permitió que los obreros rusos se convirtieran en un nuevo factor de poder, al que pronto apoyarían intelectuales y estudiantes.

Mi abuelo profesor y mi abuela comerciante compartían los sueños democráticos de la burguesía intelectual, pero vivían en condiciones

económicas más cercanas a las de la clase baja. De esa dualidad surgió el espíritu revolucionario, cuyo germen le transmitieron a su hijo Petrov.

En consecuencia, desde su ingreso a la universidad, mi papá fue un apasionado militante socialista, que se reunía con los obreros, les leía los diarios, les inculcaba las reivindicaciones políticas, y los inducía a la huelga y a la lucha contra el régimen zarista que culminó con la revolución de 1905.

Todo comenzó con una marcha, compuesta por familias de trabajadores, cuyo objetivo era llegar hasta el Palacio de Invierno y entregar al Zar una petición de mejoras laborales. Pero aquella pacífica manifestación fue salvajemente reprimida por tropas cosacas y soldados de infantería, que causaron miles de muertes. Esta masacre provocó una oleada de protestas que marcaron el divorcio entre el zar y las masas populares, cuyas demandas de “tierra y libertad” sólo podrían ser satisfechas mediante una revolución.

Apremiados por una situación económica insostenible, los campesinos pasaron de la protesta pacífica a la insurrección violenta, saqueando y quemando latifundios de la nobleza. Por su parte, los obreros decidieron resistir mediante huelgas masivas que comenzaron en San Petersburgo y se propagaron a otros centros industriales del imperio ruso. Mi padre, junto a muchos otros universitarios radicalizados, se sumó a este levantamiento popular. Allí conoció a León Trotsky, quien comenzó coordinando los comités de huelga y terminó como líder revolucionario del proletariado. Un apoyo significativo fue el de los marineros del acorazado Potemkin -anclado en el puerto de Odessa, en el Mar Negro- que se sublevaron contra sus oficiales, mostrando el camino a otras unidades de la marina y del ejército. Fue la primera vez que el pueblo ruso participó decisivamente en la lucha por el poder e intentó tomar en sus manos su propio destino. Pero las circunstancias todavía no estaban dadas y esta embrionaria insurrección fue abortada por el ejército zarista que no dudó en ametrallar a hombres, mujeres y niños.

Como muchos otros participantes de aquel levantamiento, Petrov –pese a tener solo 18 años- fue apresado y condenado a trabajos forzados en un campo de reclusión.

Con la curiosidad sin límites, típica de la infancia y la adolescencia, yo solía perseguir a papá con preguntas sobre sus “aventuras revolucionarias”. Así, gracias a su capacidad de observación y a su atrapante forma de narrar, fui memorizando los padecimientos que sufrió en las infames prisiones de los zares.

“Jamás olvidaré la maldita cárcel de Kresty” –contaba mi padre, sin disimular su rencor. “Nos trasladaron en un inmundo furgón penitenciario. Un carromato negro, una asfixiante jaula cerrada, sin ventilación, abarrotada de condenados y con un agujero en el piso como letrina. Cuando los dos enormes caballos tomaban una curva, en el interior del furgón nos resbalábamos y caíamos en el piso pestilente” –se asqueaba papá, mientras revivía la humillante escena. “La única parada fue en un destacamento militar, para cambiar de transporte. La nieve acumulada obligaba a reemplazar el carromato

con ruedas, por otro con base de trineo. Además, los caballos estaban agotados por el largo y duro esfuerzo. En principio, salir un rato al aire libre, me pareció una bendición. Pero pronto, el viento helado castigó mi cara y el frío húmedo de la nieve traspasó mis botas y comenzó a congelarme los pies. Así, tiritando como oveja esquilada, tuve que soportar el segundo tramo del viaje hasta la siniestra prisión, donde también estuvieron detenidos Trotsky y otros líderes anti-zaristas.

Al bajar del carro, en plena noche, quedé encandilado por la luz de los reflectores de vigilancia. Maltrecho por el viaje y aturdido por los gritos de los guardias y los feroces ladridos de sus perros, sólo atiné a respetar la fila que se estaba formando. Luego, caminando sobre un encharcado patio de adoquines, llegamos frente a un grueso portón de hierro que –con tétrico chirrido- se abrió lentamente. Entonces, en la lúgubre penumbra, los nuevos presos ingresamos a un apestoso pasillo, flanqueado por calabozos desde donde nos escudriñaban centenares de pares de ojos. Aterrado, bajé la vista, sin animarme siquiera a mirar fugazmente a aquellos rostros extraños. Finalmente, los recién llegados fuimos empujados dentro de una celda cuyos camastros ya estaban ocupados y tuvimos que tirarnos en el piso, envueltos en nuestros capotes. Tras usar la letrina -un asqueroso agujero sobre el que tuve que ubicarme a horcajadas- me quedé dormido. Al rato me despertó el golpeteo de los platos de hojalata. Había llegado la comida. Aunque el supuesto caldo era un dudoso líquido caliente, en el que habían hervido extrañas verduras, me lo tomé sin dudar y volví a dormirme.

Antes del amanecer, los guardias patearon violentamente la puerta metálica para avisar que era hora de levantarnos. A continuación, se metieron en la celda y zamarrearon a los que continuaban aletargados, o se decían enfermos o sin fuerzas. Finalmente, entre quejas y gemidos, cada cual se puso de pie y se abrigó como pudo. Yo conservaba mis botas de cuero, pero muchos otros presos solo tenían andrajosos calzados de cáñamo, inútiles contra el frío y la nieve. A los empujones, nos sacaron a la intemperie para hacer cola frente a la humeante cocina a leña. Cada uno presentaba su plato y recibía un mísero cucharón de cereales pisados, acompañado por un pedazo de pescado seco y salado. Eso debería bastarnos para enfrentar la extenuante jornada de trabajo, con temperaturas bajo cero” –continuaba contando mi padre, con voz dolida, mirada dura y puños crispados.

“En su gran mayoría, los convictos debían trabajar en el bosque desde el amanecer hasta la noche, con escasos períodos de descanso para reanimarse junto al fuego, bebiendo una taza de una infusión caliente, sucedánea del té. Sin embargo, dada mi inexperiencia, me asignaron una tarea más sencilla pero más dura: despejar caminos donde la nieve me llegaba hasta la cintura. Pronto comprendí que –por el esfuerzo, el frío y el hambre- ningún recluso podría sobrevivir mucho tiempo. Por lo tanto, comencé a ahorrar energías en el trabajo, para intentar una hipotética fuga”.

A esta altura del relato de mi padre, yo me preparaba para escuchar el

episodio más emocionante. “Tiempo después, una de esas mañanas heladas, húmedas y brumosas, mientras paleaba nieve en el pantanoso camino que conducía a San Petersburgo, la espesa niebla me brindó la oportunidad de escapar. Durante aquellas penosas jornadas, bajo la estrecha vigilancia de guardias armados y con la bayoneta calada, los prisioneros éramos liberados de las pesadas cadenas. Entonces, con la insensatez propia de mi juventud, intenté arrebatarme el fusil al soldado más cercano. Mi impericia hizo que en el forcejeo la palma de mi mano izquierda se cortara con el filo de la bayoneta. Pero, con un furioso y desesperado puñetazo de derecha, derribé al desprevenido guardia. De inmediato, salté una cerca de troncos, pero -cuando ya estaba por perderme en la bruma- sonó un disparo y sentí el maldito impacto en mi espalda, cerca del hombro. A pesar del dolor, me levanté y seguí corriendo. La suerte se puso de mi lado cuando me topé con un caballo que buscaba briznas de pasto entre la nieve. Sin dudarlo, monté en pelo y desaparecí en aquella niebla sin horizonte”. Con este épico final, mi viejo concluía aquel relato revolucionario que -a mi pedido- me contaba una y otra vez.

CAPÍTULO (II): LA REVOLUCIÓN BOLCHEVIQUE DE 1917



“Había una vez”. Con esta infalible muletilla mi mamá lograba atrapar mi volátil atención infantil. Por ejemplo, si yo preguntaba por qué nació en Argentina, ella respondía:

-Había una vez un señor muy rico y muy bueno, conocido como el Barón

Hirsch. Era un noble alemán que -al ver que los campesinos rusos trabajaban como esclavos—se propuso darles una nueva oportunidad, en otra tierra. El lugar elegido fue la rica pampa Argentina, donde fundó las primeras colonias agrícolas. Gracias a Hirsch, miles de rusos recibieron pasajes de barco, una parcela de tierra, herramientas y animales de trabajo. Pero esto no era gratis. No se trataba de una limosna, sino de un préstamo que debía cancelarse con una parte de sus futuras cosechas.

A esta altura del relato, yo ya la interrumpía con la misma pregunta:

-¿Pero, por qué yo nací en Argentina?

Entonces ella, sin desatender sus costuras, ni alterar su parsimonia, con su don natural para la narración, modulando la voz y la entonación, manejando los tiempos y enfatizando con gestos, continuaba.

- Yo llegué antes que papá, a quien todavía no conocía. Ansiosos por convertirnos en agricultores libres, con tus abuelos y muchas otras familias rusas, desembarcamos en Buenos Aires. Los primeros trámites fueron fáciles, porque había leyes para atraer inmigrantes. Luego, todos juntos, tomamos un lindo tren hacia la provincia de Santa Fe y bajamos en una parada sin andén ni techo, en medio de una pampa inmensamente plana y sin un mísero árbol. No había nadie esperando, ni nadie vino a buscarnos. En aquel total desamparo, sufrimos las inclemencias del tiempo, el hambre y la sed. Día tras día, los trenes pasaban sin detenerse y algunos bebés comenzaron a morir. Finalmente, con una semana de demora, un tren de carga trajo las provisiones y materiales que el Barón Hirsch había comprado para nosotros. Así se inició el asentamiento que llamamos Moisés Ville, en recuerdo de la epopeya bíblica del Éxodo de Egipto hacia la Tierra Prometida.

- ¿Sigo o ya te aburríste? —se interrumpía mamá.

- ¡Seguí hasta que nazco yo! —era mi respuesta.

- Unos años después, llegó Petrov Zhukovski.

- ¡Papá!

-Sí. Y se encontró con un pueblo de gauchos judíos. Para ese entonces ya había una larga calle, con casas a ambos lados y cada una tenía su quinta detrás. A diferencia de tu abuelo, que trabajaba la tierra, Petrov era técnico mecánico, con estudios de ingeniería, Por eso consiguió trabajo en el grupo que se ocupaba de la importación y mantenimiento de la maquinaria que necesitaban los colonos.

- ¿Papá te conquistó o vos lo conquistaste a él? —era mi pregunta favorita.

- Fue amor a primera vista. Yo era muy joven, educada, alta, linda, y tenía bastantes admiradores entre los jóvenes del pueblo. Él también era alto y muy pintón (como se decía entonces), usaba esos bigotes en forma de manubrio de bicicleta (mostachos), típicos de los señores elegantes que salían en los diarios de la época -decía Esther, mientras interrumpía la costura para simular con sus manos aquellos ridículos bigotazos. Pero además, Petrov era un revolucionario. Había luchado contra los zares y sufrido en prisión. Lo cierto es que nos pusimos de novios, nos casamos y en diciembre de 1913, nació el sol de nuestras vidas: ¡vos! Colorín, colorado este cuento ha terminado -decía mamá mientras me abrazaba y me llenaba de besos.

Durante mi infancia, había otras partes de la historia familiar que me costaba entender.

¿Si ustedes son rusos y yo argentino, porqué vivimos en China? - pregunté un día.

Entonces mamá, con su natural dominio de los trucos para contar cuentos, recreaba los irrepetibles episodios que marcaron mi infancia:

- Durante tus tres primeros años, disfrutamos de la vida rural en Moisés Ville, gozando de la naturaleza sin más problemas que el clima y las plagas. Pero en marzo de 1917, una revolución derroca al zar contra el que había luchado tu papá. Él y yo soñábamos con vivir en una Rusia democrática y –con la ilusión de ofrecerte un futuro mejor- decidimos regresar a nuestra patria. Por entonces, estaba en pleno desarrollo la Primera Guerra Mundial, (Alemania y sus aliados peleaban contra Francia, Inglaterra y Rusia). En consecuencia, naves de guerra y submarinos alemanes patrullaban el Atlántico y el mar del Norte. Sin embargo, tras tocar puertos de África, Islas Canarias, Gran Bretaña y Escandinavia, el barco que nos llevaba llegó sin inconvenientes a Arcángel, en el Mar Blanco, al norte de Rusia. Afortunadamente, gracias a su amistad con una de las nuevas autoridades, papá consiguió trabajo en un frigorífico que estaba en Sarátov, sobre el río Volga.

Para llegar a ese lugar, tuvimos que recorrer más de 1500 kilómetros, en tren. En aquella época, esa región del Volga estaba poblada por una importante colonia de alemanes que conservaban su idioma, su cultura, sus tradiciones y sus iglesias. Por lo tanto, vos -que apenas tenías tres años y estabas aprendiendo a hablar español- te encontraste viviendo en un lugar donde la primera lengua era la rusa y la segunda la alemana, sin mencionar el Idish que escuchabas en casa.

-¿Ese lugar era más lindo que Argentina? -solía preguntar yo.

- Era completamente distinto, por supuesto no tenía ni el maravilloso sol, ni el cielo tan azul, ni una temperatura agradable. Sarátov era un importante puerto con un servicio de barcas para efectuar el cruce de los vagones del ferrocarril a través del Volga. Nosotros vivíamos en las afueras, en un pequeño pueblo de casas de madera, que rodeaba al frigorífico, junto al río, sobre la estepa, lejos de los bosques y las montañas. También había una iglesia y un pequeño cementerio. Nuestros vecinos eran gente sencilla, aferrada a sus antiguas tradiciones germanas, que no compartían los sueños revolucionarios de tu padre y míos. Como contrapartida, vos conociste el placer de saborear un rico té caliente junto al samovar, luego de los divertidos deslizamientos en trineo por la nieve.

-Creo que recuerdo la nieve. ¿Cuánto tiempo vivimos ahí?

-No mucho. En la vida nada es para siempre, y a los pocos meses tuvimos que marcharnos.

- ¿Por qué?

- Otra revolución...

-¿Otra más?

-Sí. Sí. Con la revolución de marzo de 1917 surgió el primer gobierno democrático, pero en noviembre fue derrocado por los bolcheviques.

- ¿Bolcheviques?

- Un movimiento obrero que reemplazó la dictadura de los zares por una dictadura comunista.

-¡No entiendo!

- Cuando seas más grande vas a entender –esta era la frase a la que recurría mi madre cuando se quedaba sin respuestas sencillas.

Mi mamá tenía razón, con el tiempo entendí. Con la ayuda de buenas lecturas –tan contrapuestas como complementarias- comprendí que en Rusia, durante aquel lejano 1917 todo cambió muy rápido. La revolución de marzo, mediante el primer gobierno provisional liberal burgués, había intentado el camino democrático, pero en noviembre fue derrocada por los bolcheviques. La situación excepcional creada por la Guerra Mundial, las deserciones masivas de soldados y el descrédito de la clase política para ocupar el poder, fueron aprovechadas por el marxismo. Primero, el voto popular había logrado reemplazar al Gobierno Provisional por uno nuevo, totalmente socialista. Luego, con la Revolución de Octubre, Lenin se apoderó del gobierno. Fue un momento histórico en el que se quebró el curso normal de los acontecimientos. Cayó el viejo orden y se abrieron las puertas a un futuro impredecible. El sueño compartido por los rusos consistía en una nueva forma de vida social basada en la libertad y la igualdad, en la que -sin propiedad privada y sin explotación- trabajadores, campesinos y soldados fueran los artífices de su propio destino. Sin embargo, una minoría radicalizada se adueñó del poder, prohibió y persiguió a las demás fuerzas políticas y sepultó los ideales libertarios. En consecuencia, el pueblo ruso continuó siendo explotado. Se había liberado del viejo autoritarismo zarista para caer bajo la dictadura de los burócratas del Partido Comunista.

El siguiente éxodo familiar incluía situaciones tan dramáticas que – durante mi infancia- mamá nunca encontró una forma sencilla para explicármelo. Recién en mi adolescencia me compartió los detalles del cruce de Siberia, escapando del horror bolchevique.

Ante la imposibilidad de regresar por Europa, que estaba en plena guerra mundial, la única opción de mis padres era intentar llegar al Lejano Oriente, arriesgándose a atravesar las heladas estepas, con una criatura que aún no había cumplido cuatro años

Dejando atrás un horizonte de casas en llamas, explosiones y gritos lejanos, inmersos en la bruma de veinte grados bajo cero, cubiertos por mantas y apretujados en un trineo tirado por dos caballos que apenas podían avanzar en la nieve, llegamos a la abarrotada estación del ferrocarril Transiberiano. La gente se empujaba con sus fardos y baúles, pugnando por los últimos asientos disponibles. Nosotros no tuvimos suerte y –en la desesperación- mis padres aceptaron que los tres viajáramos en un vagón de carga. Sin sacarnos los gorros y capotes de piel, envueltos en gruesas mantas, nos sentamos en el suelo, hacinados en un rincón. Según mi madre, yo lloraba mientras ella me abrazaba en medio de una oscuridad que no permitía vernos las caras y mucho menos las de quienes nos rodeaban. El ulular del viento acallaba nuestras voces. Cuando el tren intentó arrancar, la vieja locomotora no tuvo la fuerza suficiente para mover la formación. Entonces, desengancharon un par de vagones de carga, los únicos que no transportaban gente. Finalmente, el tren logró iniciar su Odisea, internándose en aquella inhóspita y desolada blancura, sin límites ni horizontes.

Cuando algún bosque aparecía de la nada, interrumpiendo el blanco absoluto de la estepa siberiana, la locomotora se detenía y los hombres – exponiéndose a las furiosas oleadas de nieve- se turnaban en la extenuante tarea de cortar la leña necesaria para continuar la marcha. En un principio, se ocuparon los más jóvenes y fuertes pero -con el correr de los días- todos tuvieron que colaborar. Luego de trabajar a la intemperie, hundidos en la nieve,

los improvisados leñadores permanecían un rato alrededor de una hoguera, intentando calentar sus gélidas manos, pálidas e hinchadas por el congelamiento y salpicadas con sangre coagulada. En cuanto papá regresaba al vagón, los tres nos acurrucábamos bajo las mantas, para compartirle nuestro calor corporal.

Si bien esas paradas también eran aprovechadas para recorrer los otros vagones en busca de víveres, mis padres pasaron hambre por reservar parte de su escasa comida para alimentarme a mí.

Luego de varios días de marcha, tras haber perdido el sentido del tiempo y del espacio, en el horizonte de la blanca llanura desierta, apareció la ciudad asiática de Harbin, cerca de la triple frontera entre Rusia, Mongolia y China. Para nuestra desgracia, esta ciudad ya estaba desbordada por los miles de rusos que escapaban de la Revolución de Octubre. Al evocar aquel éxodo, me surge la sombría imagen de una interminable caravana de fugitivos, cargando sus pertenencias sobre las espaldas, agotados y hambrientos, caminando lentamente por el manto nevado. Una multitud errante, buscando refugio, que –sin recursos para seguir- quedaba varada en Harbin. Por fortuna, mis padres pudieron conseguir pasajes de otro tren, con destino a Shanghái.

CAPÍTULO (III): SHANGHÁI



Según contaban mis padres, llegamos a Shanghái cuando era la ciudad más rica de China. Fruto de su papel estratégico en el comercio del opio, la

seda y el té, tenía más de un millón de habitantes, que ocupaban modernos edificios de estilo europeo. Como contrapartida, también era un antro de vicios como la droga, el juego y la prostitución, que atraía a los peores buscavidas del mundo.

Otra característica era que –tras la Guerra del Opio- Shanghái había sido ocupada y dividida por ingleses y franceses. Dicen los historiadores que en el siglo XIX Gran Bretaña importaba de China grandes cantidades de té y lo pagaba con opio cultivado en la India. Pero el estrago que producía esta droga en su población indujo al gobierno chino a prohibir el comercio del opio en su territorio. Entonces, la Corona Británica consideró afectados sus intereses y envió una flota de guerra que derrotó a la de China. Así, por la fuerza, el emperador tuvo que firmar un tratado por el que se obligaba al libre comercio con Inglaterra (incluido el opio) y –además- a la cesión de la isla de *Hong Kong* durante 150 años. En esa guerra, los británicos contaron con el apoyo de Estados Unidos, Francia y Rusia quienes también ocuparon territorio chino. A partir de entonces, se radicaron empresarios europeos y yankees que hicieron grandes fortunas mediante el comercio y las finanzas, utilizando a esta ciudad como base para sus inversiones en China y Asia. Este progreso económico y las nuevas invenciones -como la electricidad y los tranvías- la transformaron rápidamente en una gran metrópolis.

En Shanghái nos encontramos con una ciudad dividida entre el *Asentamiento Internacional* (gobernado por Gran Bretaña) y la *Concesión Francesa*. Los chinos apenas controlaban la periferia. La zona más grande e importante era la que se regía por las leyes británicas y concentraba las actividades comerciales y bancarias. La policía usaba el uniforme inglés y la tropa estaba mayoritariamente conformada por inmigrantes de India, con sus típicos turbantes. Nosotros nos radicamos en la zona regida por las leyes de Francia y custodiada por una fuerza policial integrada por oficiales franceses y agentes de Indochina (hoy Vietnam).

Después de nuestro largo y azaroso periplo, huyendo de los bolcheviques, aquella elegante ciudad -con hermosos parques que invitaban al paseo- nos parecía un sueño. Además papá consiguió trabajo en un taller mecánico y mamá pudo dedicarse a la confección de lencería.

Nuestro primer inconveniente fue enfrentar varios idiomas a la vez. Cada colectividad europea mantenía su lengua, pero para comunicarse con los chinos recurrían al "Pidgin English", un inglés rudimentario que mezclaba palabras chinas con otras de origen portugués (provenientes de Macao, una colonia portuguesa cercana a Hong Kong).

También era complicado el sistema monetario. Dado que la producción china de monedas de plata resultaba insuficiente, se aceptaba la circulación de monedas de plata de otros países, como Estados Unidos, México, Japón y Reino Unido.

No puedo precisar con exactitud mis primeros recuerdos de Shanghái, pero tengo presente una escena que me quedó grabada en la memoria. Era un día de sol y mi mamá me llevó a pasear por la ciudad. Los dos íbamos vestidos de blanco y ella llevaba un sombrero de ese color. Tenía el cabello negro, la piel pálida, los labios rojos y los ojos más lindos del mundo. Eran grises, claros, transparentes y cuando me miraba parecían que se estaban riendo. De pronto, hizo una seña y detuvo a un "rickshaw", carrito de dos ruedas tirado por un "coolie" (peón), lastimosamente descalzo. Subimos, nos sentamos y cuando el

pobre hombre comenzó a trotar, la situación me pareció tan insólita que pregunté: - ¿Mamá, los chinos son gente como nosotros?". Independientemente de su respuesta –aunque me fui acostumbrando a esas imágenes- nunca llegué a superar aquel temprano sentimiento de injusticia social.

Con el tiempo, también puse en práctica mi innata viveza criolla. Una mañana no tenía ganas de ir a clase de Francés y me quejé de un supuesto dolor de cabeza. Mi madre, siempre atareada y a las corridas entre la casa y el trabajo, me puso el termómetro en la boca, bajo la lengua, y siguió con sus tareas. Por experiencias anteriores, yo sabía que para bajar la columna de mercurio había que tomar el termómetro por la parte superior y sacudirlo bruscamente, supuse –correctamente- que si tomaba el termómetro al revés, por el bulbo, y lo sacudía, debía subir la columna que marca la temperatura. Así lo hice y volví a ponerme el termómetro en la boca. Al ver semejante nivel de fiebre, mamá llamó urgente al médico. Pero cuando éste vino -y me tomó la temperatura yo estaba fresco como una lechuga. Unos cuantos días después, volví a repetir ese operativo, pero esta vez (cuando se hubo retirado el médico) le conté a mi pobre madre lo que había hecho. Para mi sorpresa, no hubo castigo. Simplemente, me miró con amorosa complicidad, tal vez impresionada por mi precoz viveza científica.

Otro episodio que recuerdo sucedió cuando cursaba el primer grado de la *Escuela Municipal Francesa*. El director era Monsieur Grobois, un veterano de guerra, de largos bigotes y mirada amenazante, que tenía una mano ortopédica enfundada siempre en un guante de cuero. Su sola presencia nos infundía miedo. Se trataba de un personaje tan autoritario como su lema: "La letra con sangre entra". Ya bastante avanzado el año lectivo, un día yo estaba aburrido en mi casa y con la libreta de calificaciones -ya firmada por mis padres- en mis manos. En aquella escuela, las calificaciones eran de 0 a 20, marcándose siempre el 0 con tinta roja, mientras que las demás notas estaban en tinta azul o violeta. Sin picardía alguna, sólo como un juego inocente, quise ver cómo quedarían mis notas "arreglándolas". Donde había un cero le anteponeía un 2 quedando un 20 ridículo con el 0 en rojo, a un 1 le añadía un 9, a un 2 un 0, y a los demás les anteponeía un 1. A la mañana siguiente cuando le entregué la libreta a la maestra, fui arrastrado de una oreja a la Dirección. De allí, el mismísimo Monsieur Grobois, siempre tirando de la oreja, me paseó por todas las aulas de la escuela, mostrándome como un monstruo cuyo ejemplo jamás debía ser seguido por nadie. A todo eso, yo no entendía qué demonios pasaba. ¿Por qué tanto alboroto? Sentía un profundo sentimiento de injusticia al ser humillado y expuesto a manera de escarnio frente a todos los alumnos, por algo tan evidentemente ridículo que sólo un imbécil podía tomar en serio. En ese momento quise que la tierra me tragara. Con el tiempo, llegué a preguntarme si la reacción de Monsieur Grobois hubiera sido la misma en caso de tratarse de un niño de nacionalidad francesa. Hoy creo que fui víctima de la discriminación que sufrían los no europeos. Lo cierto es que ese hombre me humilló. Con el pretexto de educarme, me avergonzó frente a los demás y me causó una ultrajante herida en mi amor propio y en mi orgullo, agravada por el posterior maltrato por parte de mis compañeros, quienes comenzaron un pertinaz hostigamiento y una cruel ridiculización. Cuando sus burlas amenazaban con transformarse en agresión física, mis padres decidieron cambiarme de colegio. A falta de opciones, me hicieron ingresar a *Shanghái*

American School, donde las clases se dictaban en Inglés, lo cual implicaba el desafío de enfrentar otro idioma. Allí, la disciplina me resultó más laxa. Mis compañeros eran hijos de diplomáticos o familias de negocios y estaban más interesados en los deportes que en los estudios.

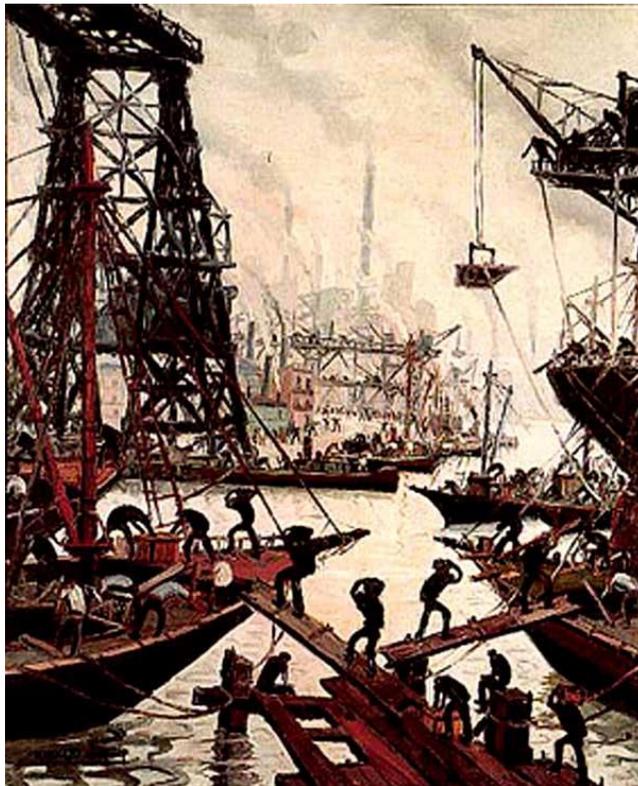
Fuera de la escuela, en la calle, fui descubriendo otra desagradable característica de aquella Shanghái de los años veinte: el sistema de castas. La sociedad estaba dividida en estratos cerrados, que marcaban el estatus al que pertenecía cada individuo, desde el nacimiento hasta la muerte. Este sistema rechazaba las relaciones estrechas con miembros de otras castas y el matrimonio solo era permitido entre personas del mismo grupo social. Fue una triste experiencia que viví en carne propia. Yo me había hecho amigo de un vecinito de "media casta" (forma peyorativa usada para designar a hijos de matrimonios mixtos entre europeos y asiáticos). Los padres de este chico eran un griego, suboficial de policía, y una japonesa. Yo disfrutaba esa amistad pero percibía que no estaba bien vista por el entorno, aunque nadie -que yo recuerde- me hubiera hecho ninguna observación directa al respecto. Cuando entraba en su casa sentía la extraña sensación de estar haciendo algo reprobable. Pero, a pesar de la opinión ajena, logramos seguir siendo amigos hasta que su familia se mudó del barrio.

El tema de las castas llegaba a extremos que a mis padres les resultaban irritantes. Por ejemplo, en la parte internacional de Shanghái había dos grandes parques, uno muy arbolado y otro no tan lindo pero con un amplio campo de deportes. En la parte francesa había un parque más pequeño, con un laguito, Pero en todos los parques estaba prohibida la entrada a los asiáticos -chinos, japoneses, indochinos. Recién varios años después -en 1924 o 1925- se les permitió el acceso, siempre que estuvieran vestidos "a la europea" y no con sus trajes tradicionales. Como anécdota, recuerdo que el primer día que los orientales pudieron ingresar a los parques públicos, se encontraron con un desagradable cartel: "Prohibido trepar a los árboles", en obvia alusión a los japoneses, a quienes los "blancos" -sobre todo los ingleses- trataban de "monos".

El tiempo fue pasando, papá pudo instalar su propio taller mecánico, y luego se asoció con un importador de autos Peugeot y Renault. A su vez mamá tenía una buena clientela para sus costuras. Pero, en 1927, Francia decide el reemplazo del viejo Franco, por uno Nuevo, que implicaba una enorme pérdida de poder adquisitivo para quienes atesoraran la antigua moneda. Entonces, cuando mi papá recibió la siguiente partida de autos importados, encargados antes de la devaluación, se encontró frente a una deuda imposible de pagar. Luego de infructuosas gestiones y ante la inminencia del embargo y -eventualmente- la cárcel, mi familia malvendió sus bienes y se embarcó con destino a América.

El destino nos obligaba a otro exilio voluntario. Aunque ya no huíamos de la persecución y de la muerte, sino por razones económicas, volvíamos a vivir en tránsito, en busca de un futuro mejor. Todos sufríamos el nuevo desarraigo, pero yo acababa de perder mi infancia.

CAPÍTULO (IV): LA REINA DEL PLATA



Tras abandonar Shangái, emprendimos un viaje larguísimo. El barco mercante cruzó el océano Pacífico, siguiendo la histórica ruta de la seda, desde China hasta América. La primera parada fue en Manila, luego en Hawaii y después llegamos a México. Finalmente, recorrimos toda la costa americana desde Acapulco hasta Valparaíso. De ahí nos trasladamos a Santiago, donde sacamos pasajes de segunda clase en el tren Transandino, que atravesó la majestuosa cordillera y nos dejó en mi Buenos Aires natal, donde tampoco nada sería fácil.

A fines de 1927, cuando el Transandino llegó a la estación de Retiro, mi

padre se reencontró con uno de sus mejores amigos: Elías Castelnuovo. Se trataba de un escritor uruguayo que desde muy joven militaba en partidos de izquierda. Se habían conocido unos diez años atrás y mantenían contacto por carta. Para Elías resultaban invalorable nuestras experiencias en medio de la Revolución de Octubre, porque le aportaban una visión directa y confiable de aquellos sucesos históricos. Este amigo de mi padre vivía en Liniers y avaló a mi familia para que pudiera alquilar una de las “casas baratas” que ofrecía la Municipalidad.

Luego de vivir en una ciudad exótica y moderna como Shangái, este barrio me parecía apenas un pueblo ferroviario. Las “Mil Casitas”-muchas de ellas aún en construcción- casi iguales entre sí, bordeadas por hileras de endeables plátanos recién plantados, estaban dispuestas sobre un geométrico entramado de callecitas que limitaban con Ciudadela, pues aún no se había comenzado a construir la avenida General Paz. Los autos casi no circulaban por esa zona, donde el tránsito estaba copado por carros de lecheros, verduleros, panaderos, soderos, hieleros y hasta recolectores de basura. Pero su deambular era lo suficientemente prudente como para que los chicos pudiéramos jugar a la pelota en la calle, sin riesgos. El ritmo de vida era pueblerino. Las mujeres atendían las casas y competían cuidando sus humildes jardines de malvones, hortensias y perfumadas glicinas. Al atardecer, en una tregua entre el regreso del trabajo y el momento de la cena familiar, la gente sacaba las sillas a la vereda, para tomar fresco y conversar con los vecinos.

A medida que uno se aproximaba a la estación del ferrocarril, la tranquilidad del barrio cedía lugar a los comercios y al mercado mayorista de frutas y verduras. En esta zona, desde la madrugada comenzaba el incesante desfile de carros y camiones que eran descargados por enjambres de changarines que trabajaban de sol a sol. La necesidad de ganarse “un mango” (palabra lunfarda que pronto aprendí), potenciada por el alcohol, originaba frecuentes discusiones y peleas entre esos hombres tan rudos como sufridos. Un bar y billares, vedado para los de pantalones cortos, servía para matar el tiempo. Sobre la avenida Rivadavia, frente a la estación del FFCC Sarmiento, estaba la parada del tranvía - eléctrico como el de Shangái- el ruidoso pero económico medio de transporte que conectaba al barrio con el centro de la ciudad. Aunque la gran novedad de aquel año 1927 fue la inauguración del primer cine de Liniers: el moderno y elegante “Cine y Teatro Capitolio”, con más de mil butacas.

Pero había una época en que el barrio cambiaba y por unas semanas se poblaba de guirnaldas, altoparlantes y luces de colores. Era el carnaval y su curso bullicioso, alegre y familiar. La Municipalidad armaba el escenario y el centro de comerciantes donaba los premios para los mejores disfraces y las más divertidas murgas. Pasado carnaval, comenzaban las clases y, sin distinción, todos los chicos asistían con sus guardapolvos blancos, convencidos de que ese era el inicio del camino para una vida mejor.

En materia laboral, dada la experiencia de mi papá en el negocio automotriz, pronto logró ingresar a General Motors, en la escuela de entrenamiento para mecánicos. Por su parte, con los ahorros que había logrado sacar de Shangái, mamá pudo instalar un taller de corsetería y lencería, cerca de Rivadavia y Montiel.

Yo tenía 14 años, hablaba perfectamente el Inglés, bastante bien el

Francés, pero ignoraba el Español. Por lo tanto, la primera e ineludible responsabilidad que me asignaron mis padres fue aprender Castellano. A tal efecto, contrataron a un joven profesor, cuya tarea resultó ímproba. Yo estudiaba mucho, pero mi acento resultaba indescifrable, con una mezcla de sonidos rusos, chinos, anglosajones y latinos.

Ingresar a una escuela pública fue todo un desafío. Yo tenía el certificado de estudios del colegio de Shangái que equivalía a un primer año del secundario, pero acá no me lo reconocieron, sino que me exigían un certificado oficial de haber terminado la escuela primaria en Argentina. Entonces, me inscribieron como oyente de 6º grado en una escuela cercana a casa.

A la barrera del idioma, yo le sumaba un carácter apocado y una cándida timidez. Por mi formación escolar, detestaba las mentiras y sentía la compulsiva necesidad de cumplir con la palabra empeñada. Además, respetaba el "fair play", tanto en los deportes como en la vida cotidiana. Si agregamos que ya tenía 14 años y una estatura considerable, no resulta extraño que –en aquella escuela primaria –yo me sintiera ridículo y no soportara ni un mes. Como descarte, me pasaron al 6º grado de una escuela nocturna, en Flores –a media hora de viaje en tranvía- donde logré completar mis estudios primarios. En esa etapa, el trueque vino en mi ayuda. Yo hablaba mal el Castellano pero tenía sólidos conocimientos de matemáticas, que me hacían muy apreciado por mis compañeros. Recuerdo que los ayudaba con los números a cambio de que me dieran una mano con las letras. Sin embargo, mi integración no era fácil y me sentía un sapo de otro pozo. Yo era tan formal y respetuoso que me consideraban un "buenudo", al que ignoraban o –peor aún- tomaban de punto. Fue entonces cuando me topé con la "viveza criolla". Uno de mis compañeros en la escuela nocturna se interesó por una rara estampilla rusa que yo atesoraba. Me la pidió prestada, para mostrarla en su casa y devolverla el día siguiente. Sin dudar, accedí. Sin embargo, nunca me la devolvió. ¿Dicen que el que se quema con leche ve una vaca y llora? Bueno, a partir de esa desagradable situación, yo nunca más presté nada a nadie.

Cuando obtuve el certificado de estudios primarios, mis padres me indicaron que debía inscribirme en el Colegio Nacional Bernardino Rivadavia, en la calle Chile casi Entre Ríos. Como primer paso había que conseguir un número para ser atendido. La manera de repartir los números era tan insólita como práctica. A la hora indicada, cuando los postulantes nos amontonábamos frente a la puerta del colegio, se abría una ventana superior y una mano tiraba papelititos numerados sobre las cabezas de los muchachos. A partir de ese momento, todo era válido: empujones, manotazos y hasta golpes de puño. Lo cierto es que conseguí uno de esos esquivos números y logré inscribirme. A partir de ese momento comencé a recuperar terreno. Cursé el primer año sin inconvenientes, di el segundo libre e ingresé directamente al tercero

Mi rápido avance en la escuela secundaria no estuvo exento de padecimientos. Yo era visto como un bicho raro, no sólo por mis dificultades con el idioma sino por mi falta de integración social. Me sentía como un privilegiado espectador, sentado en el escenario, pero sin participar. La vida cotidiana en el colegio incluía actitudes que en Shangái hubieran sido severamente sancionadas. Por ejemplo, en los recreos, alguien sacaba un zoquete usado, relleno de papel y tiraba esta improvisada pelota al centro del patio. Entonces, todos contra todos, se amontonaban, empujaban y golpeaban formando remolinos, en su vano intento por patear el balón. Cuando la

campana indicaba el fin del recreo y los participantes regresaban al aula - desaliñados, con las camisas fuera de los pantalones y sin algunos botones, raspaduras en manos y rodillas- la clase se retomaba sin comentarios al respecto.

También había otras picardías, rayanas en el sabotaje: desde las bombitas de mal olor que obligaban a desalojar el aula, o la interrupción de un acto escolar con la caída de una gallina desde el primer piso o la irrupción de un inasible lechón enjabonado. Tampoco faltaban los que –después de haber dado el presente- se escapaban de la escuela. La audaz operatoria consistía en atravesar el hall central -con rostro serio, mirada al frente y paso decidido- hasta abrir la puerta y desaparecer corriendo.

Por suerte, había todo un mundo más allá de la escuela y el largo viaje desde Liniers posibilitó mi despertar amoroso. Por entonces, todos los días de clase, a la misma hora, yo tomaba el tranvía que me llevaba hasta Congreso, para luego continuar a pie. Cierta mediodía invernal, en la parada existente frente a la Iglesia de Flores, a través del vidrio empañado, descubrí el cabello pelirrojo de una chica. Cuando el tranvía arrancaba, busqué sus ojos y -en un instante fugaz- nuestras miradas se encontraron. Durante el resto del viaje, comprendí que ese pequeño acontecimiento había excitado mi imaginación y me sentí turbado.

El día siguiente, a la misma hora, cuando el tranvía se acercaba a Plaza Flores, me invadió un raro desasosiego. “¿Estará ella? ¿Volverá a mirarme? Pero el tranvía no se detuvo. Nadie lo esperaba en esa parada. Una extraña melancolía me envolvió y no logré recuperar la habitual tranquilidad de mi espíritu. Resignado, busqué mi cuaderno y comencé a repasar la tarea escolar.

Esa noche me costó conciliar el sueño. No podía dejar de pensar en aquella chica, de la que solo recordaba la mirada. “¿Acaso el azar nos habría cruzado por única vez, sin que el destino tuviera previsto un reencuentro?”

Finalmente, llegó el día en que mi ansiosa mirada descubrió a la pelirroja de guardapolvo blanco, esperando al tranvía en la misma parada. En esa oportunidad, el horrible chillido de los frenos me pareció música celestial. Ella estaba allí y el tranvía se detenía. Posiblemente subiría. ¡Sí! La pelirroja ascendió y avanzó por el pasillo con la cabeza baja. Yo la miraba y –por fin- ella me miró. ¡Cuántas sensaciones me despertó aquel nuevo encuentro con sus ojos verdes y puros! Con inesperado coraje, me levanté y le ofrecí sentarse a mi lado. Con una tímida sonrisa e indiscreto rubor, ella accedió. Ese fue el primero de los incontables y románticos momentos que pasamos juntos.

--0--

CAPÍTULO (V): LA DÉCADA INFAME



Margarita. Ese era el nombre de la pelirroja de ojos verdes, que conocí en el tranvía. Lo nuestro fue como un sueño y duró poco. Su familia tuvo que mudarse y nunca más supe de ella. ¿Primer amor, sueño de amor, ilusión amorosa? Si me preguntan qué sentí por ella, no podría contestar. La pasión recién la descubrí mucho después, gracias a Fanny, pero esa es otra historia. Creo que al perder a Margarita -en plena adolescencia- reaccioné como un desventurado personaje de Stendhal, imaginando que ya nunca podría ser feliz. Luego, con el tiempo, es probable que haya idealizado aquella relación

incipiente. O -tal vez- realmente la quise. No sé. A esta altura de mi vida, mis recuerdos ya no son confiables. Por un lado, una música, una imagen o un perfume pueden evocarme una escena, en la que yo me derribo de amor ante la dulce mirada de Margarita. Pero, por otro, reconozco que no hice nada para encontrarla. Simplemente, me di por vencido. Me conformé con extrañarla y sufrir su ausencia. ¿Fue amor? Tengo más dudas que certezas. Tampoco estoy convencido de que la memoria sea estática, inamovible y atemporal ¿Acaso no podría ser algo vivo, en continuo proceso de cambio, que –por el paso del tiempo- se va reconstruyendo con nuevas vivencias?

Lo cierto es que mi dificultad para recordar y comprender sentimientos, no se repite en materia de fechas, nombres o acontecimientos, especialmente los de índole política. Por ejemplo, tengo bien claro que durante la “década infame” –ante la gravedad institucional del golpe militar que derrocó a Yrigoyen y el posterior fraude electoral que permitió la asunción de Agustín P. Justo- mi padre decidió involucrarse con el bastión de resistencia radical liderado por Arturo Jauretche, Homero Manzi y Raúl Scalabrini Ortiz. Con el tiempo, este movimiento ideológico –embanderado en la defensa de la soberanía nacional- crearía FORJA (la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina).

También por entonces, papá recuperó su vocación empresaria, dejó General Motors e instaló su propio taller mecánico en Rivadavia y Lacarra. Ese local también tenía un surtidor de nafta, de aquellos que se bombeaban a mano, y esa era mi tarea. En recompensa por mi ayuda -y por el avance en mis estudios- mi viejo me enseñó a manejar su Ford “a bigote”.

En 1931, rendí como libre el cuarto y quinto año. Al año siguiente, ingresé a la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de la calle Perú 222, en la flamante carrera de Ingeniería Industrial, que apenas contaba con quince inscriptos. Allí, rápidamente fui contactado por los activistas de la Federación Juvenil Comunista, que reivindicaban la Reforma Universitaria de 1918 y las luchas obreras. Brillantes camaradas como Manuel Sadosky, Ernesto Sabato, Mario Bunge y el pintor Juan Carlos Castagnino -quien estudiaba arquitectura en la misma facultad- me atiborraron de lecturas que adoctrinaban sobre las virtudes del marxismo-leninismo. Por entonces yo tenía 18 años, y a esa edad mi papá ya había participado de la revolución antizarista. Si bien aquí no había zares, un ominoso acuerdo cívico-militar, fraudulento y corrupto había encumbrado al único presidente recordado por hacerle un corte de manga a la gente que lo silbaba. Esta infame realidad fue la que finalmente me indujo a incorporarme a la lucha antifascista de la “FEDE”. Hoy, con nostalgia, reconozco que aquella escuela de militancia marcó mi juventud con la esperanza de una revolución que nunca llegó. En un principio, mi activismo universitario se concentró en la impresión -en mimeógrafo-, distribución y pegatina de volantes y pintadas callejeras nocturnas. Como era de esperar en aquella época, pronto tuve mi primer contacto con la “Policía Especial” (Sección Especial Contra el Comunismo, creada por el hijo de Leopoldo Lugones). En la comisaría me labraron un acta por portación de armas –lo único que llevaba era un lápiz que a ellos debió parecerles tan peligroso como una 45- y me encerraron por 30 días en la cárcel de Devoto. Meses después, en otra nocturna pegatina de afiches, mis amigos y yo, volvimos a caer en manos de la “Policía Especial”. Esta vez, me golpearon, me rompieron los anteojos y me encerraron en uno de los calabozos de la seccional 8ª. Afortunadamente, alguien contactó al líder socialista Alfredo Palacios para que nos sacara de la

comisaría, antes de ser objeto de otros métodos más cruentos de tortura, como arrancarnos las uñas o aplicarnos la picana eléctrica.

Una vez en libertad, retomé mis estudios y –por un tiempo- disfruté una intensa vida nocturna con chicas y muchachos de otras facultades. Muchas veces salíamos en barra -con el Ford de mi viejo- para pasear por la ciudad, escuchar una conferencia, participar en algún debate, ir al cine, a una milonga o simplemente vagar, charlar y farrear.

Fue en esa época, cuando conocí a Fanny. Un cliente de mi padre - empresario de espectáculos- le regaló una entrada para el famoso **Chantecler**, y él me la cedió a mí. Esa misma noche, a los 23 años, debuté en el mundo de los cabarets, aquella excitante mezcla de divertimento y placer, que entretecía música, alcohol, glamour, amores y desengaños. Con mi mejor pilcha, caminé por Corrientes –“la calle que nunca duerme”-, doblé por Paraná y llegué a la meca del lujo y el placer, donde recalaban artistas, políticos, turistas y la bohemia de la alta sociedad porteña. En la puerta me recibió un portero moreno, con uniforme rojo de botones dorados y gorra al tono. Una vez ingresado, encontré una sala inmensa, bordeada por la barra del bar, con un espacio central con tres pistas de baile y un escenario lateral rodeado de mesas para los que queríamos presenciar el espectáculo. Como muestra de ostentación, ofrecía un exclusivo anillo de palcos, donde se podía comer, bailar y algo más, en absoluta privacidad. Bastaba con correr las recatadas cortinas que permitían ocultar el interior. Aquella velada comenzó con una orquesta de tango –creo que era Julio de Caro- y siguió con la fascinante coreografía del Charleston, protagonizado por un grupo de baile yankee. Fue entonces que – entre plumas, reflectores, lentejuelas, sedas y strass- apareció “Fanny la ardiente” la diosa de ébano, una morena de exótica belleza y cuerpo infernal. A partir de ese momento, solo tuve ojos para ella. Me paraba continuamente para aplaudirla y piropearla en Inglés. Cuando terminó su show, grité a lo loco pidiendo “otra”. Ella, simplemente, me miró y sonrió. No recuerdo cómo siguió el espectáculo porque yo sólo podía pensar en Fanny. En determinado momento, un mozo se acercó y me entregó una tarjeta con una escueta anotación: “palco 16”. Intrigado, lo miré arqueando mis cejas y él señaló la discreta escalera disimulada en un rincón del salón. Sin dudar, subí y busqué el número indicado. Suavemente, corrí el pesado cortinado. Entonces, presencié la escena más maravillosa que haya visto. Recostada en un “chaise longue” – como la maja desnuda, pero con una copa de champagne- me esperaba la ardiente Fanny. Lo que sucedió a partir de ese momento no puedo contar. No por discreción de caballero, sino porque -con el paso de los años- ya no puedo separar realidad de fantasía. Si realmente sucedió todo lo que creo recordar, aquel encuentro amoroso –en el que gozaron todos mis sentidos- bastaba para cubrir la cuota de lujuria de toda mi vida. En algún impreciso momento, aprovechando mi definitivo derrumbe sexual, ella desapareció. Solo, exhausto y aturrido, me vestí, salí del cabaret y regresé a casa.

Como el precio de la entrada al *Chantecler* era inaccesible, al día siguiente decidí esperar a Fanny en la puerta del local. Cuando abrió la boletería, pregunté a qué hora solía llegar la artista y recibí la peor de las respuestas: las coristas yankees ya habían partido hacia Brasil, para continuar su gira artística.

Desesperado, como adolescente que perdió su primer amor, solo deseaba repetir aquella noche de pasión. Fruto de esa inmadurez emocional,

mi reacción fue tan obvia como absurda: no darme por vencido, tratar de localizar a Fanny, escribirle a Brasil y pedirle que volviera a Buenos Aires. Me sentía víctima de la más traumática y dolorosa desilusión amorosa y -como en la ópera de Verdi- mi corazón era “mobile qual piuma al vento”. Tras chocar una y otra vez con los límites de la realidad -y como no hay mal que dure cien años- el tiempo comenzó a curar aquella prematura herida.

Poco después, una inesperada ayuda vino desde la política. Un acontecimiento internacional reclamó toda mi atención de joven antifascista: el comienzo de la Guerra Civil Española.

CAPÍTULO (VI): LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA



En julio de 1936, una noticia internacional dividió a buena parte de la Argentina en dos bandos irreconciliables: el general Franco se había levantado en armas contra el gobierno de España. Por entonces, la Segunda República Española estaba gobernada por el Frente Popular -coalición de partidos republicanos, marxistas y nacionalistas, apoyados por el movimiento obrero, los sindicatos, los anarquistas y los demócratas constitucionales- que había ganado las elecciones. Pero el resultado de las urnas no fue tolerado por gran parte de los altos mandos militares, apoyados por la Falange Española, la Iglesia Católica y la derecha conservadora, es decir burgueses no liberales,

aristócratas, terratenientes y pequeños propietarios, que veían peligrar su posición social y estaban temerosos del anticlericalismo y del avance bolchevique.

En aquel momento, yo estaba promediando el tercer año de ingeniería y largué todo para colaborar con la causa republicana. En principio, me sumé a los voluntarios del “Centro Republicano Español”, de la calle Piedras, y luego hice lo mismo con el “Socorro Rojo Internacional”. En ambos lugares, como en muchísimos otros, se recolectaba ropa, abrigos, alimentos no perecederos, medicamentos y elementos sanitarios. Tampoco faltaron las donaciones directas de dinero y la recaudación por ventas de diarios, suscripciones, postales y estampillas para financiar lo que se llamó “Raciones para los milicianos”. El despliegue solidario fue realmente impresionante. En aquella época tuvo gran protagonismo el ya mencionado Elías Castelnuovo. Él me presentó a los hermanos González Tuñón y a muchas otras personalidades del mundo literario y artístico. Sin temor a exagerar, puedo afirmar que toda la intelectualidad argentina estaba con la República Española.

A medida que pasaba el tiempo, la injerencia y participación cada vez más descarada de Mussolini y Hitler en España, despertaban en mí la vocación de sumarme como voluntario a las Brigadas Internacionales, para combatir al fascismo. Por entonces, yo tenía veintitrés años, todavía vivía con mis padres y no dejaba traslucir mis planes, que implicaban conseguir el dinero para el viaje y la documentación personal que me acreditara como ciudadano español. Esto último era consecuencia de la política internacional de “No Intervención”, que sólo permitía el ingreso a España de los ciudadanos de ese país. Para juntar el dinero se movilizaron unos cuantos compañeros, ya que no obtuve el apoyo del Partido Comunista. En cuanto a mi documentación, fue realmente difícil conseguir alguna partida de nacimiento española. Entonces, decidí probar suerte recorriendo diversos consulados en las ciudades del interior. Luego de una larga serie de fracasos, el cónsul español de Villa María me recibió con entusiasmo y me extendió un pasaporte, como natural de Murcia.

Antes de partir, nuestro grupo recibió la visita de apoyo de Ernesto Sábat -ya reconocido militante y físico-matemático- y de Rogelio Frigerio -factotum de Frondizi en la creación del MID (Movimiento de Integración y Desarrollo).

Dados mis antecedentes político-policiales, sólo conseguí pasaje en un barco de carga belga –“Indier”- que zarpaba en marzo con destino a Amberes. Para mis padres fue un shock mayúsculo, pero no tuvieron más remedio que resignarse. Aunque con otro signo político, yo había heredado sus genes libertarios, y ahora partía hacia mi propia guerra.

El carguero “Indier” salió de Buenos Aires en marzo de 1937. Su capitán era un típico lobo de mar de novela barata: huraño, entrecano y con barba desprolija. Los pasajeros sólo disponíamos de dos cabinas con cuquetas superpuestas. El comedor –que también se usaba como sala de estar- era una de las bodegas donde solíamos reunirnos para charlar, leer o jugar a las cartas

o al ajedrez. A bordo me encontré con otros tres argentinos que también viajaban a España, mientras que los diez restantes eran de nacionalidades tan variadas como su destino final. Obviamente, los "voluntarios" nos hicimos compinches enseguida: un escritor de unos 50 años de edad, otro joven estudiante de ingeniería y Ramón, un mecánico de unos 35 años. Todos íbamos con la intención de ingresar en las Brigadas Internacionales.

La travesía me resultó interminable, por la duración, la falta de comodidades y la mala comida a bordo, que empeoraba a medida que se agotaban los alimentos frescos. Por suerte –además de un tratado de balística– yo llevaba la apasionante novela de Elías Castelnuovo (“Resurrección”) que me ayudó a comprender mejor la epopeya heroica del pueblo español. Pero fueron las partidas de ajedrez con Ramón las que nos permitieron ir transformando la camaradería en amistad.

El barco atracó en Santos, primero, y en Pernambuco, después, para finalmente cruzar el Atlántico hasta Bélgica. Ya en medio del océano, después de disfrutar de varios días de navegación en calma, las condiciones meteorológicas comenzaron a desmejorar y la llegada de una compacta masa de nubes transformó un apacible atardecer en una noche infernal. El viento empezó a soplar con fuerza y el mar se embraveció rápidamente. Pese a la firme y tranquilizadora actitud del capitán, los pasajeros estábamos aterrados por aquel escalofriante oleaje de más de diez metros de alto. Pero aún faltaba lo peor. De pronto, el sonido del viento y la lluvia fue interrumpido por el estruendoso choque contra una ola descomunal, un infranqueable muro de agua que estuvo a punto de hacernos zozobrar. En plena oscuridad, en medio de un ruido ensordecedor, desde uno de los ojos de buoy del camarote, pude ver la gigantesca masa de agua que cubría el barco y pensé que nos habíamos hundido. Pero un instante después –al ver un pedazo de cielo- supe que el viejo barco de carga continuaba su batalla contra el mar. Horas más tarde, cuando recién los pasajeros comenzábamos a recuperarnos de aquella terrible pesadilla, el heroico capitán nos confió que nunca había visto caer tantas toneladas con agua sobre un barco y que debíamos considerarnos los privilegiados sobrevivientes a una colosal tormenta marina.

Finalmente, en medio de la niebla matinal, llegamos a Amberes y –sin demora- los cuatro tomamos el tren a París. En el trayecto debimos soportar numerosos controles de nuestra documentación, pero la lectura de los diarios internacionales, en especial las crónicas de Ernest Hemingway, nos infundieron optimismo. En aquellos días, se había llevado a cabo una cruenta batalla en la zona madrileña de Guadalajara, donde las tropas de Franco –reforzadas por las poderosas columnas mecanizadas enviadas por Mussolini- habían recibido una aplastante derrota. Para ganar la guerra, los fascistas necesitaban rodear Madrid y cortar la línea de comunicaciones con Barcelona y Valencia, pero acababan de fracasar en su primer intento.

Tras pasar por Perpignan, el tren llegó a Port Bou (Gerona). Aún no habíamos terminado de descender cuando comenzaron a sonar las sirenas de

alarma. Manos solidarias nos arrastraron al subsuelo de la estación. Al poco rato, las sirenas sonaron de nuevo para indicar que el peligro había pasado. Si bien no habían caído bombas, bastaron el ulular de las sirenas, los gritos de la gente y el rugir de los aviones para que yo descubriera el efecto paralizador del miedo. Una vez recuperado el aliento, buscamos nuestro equipaje y tomamos otro tren hacia Barcelona. En el trayecto, un inspector nos pidió los documentos y -al ver mi "falso pasaporte español"- esbozó una sonrisa y dijo: - He visto cosas peores.

Ramón no enfrentaba ese problema porque su padre era español y él tenía la doble ciudadanía.

Si bien nuestro destino final era Valencia (sede republicana), tuvimos que cambiar de tren en Barcelona. La imagen de esta ciudad era de una tensión sobrecogedora. Impresionaba la profusión de bolsas de arena que protegían todos los edificios públicos, políticos y sindicales, y la gran cantidad de gente armada –uniformada o de civil. Las filas para comprar comida eran tremendas. En las panaderías era común ver el cartelito de "*No hi ha pa*", en las tabaquerías "*no hi ha tabac*" y en los almacenes "*no hi ha res*" (no hay nada). Parecía una ciudad sitiada que esperaba un ataque en cualquier momento, tal vez otro devastador bombardeo, como el que acababa de convertir a Guernica en un montón de escombros ardientes.

CAPÍTULO (VII): LA DEFENSA DE MADRID



Una gélida mañana de diciembre, bajo una lluvia que parecía nieve, el maltrecho tren de Barcelona a Valencia atravesó el delta del Ebro y se detuvo en Tortosa. Allí, entre muchos otros pasajeros, tiritando de frío, a pesar del grueso abrigo de lana, la bufanda, los guantes y las botas, ascendió Manuel Pérez Nogal, uno de los tantos intelectuales que –con más emoción que imparcialidad- ejercieron de corresponsales de guerra. Se sentó frente a nosotros y -cuando saqué una petaca con aguardiente para ofrecerle- me advirtió:

-Beber alcohol en público puede ocasionar problemas.

- ¿Es broma?

- Lamentablemente, no. Puedes llegar a toparte con algún extremista que te haga una escena, o algo peor.

- ¿Extremista? -pregunté.

- En principio fue una campaña de los anarquistas, pero en algunos pueblos ya tiene el apoyo de las autoridades.

- ¿Y en qué consiste esa campaña –intervino Ramón.

- Intenta desalentar el consumo de bebidas alcohólicas, con el argumento de que “atrofian y degeneran el espíritu combativo” –respondió Pérez Nogal.

- Yo creía que un buen trago daba coraje -dije.

- Yo también, pero la campaña apunta “a la retaguardia” y no “al frente“. Si bien es un despropósito, parte de un hecho cierto: resulta chocante que –en plena guerra- una parte de la población se comporte de manera frívola.

- ¿Frívola? –preguntó Ramón.

- Sí. Es la palabra utilizada por un respetable periodista madrileño que propone acabar con la vergüenza que ofrecen las terrazas e interiores de los cafés, atiborrados de elegantes señoritos que, entre sorbo y sorbo de licor, opinan sobre la marcha de la guerra y critican despectivamente las medidas del gobierno.

- Si es solo contra los elegantes señoritos, nosotros estamos a salvo, bromeó Ramón.

- Yo no lo tomaría tan a la ligera -dijo el periodista, y agregó: - Hay extremistas que ven una mano negra fascista intentando desgastar la moral republicana por medio de vicios como el alcohol y la prostitución. Y no solo se conforman con amenazar a bares, cafés, tabernas, cabarets y prostíbulos, sino que llegaron a destrozarse locales y agredir a clientes.

- Es bueno saberlo -dijo Ramón.

Manuel Pérez Nogal, aparentaba unos cincuenta años, era flaco, de mediana estatura, nariz y mentón prominentes y pómulos hundidos bajo los gruesos cristales de sus anteojos. Cuando le preguntamos sobre los peligros de su profesión, contestó:

- Para conservar su libertad de elección el pueblo debe estar informado, y la información veraz sólo se consigue en el escenario de los hechos.

Fue entonces cuando nos contó su experiencia en Madrid, durante el trágico noviembre de 1936, cubriendo la heroica defensa llevada a cabo por sus habitantes:

- La batalla de Madrid –dijo el periodista- comenzó un par de días después de que el Gobierno de la República abandonara la ciudad, supuestamente indefendible dado su enorme perímetro, retrocediendo hasta Valencia. El general Miaja, un asturiano tranquilo y de modales pueblerinos, quedó a cargo de la ciudad. Cuando los cañonazos franquistas ya amenazaban con quebrar la resistencia republicana; cuando las tropas disponibles eran exiguas y mal equipadas; cuando el pueblo en armas era una masa indisciplinada que no acataba más jefes que sus líderes sindicales y cuando las ratas abandonaban ese barco a punto de hundirse, ese veterano general se puso al frente de la defensa y convocó a todos los madrileños a luchar por su terruño.

- ¿Largo Caballero y su Estado Mayor “habían huido”? –pregunté sorprendido.

-¡Sí! Yo estuve ahí. Lo de la retirada estratégica es un eufemismo. No solo huyeron, sino que además se llevaron parte de las tropas que defendían Madrid, dejando a Miaja librado a su suerte. Sin más opciones que morir matando, el viejo general reaccionó con inusitada lucidez y coraje. Primero pidió información sobre las fuerzas disponibles, pero nadie sabía nada. Tras la retirada de los jefes, apenas quedaban oficiales de rango intermedio sin información confiable. Lo único cierto era que Franco había decidido acampar esa noche en las afueras de la ciudad, esperando la luz del día para hacer su entrada triunfal. Esa decisión no contemplaba la remota posibilidad de que los madrileños aprovecharan las horas de la noche para organizar la defensa. Una tarea casi imposible que implicaba reagrupar soldados, incorporar hombres, darles armas y ubicarlos estratégicamente. Para colmos, muchos milicianos habían desertado, abandonando sus armas, y los que se mantenían en sus puestos carecían de municiones suficientes.

- ¿Y vos te quedaste?-pregunté.

- Desde el punto de vista profesional era una oportunidad única –dijo.

- Pero desde el punto de vista personal era casi un suicidio –acotó

Ramón.

- ¿No tenés familia? –insistí yo.

Pérez Nogal se encogió de hombros y sin responder, continuó con su relato:

- El general Miaja necesitaba con urgencia más combatientes, entonces –perdido por perdido- acudió a los sindicatos, tanto a los marxistas como a los anarquistas, y al mismísimo Partido Comunista, que era el mejor preparado para la guerra. Dada la gravedad de la situación, aquellos hombres -que recelaban entre sí y desconfiaban de los militares de carrera, como él- le dieron un apoyo masivo. Es más, esas organizaciones tenían armas y municiones escondidas, que ahora serían usadas para una causa común. Los sindicatos

también aportaron cientos de obreros de la construcción, hábiles para levantar fortificaciones. Pero se necesitan más manos. Paradójicamente, la vida cotidiana se mantenía inalterable. Transportes, bares y cines continuaban funcionando pese al peligro inminente. Sin titubear, Miaja ordena reclutar transeúntes y pasajeros de trenes y tranvías, a punta de bayonetas, subirlos a camiones y llevarlos a cavar trincheras.

- ¡Se generó más enemigos! –opiné

- Aunque tú no lo creas, lejos de generar rechazo, esta medida contagió a miles de madrileños que –sin distinción de sexo o edad- comenzaron a arrancar y apilar adoquines, llenar bolsas con tierra o escombros y atravesar autos en las calles, a fin de dificultar el avance enemigo –respondió con sincera admiración, antes de continuar reviviendo las crudas escenas que le había tocado presenciar:

- Cuando la avanzada franquista entra a los suburbios de Madrid, desde las ventanas de las casas los recibe un furioso tiroteo, más estruendoso que certero, que sorprende a las aguerridas tropas moras. El avance se detiene. Cada minuto que pasa sin retroceder es un triunfo de los inexpertos defensores. Además, quiso el destino que entre los atacantes caídos hubiera un militar de alto rango con documentación clave guardada entre sus ropas. Al recibir aquellos papeles, Miaja siente que se ha cumplido el milagro que esperaba: tiene en sus manos una copia de los planes secretos de Franco. Así, se entera de que aquella escaramuza inicial tenía el objetivo de distraer a los defensores, induciéndolos a reforzar esa zona del frente de combate, mientras el verdadero ataque -con varios miles de hombres- sería por un lugar más alejado y menos protegido: la Ciudad Universitaria. Inmediatamente, el viejo Miaja ordena reagrupar sus hombres para neutralizar este peligro.

- ¿Milagro o suerte? –interrumpió Ramón.

Como si no lo hubiera escuchado, o no le interesara discutir con un ateo, Pérez Nogal continuó relatando la batalla:

- Al alba, tal como estaba previsto, los aviones y la artillería enemiga comienzan un intenso bombardeo, seguido de un ataque con tanques que aniquilan las primeras líneas de defensa. A falta de armas, heroicos milicianos dispuestos a morir avanzaban sin fusiles y agarraban los de los muertos. Bajo la metralla, entre gritos de dolor, aterrado, impotente y con el corazón desgarrado, yo deambulaba entre cadáveres, por calles transformadas en ríos de sangre. Improvisados enfermeros recogían en camillas a los mutilados por la metralla o atravesados por las balas, aunque muchos ya estaban muertos. Los defensores retroceden, pero antes dinamitan un importante puente que detiene el avance de los tanques. A continuación, con un coraje inimaginable, los milicianos se acercan nuevamente y lanzan granadas y bombas de mano. Muchos mueren heroicamente, no sin antes destruir varios tanques, que bloquean el paso de los restantes. Sin embargo, horas después, el enemigo se reagrupa y retoma el avance. Los republicanos retroceden. Poco a poco van cediendo terreno hacia un *final inexorable*. En ese momento crucial, el destino

me permite presenciar una escena histórica: Miaja –pistola en mano- se planta ante los que huyen y les grita: -¡Atrás, cobardes! ¡A vuestros puestos! ¡A morir a vuestra trinchera! ¡A morir conmigo! ¡Con el general Miaja! Al reconocerlo, los soldados se detienen avergonzados y regresan a sus posiciones -dijo con orgullo el corresponsal de guerra. Poco después, justo a tiempo, llegan los refuerzos prometidos. Eran las Brigadas Internacionales. Tres mil proletarios de toda Europa, soldados veteranos de la Primera Guerra Mundial, revolucionarios expatriados, perseguidos en sus países, que no podían caer en manos fascistas porque serían fusilados, y por lo tanto estaban dispuestos a morir luchando. Ellos nivelaron el combate y evitaron la caída de Madrid. La ofensiva franquista había llegado hasta la Ciudad Universitaria, pero durante tres años no avanzaría ni un metro más –concluyó Manuel Pérez Nogal, extenuado por la catarsis.

CAPÍTULO (VIII): GUERNICA



En el ocaso de la vida, mis pocos amigos me alientan para que complete y termine estas memorias. Ignoran que mi lentitud no se debe a la falta de estímulo sino a la dificultad para encontrar las palabras que reflejen con fidelidad los sentimientos y emociones que –en su momento- me produjeron los hechos que deseo narrar. Es que con el paso de los años se fue modificando mi capacidad de percepción. Antes, durante décadas, frente al Guernica de Picasso sólo percibía el grito desgarrador de las víctimas, pero ahora –en la madurez de mis sentidos- también puedo apreciarlo como una obra de arte.

Mi memoria tampoco me facilita el trabajo. Yo quiero contar mi experiencia en la guerra civil desde el principio hasta el fin, respetando la secuencia temporal. Pero mis recuerdos no fluyen linealmente, sino como espasmos, saltando en el tiempo, hacia adelante o hacia atrás. Por ejemplo, ahora, mientras intento concentrarme en la llegada a Sevilla, despidiéndonos de nuestros compañeros de viaje cantando “Adiós muchachos”, mi pensamiento vuela hasta la prematura muerte de Ramón y asocia la letra de aquel tango con una premonición, una alerta que no supimos escuchar. No obstante, como buen ingeniero, voy a intentar respetar el orden cronológico del relato, postergando la escena de la muerte de mi amigo. Por suerte, a diferencia de mi vida, aun puedo seguir revisando este texto y corregir lo que no me parezca bien.

En cuanto llegamos a Valencia, con nuestras credenciales de afiliados al PC, nos presentamos al reclutamiento de la Juventud Socialista Unificada – resultante de la fusión de la Juventud Socialista y la Juventud Comunista. En aquel lugar ya nos precedía una interminable fila de entusiastas voluntarios. Luego de interrogarme extensamente, sobre mis conocimientos y aptitudes (discreto manejo del Máuser, estudiante de tercer año de ingeniería industrial, con dominio de Inglés, y conocimientos de Ruso y Francés), para mi sorpresa, decidieron que -en lugar de enviarme al frente- yo sería más útil como intérprete de los asesores técnicos soviéticos. Además, me asignaron un sueldo bastante bueno, que me permitió compensar las falencias de la vida en el cuartel. Por su parte, Ramón –al ser mecánico con buen manejo de Inglés- fue designado chofer, con una remuneración inferior pero que sumada a la mía nos alcanzaba para pagar una habitación doble en un hotel modesto.

Si bien yo carecía de rango militar, tenía una credencial del Ministerio de Defensa con mis datos personales, que me autorizaba a portar arma y tener libre tránsito en todo el territorio de la República. Como detalle de color,

reconozco que –siendo un joven “picaflor”, con pretensiones de galán- yo hacía ostentación de mi mameluco azul, similar a los que usaban los aviadores militares. Era de esa pana española famosa por su calidad en el mundo entero, y me acompañó como trofeo en mi regreso a Argentina.

Valencia -comparada con Barcelona- tenía un aspecto casi jubiloso. Era una ciudad encantadora, pequeña, con su pintoresco sector gótico, cruzada por un par de ríos, rodeada de arrozales, envuelta en la fragancia de los naranjos en flor y con una linda playa de arena protegida por pinares. En los primeros tiempos aun no escaseaban los alimentos y en el hotel nos solían servir una paella deliciosa. También, por unas monedas podía comprar almendras o avellanas tostadas que se vendían en la calle. El pueblo amaba la música y bastaba que se juntaran unos pocos parroquianos para que se formara un coro para cantar jotas navarras o aragonesas. Pero, si bien en esa época Valencia no era bombardeada con frecuencia, se seguían con permanente interés las noticias de los frentes de combate. Además, mirando con detenimiento, los heridos que cojeaban -cubiertos con sus gruesos uniformes de milicianos- nos recordaban la crueldad de la guerra.

Mi primera gran emoción fue encontrarme con Dolores Ibárruri, “La Pasionaria”, símbolo del coraje y la resistencia republicana. Me la crucé en la calle –ella iba sin custodia- y me animé a hablarle. Para mí fue como un sueño. Era alta, buena moza, entrecana, amable y con un porte señorial. A modo de saludo, repetí su famosa frase: «*Más vale morir de pie que vivir de rodillas*». Y ella sonrió, llevándose ambas manos al corazón, en un gesto casi maternal. También me topé con Malraux, pero rechazó mi saludo, de manera grosera, algo bastante frecuente de su parte, según me enteré luego. Así de contradictorio era este intelectual francés que –por otra parte- había logrado un aporte fundamental para la fuerza aérea de la República, mediante la cesión de aviones franceses. Sin embargo, a pesar del desplante del “franchute”, aquellos paseos por las calles de Valencia me producían orgullo: yo estaba en el ombligo del mundo, en el lugar donde convergía la atención política internacional.

Poco después, a comienzos de mayo de 1937, el POUM (Partido Obrero Unificado Marxista) se sublevó contra el gobierno de la República, exigiendo concretar la revolución proletaria y comenzar con las expropiaciones. La rápida y efectiva represión gubernamental –con el apoyo de Moscú- fue tan cruenta como la propia sublevación de sindicalistas y anarquistas. Con respecto a este episodio, quiero dejar en claro que –como Ramón y la gran mayoría de los voluntarios- yo había ido a España para combatir al fascismo franquista, y no para involucrarme en las disputas entre trotskistas y stalinistas. Con los años, a la distancia, muchas veces me pregunté si con aquellos enfrentamientos internos la República no comenzó a perder la guerra.

El hotelito donde nos alojábamos con Ramón, era tan humilde como acogedor. Mi ventana se abría a un cielo infinitamente azul, apenas enmarcado por el rojo de los antiguos tejados y el blanco descascarado de las paredes encaladas. Pero lo que más recuerdo es el sombreado jardín, protegido por palmeras y limoneros, bordeado de macetas con geranios multicolores y en cuyo centro las hortensias se encaramaban unas sobre otras, todo bajo la celosa mirada de don Oñate.

Faustino Oñate, vasco de Guipúzcoa había sido labrador y ahora -en su vejez- era jardinero. Bajo, flaco, encorvado y avejentado, con la cara curtida y

arrugada, su mirada triste y acuosa -cansada de ver injusticias– solo prestaba atención a las flores de aquel jardín.

Cierto día, don Faustino dijo que me parecía a su hijo y comenzamos a conversar. Respondiendo a una pregunta suya, le conté mi paso por Rusia y Shangái, mi vida en Buenos Aires y mi decisión de cruzar el Atlántico para colaborar con la República. Recién entonces –con inocultable orgullo- comenzó a hablar de su hijo. El muchacho había sido docente en un pueblo perdido en la montaña. Un caserío, con una iglesia sin cura y un cementerio sin espacio. Al pueblo había que llegar cruzando un precario puente de madera, sobre un río turbulento. La escuela era un salón viejo y sucio, con algunos bancos, sillas y la cama del maestro en un rincón. No había pizarrón ni material didáctico. El primer día, solo había venido un puñado de alumnos –niños y niñas- de entre 6 y 12 años. Ninguno sabía leer, ni escribir. De a poco, con el tiempo, los chavales habían ido progresando y el hijo de don Faustino había comenzado a sentirse un verdadero maestro. Entonces había llegado el primer invierno y la lucha por sobrevivir enterrado en la nieve, en medio de la soledad, con una pulmonía que casi se lo había llevado. Con la primavera habían vuelto los alumnos, acompañados por muchos nuevos. Y así, año tras año, hasta que había sido promovido a una escuela de Guernica. Allí lo había encontrado el bombardeo fascista. Desde entonces no había sabido más nada de él.

Tras un silencio, don Faustino continuó. Aquel criminal bombardeo que borró a Guernica del mapa, no había sido un acto de guerra sino un asesinato a mansalva. No habían atacado a las tropas sino a la indefensa población civil. Franco había utilizado a los malditos aviones alemanes, para masacrar a los vascos, desmoralizar a los republicanos y ocupar el territorio –concluyó con voz entrecortada por la emoción y la bronca.

Hoy, más de medio siglo después, al escribir estas memorias, sigue sin poder ser confirmado el número de víctimas en Guernica, pero con el tiempo quedó demostrado que –pensando en la Segunda Guerra Mundial- la intención de Hitler había sido experimentar, sobre esa pequeña ciudad, el poder letal de los ataques aéreos de su Legión Cóndor. Aquel día los aviones no sólo lanzaron bombas destructivas, sino también bombas antipersonales y bombas incendiarias que convirtieron en antorchas humanas a hombres, mujeres y niños. En este infierno dantesco, los pobres desdichados gritaban y se retorcían de dolor hasta morir incinerados, hediendo a carne quemada. Con el transcurso de los años, esta masacre se transformó en un símbolo de los horrores de la guerra, porque nunca antes un ataque aéreo había borrado del mapa a un poblado civil. Aquellos humildes habitantes de Guernica –como el hijo de don Faustino- tuvieron la desgracia de ser elegidos como ratas de laboratorio para el primer ensayo de destrucción masiva.

CAPÍTULO (IX): LOS ASESORES SOVIÉTICOS



En poco tiempo Valencia había perdido su alegría. Los coros y bailes callejeros dejaron lugar a largas y lamentables colas para comprar garbanzos, patatas y algo de aceite. Cuando las tropas de Franco cortaron el flujo de mercaderías, comenzaron los faltantes y la República tuvo que implantar el racionamiento. En consecuencia, mi primera tarea como flamante recluta no consistió en nada heroico, sino en el control del orden frente a las barracas que vendían alimentos.

Por suerte, a los pocos días llegó quien iba a ser mi jefe, un ingeniero químico soviético de apellido Nicoláyev, especializado en munición de artillería, desde la producción de TNT hasta la fabricación de los proyectiles. Era un tipo muy agradable, educado y fino, como si proviniera de una familia pequeña burguesa culta. Estimo que tendría unos treinta y cinco años de edad y -según me dijo- estaba en España como voluntario y no por orden del gobierno ruso. Nuestro centro de operaciones fue Valencia, más concretamente el Arsenal de la Plaza de Armas. En su primer recorrido, mi jefe inspeccionó la planta de elaboración de explosivos, que constaba de tres reactores, instalados al aire libre, debajo de un tinglado. El TNT que se fabricaba allí, era uno de los explosivos más seguros. Fundía a una temperatura de unos 80 grados, se podía moler con toda facilidad, si se le acercaba un fuego ardía, pero solamente explotaba bajo efecto de un golpe muy brusco o una detonación. En el Arsenal se fabricaban detonadores, cuya finalidad era incrementar el poder de las espoletas. Esos detonadores se preparaban comprimiendo el TNT molido en una matriz dentro de la cual se introducía un pistón. Nicoláyev detectó un grave problema en esos dispositivos, cuya solución requería un equipamiento no disponible. Entonces, se me ocurrió un arreglo "a la criolla", imaginativo, sencillo y eficaz, que me ganó el pronto respeto de mi jefe.

Pero no todos fueron éxitos, también cometí errores y sufrí accidentes. Para moler el TNT se utilizaba un viejo molino manual que se empastaba con frecuencia, siendo necesario desarmarlo y limpiarlo. En una de esas ocasiones, una pesada pieza de hierro se me cayó sobre el empeine derecho. Si bien no hubo fracturas, estuve con el pie vendado durante más de dos semanas, usando muletas, con la apariencia de un herido en combate.

Una vez repuesto, acompañé a mi jefe a inspeccionar una gran fábrica metalúrgica -en Sagunto- dedicada a la artillería. Ahí aprendí que se fabricaban dos clases de proyectiles: de fundición y de acero. Los de fundición eran

mucho más baratos. Al estallar se despedazaban en trozos que herían a sus víctimas por impacto. En cambio, los de acero producían esquirlas con puntas tan filosas que no solo lastimaban por impacto sino que producían graves heridas cortantes.

Poco después, enfrentamos nuestro principal desafío: recibimos una partida de nuevas espoletas rusas cuya fabricación local teníamos que encarar. El problema técnico fundamental consistía en determinar cuál era la carga propulsora mínima necesaria para liberar la traba de seguridad de la espoleta. Para estas pruebas fuimos a un campo de tiro donde había un cañón. Nuestro primer paso consistió en probar con tres cargas diferentes, graduadas de menor a mayor. Pero, cuando disparamos, uno de los obuses no explotó. Entonces, mi jefe decidió que fuéramos a buscar el proyectil y lo lleváramos “suavemente” al taller. Allí, después de fijar el obús en la morsa, había que limar la línea de unión entre espoleta y explosivo. Demás está decir que teníamos que proceder con sumo cuidado. Un error implicaba explosión. Comencé a limar con suavidad, pero a falta de resultados tuve que arriesgarme a hacerlo con más y más fuerza. Mientras la muerte nos sobrevolaba, cada minuto me parecía una hora. Sudaba a chorros, y mis manos se humedecían peligrosamente. A mi lado, Nicoláyev observaba con atención. No movía un músculo, ni hacía comentarios. Finalmente, logré desactivar el explosivo y nos abrazamos, celebrando la vida. Creo que –en aquella experiencia extrema- fue el ruso quien llevó la peor parte. Si bien yo hice el trabajo manual, tenía el atenuante de estar completamente concentrado en la tarea, y estaba librado a mi propia suerte. Pero él, a mi lado, no podía hacer nada y sin embargo se había mantenido inmutable, aún sabiendo que por cualquier descuido mío podríamos volar los dos. A partir de entonces, comenzamos a hacernos amigos.

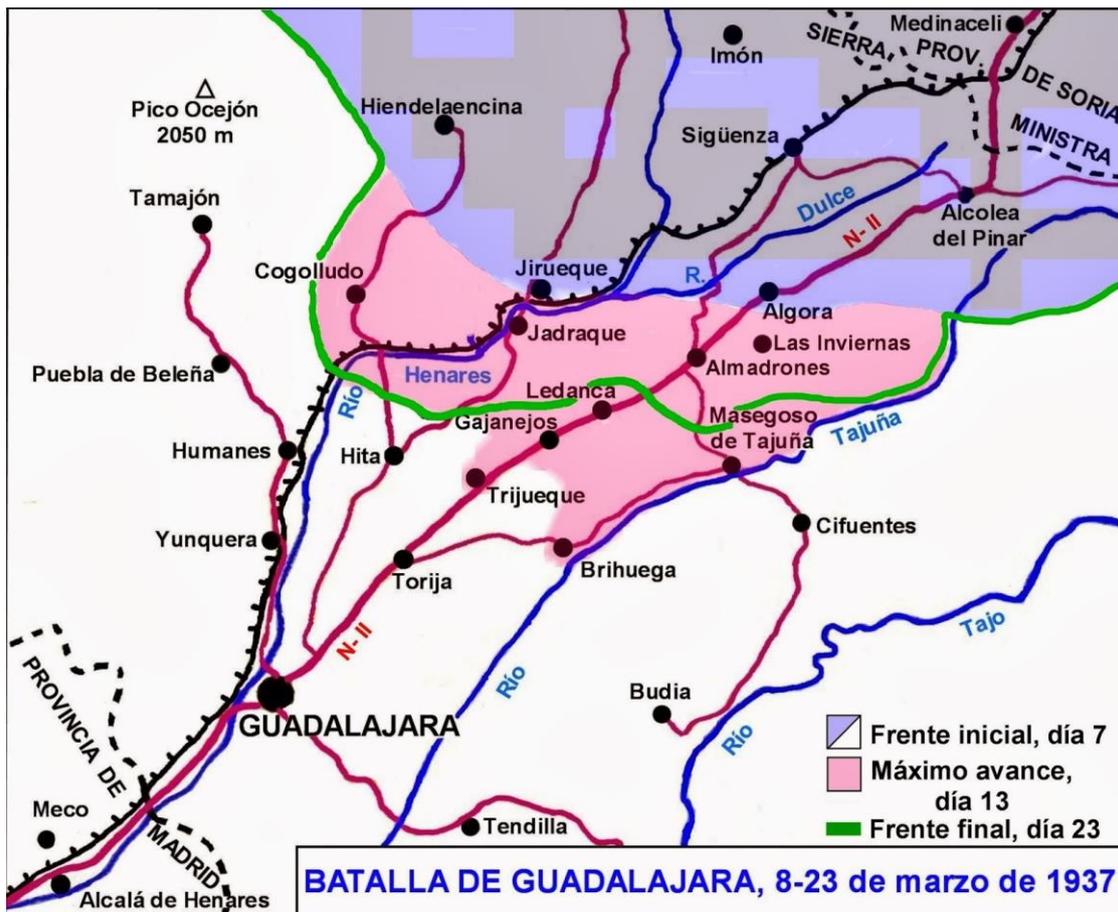
Nicoláyev daba la impresión de tener cierta cultura y mucha curiosidad por comprender lo que pasaba a su alrededor. Era rubio, tirando a entrecano, buen mozo y muy atractivo para las españolas. Después de algunos meses trabajando juntos, él ya se daba a entender en español y no necesitó mis servicios de traductor. Entonces, ante la escasez de intérpretes, me dieron nuevo destino.

En Valencia no todo era trabajo. Con mis veinticuatro años, mis ojos claros, mi metro ochenta y mi atractivo uniforme, me las arreglaba bastante bien en las cosas del querer. En aquel mismo hotel se alojaba una atractiva viudita marroquí, que solía compartir nuestra mesa, junto a Ramón y otros comensales. Era una mujer hermosa y excitante, tenía el pelo muy negro y los ojos más negros aún, la piel blanca, un rubor natural en las mejillas y una expresión exótica, segura y serena. Cierta noche me sobresalté cuando -por debajo del mantel- sentí la tibieza de su pie rozando mi pierna. Al finalizar la cena, fingiendo estar mareada por el vino, me pidió que la ayudara a subir las escaleras. Cuando llegamos a su habitación, solicitó mi ayuda para recostarse en la cama. Mientras yo desvestía aquel cuerpo, aparentemente inerte por el alcohol, sus manos comenzaron a guiar a las mías sobre su piel tibia y perfecta. Ella me había elegido y yo la recibí como un regalo, sin molestarla con preguntas innecesarias e inoportunas. Me bastaba con gozar cada segundo, como cualquier soldado en guerra.

Luego de compartir varias noches, ella me pidió que la acompañara a Marruecos, donde su marido le había dejado varias propiedades. Pero, muy a

mi pesar, tuve que negarme. Había viajado a España con un ideal y no podía sacrificarlo por una mujer. Resignado, cuando llegó el día, la acompañé hasta el puerto, la estreché contra mi cuerpo y la mantuve abrazada en un vano intento de retenerla. Finalmente, ella se separó y -sin besarme- subió al barco y no la vi más.

CAPÍTULO (X): LA BATALLA DE GUADALAJARA



Comencé a extrañar a Nicoláyev desde el mismo momento en que me presentó a su sucesor. Mi nuevo jefe era un ruso macizo, retacón y tosco. Tenía voz ronca y hablaba despacio, como masticando las palabras. Se jactaba de su origen proletario y de estar en España para matar nazis. Era un ingeniero mecánico de apellido Strokov, especialista en munición de arma portátil, y -al igual que Nicoláyev- sólo ejercía funciones de asesoramiento, sin autoridad ejecutiva. Tenía un dominio casi enciclopédico de su especialidad, pero no le interesaban otros temas, ni siquiera aprender español. Juntos, tuvimos que familiarizarnos con el área de Cartuchería y visitar algunos talleres que disponían de la maquinaria necesaria para la fabricación de municiones. Poco después, nos asignaron un chalet de dos plantas, que había sido requisado por el Gobierno. Esa casa, en medio de un antiguo viñado, era un lugar tan agradable que me prometí volver después de la guerra, para disfrutarla sin la penosa convivencia con mi jefe ruso. Nos la habían asignado porque estaba cerca de la fábrica de Alicante, que producía un millón diario de cartuchos para Máuser, el fusil de guerra que llegaba masivamente desde México, país defensor de la causa republicana. La función de Strokov era optimizar los procesos industriales, incorporando las máquinas que permitieran ahorrar tiempo y aumentar la producción. Vale aclarar que los republicanos no podían utilizar fusiles soviéticos porque requerían municiones de un calibre especial que no se fabricaba en España.

Para movilizarnos -en busca de maquinarias y soporte técnico- teníamos asignado un moderno Ford 36. En la primera oportunidad que fuimos

a Madrid nos tocó un chofer andaluz quien -después de lucirse tarareando flamenco- nos contó su bautismo de fuego:

- ¡Fítetu! (fíjate tú) ¿Ves esos camiones y tanques descuajeringaos y escacharraos? -dijo señalando al costado de la ruta. -Esto es Brihuega. Yo tuve que cruzar por aquí durante la tremenda Batalla de Guadalajara.

Y sin esperar que yo terminara de traducir a mi acompañante ruso, agregó:

- Además de lo que tú ves ahora, por toda esta zona estaban amontonaos fusiles, ametralladoras, cañones, cajas de municiones y otros cacharros. Pero lo que más había eran muertos. ¡Sí, socio! Muertos italianos. No parecían hombres sino muñecos rotos por las explosiones. ¿Entiendes socio? Los fachos recibieron una manuda japuana. Mientras ellos se retiraban en desorden, nuestra artillería lanzaba granada tras granada, estrozando todo, levantando nubes de polvo y piedra. A mí me ordenaron seguir conduciendo hacia Madrid y cruzar el frente antes de que el enemigo tuviera tiempo de reorganizarse. Yo estaba acarajotao y jiñado de miedo, pero obedecí sin chistar. En eso oímos el zumbido de un avión. Luego del pánico inicial, nos dimos cuenta de que era un bombardero republicano el que zangarreaba sobre nosotros. La artillería fascista hizo fuego y el avión descargó sus bombas sobre ellos, pero también sobre la ruta que acabábamos de cruzar, que desapareció bajo una negra humareda. Me da repeluz solo recordarlo. Casi nos dan pal pelo. Casi nos dan un guarrazo con nuestras propias bombas. ¡Qué locura! ¿Entiendes socio? ¡La guerra es una locura total! -concluyó el andaluz, mientras Stokov protestaba porque yo no daba a basto para traducir aquella catarata de palabras.

Al acercarnos a Madrid comprobamos su privilegiada ubicación geográfica, en el centro de la estratégica meseta castellana. La ciudad estaba tan fortificada que parecía imposible que Franco pudiera conquistarla con un ataque directo. Incluso habían fallado los dos primeros intentos de cortar la vital carretera que la unía con Valencia, ya que los pequeños tanques italianos, armados solamente con ametralladoras, resultaban impotentes contra los tanques gubernamentales de mayor tamaño, armados con cañones y ametralladoras.

En aquellos días -tal como nos había anticipado el periodista Pérez Nogal- lo que más preocupaba a los madrileños era la incómoda cuña que las fuerzas rebeldes habían logrado emplazar en la Ciudad Universitaria, y desde donde -esporádicamente- bombardeaban a la población civil, tratando de minar su moral. Recuerdo que -mientras buscábamos el hotel que teníamos reservado- una granada disparada por una batería enemiga cayó no demasiado lejos de nuestro vehículo, explotando con gran estruendo. Sin embargo, pese al evidente peligro, los sufridos pobladores no abandonaron sus puestos en la larga cola para comprar comida. Movidio por una morbosa curiosidad, nuestro chofer se acercó con el auto para comprobar la magnitud de los daños. Primero, nos encontramos con otro coche que ardía envuelto en un denso humo acre, junto a un gran boquete por el que salían chorros de agua de una cañería rota. Pero, de pronto, mis ojos se encontraron frente a una escena dantesca. Un viejito que volvía del mercado había sido alcanzado por la explosión y destrozado contra la pared de una casa contigua. Cerca, otras personas yacían como fardos de trapos sucios tirados sobre una calle llena de charcos de sangre y cristales rotos. Junto a un cadáver de mujer, un nene

lloraba a su madre muerta. Ante aquella espantosa carnicería debería haber hecho algo, pero quedé paralizado de desolación e impotencia. Solo atiné a cerrar los ojos y apretar los párpados, para que mi jefe ruso no viera las lágrimas. Así era esa guerra, y así sufría la gente común. - ¡Vámonos! -ordené, y el chofer obedeció en silencio.

Ya en el hotel, pese a estar a varios kilómetros de la avanzada enemiga, podíamos oír esporádicos tiroteos y estallidos de mortero. Esa noche, tirado en la cama boca arriba, no podía conciliar el sueño, perseguido por las trágicas escenas presenciadas aquel día. Los bombardeos me resultaban desconcertantes. Parecía que los fascistas estuvieran gastando sus municiones con la absurda esperanza de matar a toda la población civil - supuestamente roja- de Madrid. Aunque, lo más probable, fuera simplemente que intentaran disimular su impotencia, al estar aislados en sus posiciones de la Ciudad Universitaria.

Volviendo a mi trabajo con el asesor ruso, si bien yo estaba autorizado a portar armas, nunca quise tener una pistola. Sin embargo, en nuestros numerosos viajes siempre llevaba un fusil cargado en el coche. Imaginaba que –en caso de ser atacados por algún pequeño avión enemigo- podría intentar bajarlo, siempre y cuando viniera de frente y en picada hacia nosotros. Por suerte, nunca se presentó la ocasión. En Madrid, la tarea de Stokov consistía en estudiar un fusil Máuser alemán de última generación que había sido capturado al enemigo. Una vez que –con los técnicos locales- logramos identificar las mejoras que hacían al nuevo fusil germano muy superior al antiguo Máuser mexicano, que usábamos los republicanos, pudimos regresar a la casa que compartíamos en los viñedos de Alicante.

En el trayecto, compitiendo con las primeras estrellas, comenzó un colorido despliegue de supuestos fuegos artificiales que pronto se transformó en una catástrofe. Ni los haces de luz de los proyectores republicanos, ni las estelas de las balas trazadoras disparadas por sus ametralladoras antiaéreas, pudieron evitar que los bombarderos rebeldes arrojaran su carga de destrucción y muerte. De pronto, un fogonazo nos encandiló, un temblor sacudió el auto y una tremenda explosión torturó nuestros tímpanos. Mientras volaban árboles arrancados de cuajo y un inmenso cráter se tragaba la ruta, nuestro chofer giró en redondo y retrocedió rápidamente, alejándose del peligro. Al llegar a la bifurcación de un camino secundario, decidimos internarnos para hacer un rodeo, con la esperanza de poder retomar la ruta más adelante. Pasaron las horas, y el escarpado camino de piedra nos llevó hasta una remota aldea de montaña, donde nos propusimos pasar la noche.

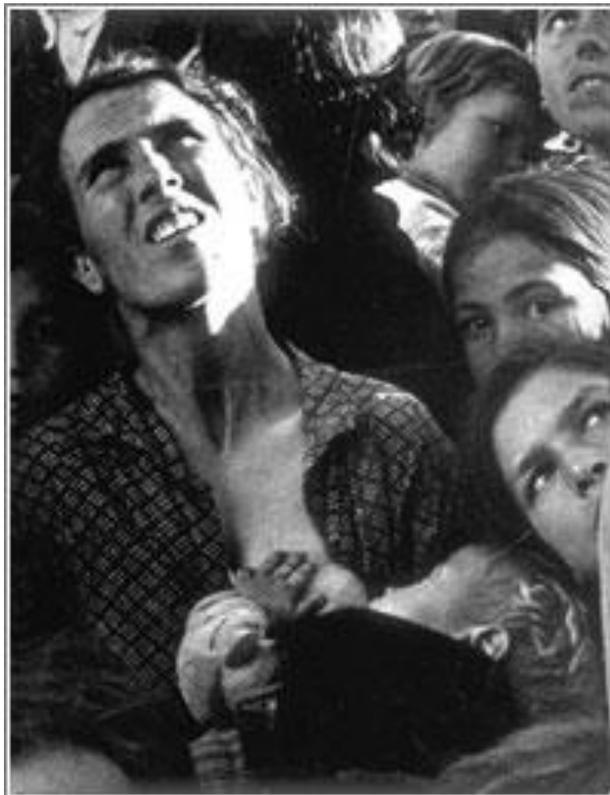
La primera sensación fue haber llegado a un pueblo fantasma. Estaba totalmente a oscuras y en silencio. Ni un ladrido, ni un relincho y mucho menos un sonido humano. A paso de hombre, nuestro auto avanzó iluminando aquel tétrico caserío de paredes, puertas y ventanas destrozadas a balazos, donde se había combatido ferozmente. Algunos edificios habían sido destruidos por las llamas, y de las cenizas de los establos emanaba un horrible olor a carne quemada.

Tuvo que pasar un buen rato hasta que –a través de una puerta desvencijada- apareciera una persona. Era una anciana con una criatura en sus brazos. Pidió agua, se sentó en el piso, contra la pared, y ambos bebieron con desesperación. Luego, la mujer comenzó a contarnos su tragedia.

La aldea había sido arrasada por una banda de forajidos que saqueaba y mataba a su antojo. Necesitada de combatientes, la República había abierto las puertas de las cárceles y dado armas a ex presidiarios para que se sumaran a sus milicias populares. Pero muchos habían desertado y deambulaban impunemente asolando con su barbarie a las indefensas poblaciones campesinas. Estas hordas habían llegado en un camión, disparando sus armas -al aire primero y contra los pobladores después. Habían matado a los hombres, violado a las mujeres y acribillado a las que se resistieron. Al retirarse, tras incendiar la alcandía, la iglesia y los establos, se habían llevado las armas, los víveres y todo lo que les pareció de valor.

Desesperada, la anciana me rogó que denunciara esa masacre para que el Gobierno castigara a los culpables. Si bien acepté el encargo, yo bien sabía que la impunidad en la retaguardia era inevitable mientras todas las fuerzas disponibles estuvieran destinadas al frente de combate.

CAPÍTULO (XI) : LA FOTÓGRAFA FRANCESA



Hasta noviembre de 1937, con Strokov, continuamos trabajando en Alicante. Luego -ante el avance de las tropas enemigas- el Gobierno republicano decidió trasladarse a Barcelona y también lo hizo el Ministerio de Defensa, del que dependíamos nosotros. Por lo tanto, tuvimos que mudarnos a una pensión, en el Paseo de Gracia, cerca de la Casa Batlló, la joya arquitectónica de Gaudi, que sobreviviría a los bombardeos. Nuestra nueva tarea consistió en supervisar la construcción de una moderna fábrica en Badalona, diseñada para producir dos millones de cartuchos diarios. Además, tuve la oportunidad de acompañar a mi jefe cuando fue convocado al Castillo del Montjuic, donde estaba la Jefatura de la Defensa. Recuerdo que nos mostraron una batería de cuatro cañones antiaéreos de calibre 10,5 cm. de origen francés modelo 1918 (rezago de la Primera Guerra Mundial), mientras que Franco contaba con cañones de la misma marca pero último modelo, ingresados a España a pesar de la tan mentada "No Intervención". También, pude conocer un embrionario radar, de origen inglés, que detectaba el calor de los motores de los aviones. Lamentablemente, este dispositivo no logró impedir que un avión franquista –en plena noche– hiciera explotar un importante depósito de combustible, que ardió durante varios días. Se supone que aquel admirable aviador enemigo logró su objetivo elevándose a una gran altura, apagando el motor y planeando hasta Barcelona sin ser detectado.

Los proyectiles utilizados en los cañones antiaéreos republicanos eran de metralla, pero no actuaban solo por impacto directo sino que debían estallar cerca del avión. La altura a la que debía producirse la explosión se

determinaba con un telémetro, y luego –contra reloj- había que regular manualmente cada proyectil, en una tarea angustiante ya que cada segundo era vital. Pero Stokov descubrió que varios telémetros estaban mal calibrados, por lo que las probabilidades de abatir un avión enemigo dependían más del azar que de la tecnología disponible. Entonces, de muy mal tono, se quejó de los milicianos analfabetos, argumentando que en materia de artillería era imprescindible el conocimiento de matemáticas. Pese a sus modales, es muy probable que la intervención de mi jefe –enseñando a calibrar los telémetros- haya contribuido al derribo de muchos aviones enemigos. Tal vez, el del propio hermano del generalísimo Franco, abatido la noche de San Silvestre.

A pesar de los bombardeos y del racionamiento, Barcelona seguía recibiendo el apoyo de intelectuales y artistas. Por eso, tuve la suerte de compartir una pequeña reunión, en la que -sentados en el piso de un patio- escuché al mismísimo Nicolás Guillen recitando algunos de sus poemas dedicados a España. Como el que comienza así:

¡Ardiendo, España, estás! Ardiendo
con largas uñas rojas encendidas;
a balas matricidas
pecho, bronce oponiendo,
y en ojo, boca, carne de traidores hundiendo
las rojas uñas largas encendidas.

Aquella agradable tarde de otoño conocí a Anouk, una atractiva fotógrafa francesa. Por azar, me senté a su lado y ella me fotografió cuando - enfervorizado- yo aplaudía al poeta cubano. Al preguntarle cuánto me iba a pagar por usarme de modelo, me respondió con una sonrisa y yo me consideré muy bien pago. Era rubia, menuda, de labios carnosos y unos maravillosos ojos grises. A diferencia de las otras mujeres presentes, ella no llevaba ni mameluco, ni uniforme miliciano, sino una ajustada polera de lana y pantalones muy al estilo Greta Garbo, elegantes y prácticos para su trabajo, pero adelantados a ese tiempo y a ese entorno social. A medida que comenzamos a conversar, me contó que había encontrado su libertad a través de la fotografía. Era un modo de expresión que no levantaba excesivos recelos en el machismo dominante, que lo aceptaba como un medio adecuado para que las señoritas se ganaran la vida.

Había viajado a España llevada por su instinto romántico que identificaba a la izquierda política con el progresismo y a la derecha con el orden conservador. Los primeros eran las víctimas y los segundos los victimarios. Pero –a medida que pasaban los días y comprobaba similares aberraciones por parte de la ultraderecha y de la ultraizquierda- ese razonamiento maniqueo iba siendo reemplazado por un mar de dudas y cuestionamientos. Lo único cierto era que la verdadera víctima, encerrada entre dos fuegos, era el pueblo.

A diferencia de los reporteros, ella no cubría el frente de batalla sino que documentaba la vida en la retaguardia, donde mujeres, niños y ancianos sufrían tanto como los combatientes. En lugar de fotografiar cadáveres de milicianos, prefería mostrar el dolor de los civiles. Denunciaba la crueldad de la guerra sin caer en el espectáculo macabro. Con el lente de su cámara Leika, buscaba imágenes donde la violencia estuviera representada de forma indirecta. Una foto suya, que fue tapa de revistas internacionales, mostraba a

una mujer amamantando a su bebé durante un bombardeo. Una madre convertida en heroína. La maternidad como símbolo. El instinto de la vida en medio de la guerra y la muerte. Su objetivo era captar imágenes que hicieran reflexionar sobre la condición humana. Quería despertar la solidaridad internacional para con los civiles atrapados en aquel sangriento enfrentamiento fratricida. Sin embargo, debió sobrellevar las críticas de quienes la consideraban una mera turista, o una aventurera en busca de la foto que la hiciera famosa. Lo cierto era que –pese al reconocimiento por la calidad de sus obras- los fanáticos obsesionados por la guerra no le perdonaban haber priorizado la imagen de “la mujer-madre” por encima de “la mujer-miliciana”.

Con el tiempo, comprendí que con sus fotos Anouk marcaba el camino que –muchos años después del conflicto bélico– conduciría a la liberación de la mujer. Su granito de arena fue mostrar mujeres heroicas, mujeres fuertes, mujeres líderes en terrenos antes reservados a los hombres.

Recuerdo la primera vez que me invitó a visitar el estudio y laboratorio que compartía con otros reconocidos fotógrafos, como Gerda Taro y Robert Capa. De inmediato, me sorprendió su inigualable colección personal, con avanzadas técnicas de retoque (sobre el propio negativo) y una lúcida exploración de los efectos de las iluminaciones y los reflejos.

- Me paso la vida buscando la belleza, en una luz, un reflejo -sintetizó ella.

Sus obras más conocidas y mejor remuneradas, eran los retratos de personajes famosos, tanto de la política como de la cultura. Además de Nicolás Guillén, de quien era amiga, había fotografiado a intelectuales como André Malraux, Pablo Neruda, Federico García Lorca, George Orwell, Miguel Hernández, Ernest Hemingway, y mi conocido Raúl González Tuñón, como así también a Dolores Ibárruri “La Pasionaria” y al ex presidente Manuel Azaña.

- ¿Cuál es tu secreto para lograr esas expresiones únicas, profundas y cotidianas a la vez? -pregunté.

- Si me acerco con una sonrisa, nadie sospecha de mi cámara -me confesó. - Les hablo muchísimo, antes y durante las tomas, para ablandarlos. Luego todo depende de mi perspicacia y de mi técnica.

Pero su mayor orgullo era atesorar fotos de obras de arte que podrían ser destruidas en el transcurso de la guerra. Todo había comenzado en Madrid, a fines de 1936, cuando autoridades de la República la contrataron para documentar la evacuación de parte del patrimonio artístico del Museo del Prado, hasta un lugar protegido de los bombardeos. La joven fotógrafa vivió aquella experiencia como una aventura extraordinaria, ya que tuvo el honor de fotografiar obras originales de genios de la pintura, como Rafael, Rubens, Tiziano, Velázquez, El Bosco y Goya, antes de que fueran guardadas en los grandes cajones de embalaje en los que las transportarían hasta Valencia, primero, y a Suiza, después.

- A partir de aquella experiencia, sentí la necesidad de fotografiar cuanta obra de arte en peligro se cruzara en mi camino –dijo Anouk.

- ¡Es una tarea quijotesca! –opiné. – Hay miles de pueblos con tesoros artísticos. Especialmente en las iglesias y conventos, con sus pinturas, esculturas, crucifijos, cálices, candelabros y retablos.

- ¡Lo sé! –reconoció la francesa, y agregó: - Es más, te olvidas de mencionar las alcaldías y algún que otro palacio o mansión señorial que aún no haya sido saqueado por las hordas rapaces.

- ¡Exacto! -afirmé, creyendo que me estaba dando la razón.
 - Pero soy "têtu", testaruda como el Quijote -respondió ella.
 - Es que...
 - Mira –me interrumpió- mostrándome la foto que le había sacado a una pintura del Greco, en la ignota capilla de un pueblo. - Espero que a este cuadro nunca le pase nada, pero -en caso contrario- siempre quedará esta imagen.
- Meses después, me tocó verla llorar desconsoladamente, como una niña adolescente que pierde a su mejor amiga: Gerda Taro, la famosa fotógrafa alemana, al aventurarse en la línea de combate, subida al estribo de un camión del ejército republicano, había muerto atropellada por un tanque franquista.
- C'est la vie –baluceé a modo de consuelo.
 - ¡Non! ¡C'est la guerre! –replicó ella.

CAPÍTULO (XII): LOS NIÑOS DE LA GUERRA



A esta altura de mi relato, querido lector, espero que ya exista cierta complicidad entre nosotros, como para permitirme algunas digresiones. Hoy, usted tiene la posibilidad de leerme “de corrido” –palabra por palabra, página por página- sin necesidad de conocer mi azaroso proceso de escritura. Sin embargo, me gustaría compartir las principales dudas que debí enfrentar, y que –por momentos- me bloquearon. Creo que ya comenté que mi trabajo se inicia tomando nota de retazos de recuerdos. Luego, tras confirmarlos con la bibliografía de soporte y las voces de otros protagonistas, recién comienzo a bosquejar el primer borrador. Y esta etapa es la más difícil. Por ejemplo, en este capítulo: ¿cómo contar el doloroso momento en que una madre es separada de su hijo? ¿Cómo describir la angustia de esas mujeres? ¿Cómo mostrar el miedo de aquellos niños? La solución más sencilla sería intentar una desapasionada versión cuasi periodística. Pero estas son “mis memorias” y no me conformo con sólo contar qué pasó, sino cómo lo viví yo, qué sentí. Si existe un método para hacerlo mejor, lo desconozco. Yo avanzo y retrocedo, por prueba y error, tratando de evitar los golpes bajos, pero sin caer en la crónica yerba. Busco un equilibrio entre las imágenes que iluminan mis recuerdos y los sentimientos que echaron raíces en mi corazón.

En toda España, las acciones bélicas habían trastocado la vida familiar. Mientras los padres y hermanos mayores se involucraban en la guerra civil, las mujeres –además de intentar sobrevivir- debieron ocuparse de los niños y los ancianos. Cuando comenzaron los bombardeos sobre territorio republicano, toda la población civil convivió con la guerra, hasta que llegó un momento en que los chicos tuvieron que ser evacuados. Entonces, tuvo lugar un fenómeno inédito: el traslado de niños al extranjero, propiciada por el Gobierno de la República y apoyada por organismos internacionales (partidos políticos, sindicatos y organizaciones humanitarias)

Hasta hoy, los historiadores difieren en sus cifras, pero no cabe duda de que la evacuación infantil involucró a varias decenas de miles de chicos españoles. El país que les brindó mayor acogida fue Francia (recibió más de 20.000), seguido de Bélgica, Inglaterra y la URSS. Luego, con cantidades menores, México, Suiza y Dinamarca. Otros países ayudaron indirectamente, financiando las colonias en territorio francés. Esos chicos tenían entre cuatro y doce años de edad. Apenas la mitad de ellos regresó a España.

A pesar de que durante la guerra civil murieron 130.000 chicos, aún hoy se debate si esta evacuación fue necesaria. Es cierto que se pretendía alejarlos de la muerte y del horror de los bombardeos, pero -además- eran muchas bocas para alimentar, en un momento en que faltaba comida y la prioridad era atender a los combatientes. En principio, para convencer a los padres, se planteó el éxodo como unas vacaciones, en un campamento lejano, seguro y confortable. Pero luego, ante el inexorable avance franquista, el gobierno tuvo que reconocer las verdaderas razones de aquella polémica decisión: *“Es necesario evacuar a la población no apta para las necesidades de la Guerra. Mujeres que no puedan sustituir a los varones en los trabajos de retaguardia, ancianos, niños, hombre jóvenes pero incapacitados físicamente para aportar su esfuerzo en la vanguardia o en la retaguardia deben evacuar el territorio... Constituyen un peso muerto que es preciso eliminar en estos instantes...”* decía el comunicado oficial.

Anouk había cubierto la traumática despedida de “los niños de Morelia”. - Fue terrible -me dijo. –No hay nada más doloroso para una mujer que presenciar la separación de un niño de su madre. Es un desgarramiento imposible de olvidar. El dolor superaba la posibilidad de captarlo con mi lente. Las lágrimas me empañaban la visión. Yo no soportaba la escena y gatillaba sin enfocar. Había una mujer con seis hijos, el mayor no tenía más de doce años. Hizo subir al tren a los cinco más grande y se quedó con el menor, un bebé. Al ver que la fotografiaba, como disculpándose, me dijo: -“Mi marido no volvió del frente y yo no puedo criar a los seis”. Al revivir la crueldad de la escena vuelvo a sentir el dolor y la impotencia de aquel momento –agregó Anouk, con la voz entrecortada por la emoción.

Pese a que me consideraba bien informado, fue gracias a las fotos y al relato de Anouk que tomé conciencia de la gravedad de este tema. Con el paso de los años, supe que se trató de un contingente de casi quinientos niños, menores de doce años de edad, que salieron de Valencia en tren hasta Burdeos, desde donde un barco los llevó hasta Morelia, en México. Sus padres les habían dicho que volverían en pocos meses, pero la guerra se alargó hasta terminar en derrota y éxodo de los republicanos. Aquellos niños fueron pioneros en el doloroso exilio masivo que desmembraría a España. Algunos pudieron regresar. Pero la mayoría quedó en México con suerte diversa: desde

chicos de la calle hasta universitarios. Los niños llegaron a México por la intervención personal de la esposa del presidente Lázaro Cárdenas, cuyo gobierno financió el traslado, el alojamiento en casas-hogar y los estudios de los niños españoles. Pero cuando Cárdenas abandonó la presidencia, su sucesor canceló los fondos de ayuda y estos chicos quedaron librados a su propia suerte.

En España, durante la dictadura de Franco, la censura borró toda mención a los exiliados españoles, incluyendo a los pobres niños de Morelia. Recién en 2005, el Congreso español les reconoció la ciudadanía y aprobó una pensión para los sobrevivientes.

A su vez, en los territorios ganados por Franco, los “niños de la guerra” eran los huérfanos, cuyos padres habían muerto en manos fascistas. Estos chicos fueron recluidos en severos orfanatos, con disciplina cuasi militar y obligatoria educación católica.

Cuando Anouk tuvo que cubrir la despedida de otro grupo de chicos, esta vez con destino a Rusia, le pedí que me permitiera acompañarla. Entre los padres, como en casos anteriores, había opiniones encontradas. Algunos militantes comunistas, aceptaban enviar sus hijos a Rusia, con la esperanza de que disfrutaran las supuestas bondades del socialismo soviético. Otros, reconocían la necesidad de la evacuación, pero desconfiaban de la URSS. Sin embargo, más allá de las ideologías, el dolor era el mismo. Nunca vi nada más desgarrador que aquel momento en que las madres se separaban de sus hijos, sin más certezas que su Fe en que volverían a reencontrarse.

Recuerdo el silbato de la locomotora que estremeció a las mujeres y niños que esperaban el tren apiñados en el andén de Barcelona. En medio del humo y el vapor, los chicos miraban con asombro y las madres intentaban disimular su sufrimiento infinito. A pesar del esfuerzo para no demostrarlo, esas inconsolables mujeres estaban muriendo por dentro. No podían soportar semejante dolor. Esa herida imposible de cicatrizar permanecería abierta hasta el remoto e incierto día del reencuentro, cuando la vida –tal vez- volvería a tener sentido.

- A pesar de la guerra, mis pequeñuelos me hacían reír. Ahora sólo puedo llorar –baluceó una madre cuyos cuatro hijos ya habían subido al tren. - Eran mi tesoro, y ahora me he quedado sin nada.

Inmóvil, refugiado en mi uniforme de brigadista, yo lloraba por dentro. Hasta hoy me arrepiento de no haber imitado a Anouk, cuando –en silencio- comenzó a abrazar a aquellas desconsoladas madres.

Lamentablemente, el destino se ensañó con estos chicos. Sus esperanzas de un futuro mejor chocaron con la cruda realidad histórica: la Alemania nazi atacó a la URSS y mató a 22 millones de soviéticos. Los niños españoles padecieron traslados, hambre, frío, trabajos inhumanos, desapariciones y muertes.

Muchas décadas después -más precisamente en 2009- en Buenos Aires, tuve la oportunidad de conversar con una de aquellas “niñas de la guerra” que habían sido evacuadas a Rusia. Se llamaba María de las Mercedes, tenía trece años menos que yo y conservaba muy buena memoria. La pude ubicar porque su nombre había sido publicado en un artículo de La Nación Revista. Luego de compartir un té y terminar hablando de bueyes perdidos, ella tuvo la amabilidad de darme una copia de la entrevista concedida a la periodista Diana Irusta, en la que contaba su doloroso exilio y las

imborrables secuelas:

- Yo era una tilinguilla de 11 años. Antes de la guerra, mi vida transcurría en una hermosa casa en Madrid, entre empleadas con cofia y alguna vacación en Melilla. Luego, todo se esfumó. Nos fueron evacuando, De Madrid a Barcelona. Luego, a Murcia. Allí lo mataron a papá, que luchaba por la República. Allí también murió mamá. Era 1938, creo. A mi hermana y a mí nos mandaron a la Unión Soviética. Nuestro destino fue Leningrado (actual San Petersburgo), en un hogar para niños españoles. ¡Al principio no entendía un pepino de ruso! ¡Cómo sufría! Me escondía debajo de la cama cuando venía la maestra. Tiempo después, con mi hermana, participamos de una excursión escolar al Norte, cerca del mar Báltico. Estábamos contentas porque íbamos al mar. Pero a los pocos días empezaron a oírse ruidos, tiros, bombardeos del lado de Finlandia. La Segunda Guerra Mundial llegó así, de golpe. Nos tuvieron que llevar otra vez a Leningrado. Todos asustados, no entendíamos qué pasaba. En medio de aquellos traslados, perdí contacto con mi hermana. ¡Nunca más la volví a ver! ¡Otro golpe al corazón! Junto con otros niños españoles, me subieron a un tren, rumbo a los Urales. Un viaje de seis meses en medio de un frío cada vez más acuciante. Con poco abrigo y escaso alimento. Eran los trenes donde se llevaba al ganado, con paja y una tabla en el medio. Abajo dormíamos unos, arriba los otros. Era gracioso, cuando eres chico.... Cada dos por tres nuestro tren paraba y pasaba a una vía ciega. Tenía que dejar pasar a los que transportaban tropas. Las cosas eran así. Las tropas tenían que pasar. Luego vino la posguerra, los estudios en Moscú. Me recibí en la carrera de Farmacia. Me casé con un español que estaba en la URSS por las mismas razones que yo. Tuvimos un hijo. A fines de los 50 y con mediación de la Cruz Roja Internacional, decidimos venir a la Argentina. De España habíamos salido sin documentos, así que la mayoría teníamos la ciudadanía soviética. No sé cómo será ahora, pero en esa época, cuando salías de Rusia, te sacaban la ciudadanía automáticamente. Como si dijeran «te descartamos». Así que llegamos aquí... no sé cómo. Una vez en la Argentina, tuve que pedir a España mis papeles. Con mi hijo, que tenía cédula de nacido en la Unión Soviética, fue peor. Doce años tardé en hacerlo ciudadano argentino. Lo último que me exigieron fue un certificado de que no había sido ladrón en su país de origen. ¡Mi niño tenía cuatro años cuando salimos de allí! ¿Qué delito podría haber cometido esta criatura? Armé tal escándalo que, en una semana, me dieron su ciudadanía. ¡Al fin! –concluyó la mujer.

CAPÍTULO (XIII): ROJO CONTRA ROJO



A medida que se consolidaba mi amistad con Anouk, fui conociendo entretelones de trascendentes acontecimientos políticos, de los que ella y su cámara Leica habían sido testigos. Debo reconocer que muchos de esos testimonios no sólo me sorprendieron sino que me hicieron recapacitar

Cierto día, me invitó a conocer el taller y laboratorio que compartía con otros fotógrafos extranjeros. Entramos a un antiguo edificio céntrico y descendimos hasta el sótano, donde tras abrir una gruesa puerta de hierro ingresamos a un enorme y húmedo salón, rodeado de viejos muebles de madera, con cajones. En el centro había una larga mesa cubiertas de cajas de cartón. En un rincón estaba el pequeño y hermético cuarto oscuro. En otro, se destacaba un mueble metálico con dos enormes candados: - Ahí guardamos el material fotográfico que nos llega desde Francia. Imagínate, si hoy es difícil conseguir comida, los negativos y los químicos para revelar directamente no existen. Luego, abrió un cajón, sacó un sobre de papel con anotaciones en lápiz, y se me acercó:

- Siéntate, te voy a mostrar unas fotos que aprecio mucho pero no puedo publicar –dijo ella, con una sonrisa cómplice.

-¿Por qué?

- Porque son políticamente incorrectas.

-¿Son de franquistas?

- ¡Noo! Son fotos de un personaje central de esta revolución, que fue devorado por la guerra y el comunismo.

- ¿De quién hablás?
- De Andreu Nin –dijo ella, con los ojos muy abiertos y una expresión de orgullo que la hacía aún más atractiva.
- ¿El del POUM?
- ¡Sí! El líder sindical asesinado por los comunistas.
- Pero...yo tenía entendido que...
- Mucho se ha mentido sobre Nin y su muerte, pero yo lo he conocido bien y tengo información de primera mano –me interrumpió impaciente.
- ¿Cuándo lo conociste?
- Antes de venir a España, yo le había pedido asesoramiento.
- ¿Asesoramiento?
- ¡Pues sí! Yo integraba un grupo de periodistas y reporteros independientes que queríamos organizar en Francia algo similar al Sindicato de Profesionales Liberales de la CNT, creado por él en Barcelona. Por ese motivo, le habíamos pedido colaboración y él nos envió mucha documentación útil.
- ¿Y cuándo le sacaste estas fotos?
- En 1936, cuando llegué a Barcelona. Nin le concedió una entrevista a un periodista del diario francés “L’Humanité” y yo estuve a cargo de la cobertura fotográfica.
- ¿Qué les contó?
- Fue una conversación muy interesante y amena, porque Nin era un político en plena madurez intelectual. Su militancia había comenzado en el Partido Socialista, pero su fervor por el sindicalismo revolucionario lo llevó a incorporarse a la CNT (Confederación Nacional del Trabajo), donde ascendió hasta Secretario General. Según sus propias palabras, por ser “fanático *de la acción y de la revolución*”, fue encarcelado varias veces y tuvo que actuar en la clandestinidad. Dada su influencia en el movimiento obrero, fue invitado a Moscú y se quedó nueve años.
- ¿Qué hizo en Rusia durante nueve años? –pregunté con sincera curiosidad.
- Fue designado Secretario Adjunto de la Internacional Sindical Roja, que agrupaba a los sindicatos revolucionarios del mundo. Desde ese cargo logró forjar una excelente relación tanto con Lenin como con Trotsky. Pero cuando Stalin se convirtió en dictador absoluto, fue expulsado de la Unión Soviética.
- ¿Y después?
- A los 38 años, casado y con dos hijas, Andreu Nin regresó a España, y comenzó a ganarse la vida haciendo traducciones del ruso. Luego, en base a su vasta experiencia en el movimiento obrero internacional, intentó organizar a los marxistas revolucionarios. Finalmente, en 1935, tras largas y duras discusiones, logró que el “Bloque Obrero y Campesino” y la “Izquierda Comunista” (Trotskista) se fusionaran, creando el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM).
- No tenía idea de estos entretelones, ni de la verdadera importancia de Andreu Nin –confesé sorprendido.

- Realmente Nin fue un líder sindical muy influyente –ratificó Anouk, satisfecha de haberme desasnado, y agregó: - Durante las elecciones de 1936 –sin arriar su consigna: “*la clase trabajadora debe tomar el poder por medio de la insurrección armada*”- se sumó al Frente Popular, coalición de partidos marxistas, republicanos y nacionalistas, apoyados por el movimiento obrero, los sindicatos, los anarquistas y los demócratas constitucionales, que ganaron las elecciones.

- ¿Y qué papel jugó Nin durante la Segunda República?

- La verdad, es que duró poco. Desde la conducción del POUM, Nin exigió concretar la revolución proletaria y comenzar con las expropiaciones. Además, en nombre del socialismo y de la clase obrera, protestó enérgicamente contra las sanguinarias purgas de Stalin, en la URSS. A partir de este momento, en el seno del gobierno republicano se inicia una cruenta lucha interna: el Partido Comunista (stalinista) exige marginar al POUM (trotskista). Esa disputa llega al enfrentamiento armado: los comunistas asaltan el edificio de la Telefónica de Barcelona, donde el POUM controlaba las comunicaciones. Los trabajadores toman las armas y se defienden. Justamente yo estaba ahí y saqué esta foto –dijo Anouk, mostrándome una copia tamaño postal en la que hombres y mujeres, de civil, disparaban sus armas desde una terraza.

- ¿Los hombres combatían con traje y las mujeres con vestidos elegantes? -pregunté asombrado al ver la imagen.

- ¡Sí! Son los empleados de Telefónica, con sus ropas de oficina, repeliendo el ataque, desde la terraza del edificio.

- Pero yo tengo entendido que el POUM se sublevó -dije.

- Esa fue la versión oficial. El gobierno republicano –necesitado del armamento ruso- tomó partido por los comunistas, calificó al POUM de subversivo y lo reprimió brutalmente.

- ¿Qué pasó con Nin? Dicen que desapareció –pregunté.

- Esa información es peligrosa. Aún hoy continúan las “depuraciones” –respondió Anouk, con gesto misterioso y tono inquietante.

- Creo que merezco conocer la verdad -insistí.

- De acuerdo. Ya te dije que entrevisté a Nin. También me relacioné con su esposa Olga Tareeva, por lo tanto pude conocer bien su pensamiento. Él creía a rajatabla en la *teoría de la revolución permanente*, planteada por Marx en 1848 y completada por Trotsky en 1905. Por eso, propuso que las masas obreras y campesinas accedieran al poder, mediante una democracia proletaria, con un gobierno integrado por representantes de todas las organizaciones obreras. Pero esta propuesta revolucionaria fue rechazada por la mayoría del gobierno republicano, y Nin pasó a ser considerado un “estorbo peligroso”.

- Era de esperar –comenté sin convicción.

Como si no me hubiera escuchado, Anouk continuó: - A partir de ese momento, sus discursos y proclamas se radicalizaron. Buscó atraer a los trabajadores anarquistas (que todavía no estaban ni en el POUM, ni en la CNT), proponiéndoles concretar la revolución proletaria y comenzar con las expropiaciones. Además, denunció las presiones contrarrevolucionarias, tanto de Stalin, como del capitalismo inglés y francés, que con su política de no intervención en España, favorecían a Hitler y Mussolini. Finalmente, logró que – en febrero de 1937- se fusionaran la Juventud Socialista y la Juventud

Comunista, creando Juventud Socialista Unificada.

- Ellos fueron quienes me reclutaron, en Valencia –comenté.

- Tal vez sin saberlo, fuiste una de las gotas que rebalsaron el vaso.

- ¿Por qué?

- Porque el Partido Comunista consideró que Nin les robó la Juventud

Comunista y la incorporó al POUM. Lo cierto fue que -cuando los jóvenes marxistas optaron por el trotskismo- los agentes de Stalin comenzaron una guerra contra otros sectores de izquierda, dentro del bando republicano. El primer paso –como ya te comenté- fue el ataque al edificio de Telefónica, en mayo del '37, que generó la reacción del POUM y causó centenares de muertos y heridos. El segundo, fue lograr que el Gobierno, declarara ilegal al POUM y lo disolviera. Finalmente, Andreu Nin fue acusado de espionaje, detenido y nunca más nadie lo volvió a ver.

- ¿Qué sabes de esa “desaparición”? –interrumpí, ansioso.

- Según Olga Tarreva –la mujer de Nin- su esposo fue secuestrado por el general Alexander Orlov, jefe de los servicios secretos rusos en España. El propósito habría sido arrancarle una confesión de su supuesta condición de espía de Franco. Pero el plan fracasó, porque Nin no se quebró y las sucesivas torturas le causaron la muerte.

- ¿Qué dijo el Gobierno republicano?

- Reconoció que Nin no se hallaba en ningún centro oficial de reclusión y que desconocía su paradero

- ¿Nada más?- insistí, incrédulo.

- Hubo cuestionamientos, pero en el fondo todos temían enfrentarse a los rusos.

- ¿Y los obreros no hicieron nada? –pregunté, extrañado.

- Sí. El comité nacional de la CNT y varios dirigentes socialistas y anarquistas exigieron explicaciones, pero les contestaron que Nin era un espía enemigo que se había fugado.

- ¿Y el periodismo? –seguí preguntando, tratando de encontrar un sector que hubiera estado a la altura de las circunstancias.

- Los periódicos anarquistas y sindicalistas, especialmente los de Madrid, denunciaron estas aberraciones, pero el resto de la prensa no le dio importancia.

- ¿Pero cómo es posible que yo no me enterara? – me cuestioné en voz alta, sin tomarme un instante para pensar.

- Es que tu vives en una burbuja –dijo Anouk, en un tono que me pareció inapropiado.

- ¿Qué burbuja? –exclamé tratando de disimular mi creciente fastidio.

- ¡En el micro mundo de los asesores soviéticos! Como traductor, vives con ellos y te crees “la versión oficial”. En cambio, yo convivo con los corresponsales extranjeros y sé lo que se publica en el exterior, aunque aquí esté censurado.

- ¿Por ejemplo? – dije, ofuscado, sin encontrar una pregunta mejor.

- León Trotsky, declaró: "Nin es un veterano e incorruptible revolucionario. Defendía los intereses del pueblo español y combatía a los agentes de la burocracia soviética. Éste es su único crimen. Y lo pagó con su vida" –respondió Anouk, con precisión quirúrgica.

- ¿Dónde se publicó eso?- insistí, tratando de desacreditarla.

- En los diarios franceses, entre muchos otros -dijo ella, mientras me

envolvía con su mirada crítica.

A esa altura, confuso, yo me sentía tratado injustamente. Entonces – aunque me hubiera convenido callarme- confesé. - ¡Ya no sé a quién creerle!

- Yo llegué a España con un convencimiento maniqueo: los republicanos eran los buenos y los fascistas eran los malos. Pero día a día fui descubriendo que hay malos de ambos lados. Los únicos inocentes son los neutrales, que sufren una guerra que no propiciaron y en la que no participan –concluyó ella.

A partir de esta conversación, comencé a buscar otras opiniones. La más generalizada fue que se trataba de un “enfrentamiento entre rojos”: los trotskistas priorizaban la revolución proletaria mientras que los stalinistas preferían concentrarse en la lucha contra Franco. Lo cierto es que mi amistad con Anouk ya no volvió a ser lo que había sido. Ahora, con el esclarecedor paso del tiempo, debo reconocer que ella tenía razón: yo estaba viviendo dentro una burbuja. Pero en aquel momento, en plena guerra, yo era un veinteañero que necesitaba focalizarse en su odio a los fascistas.

CAPÍTULO (XIV): ADIOS AL AMIGO



Una ventisca de agua nieve castigaba aquel macabro entierro masivo. Pese a mi morbosa aversión por ese ritual de palas removiendo tierra, sogas deslizándose precarios ataúdes a una fosa común y responsos de ocasión ante la mirada indiferente de los sepultureros, yo había concurrido a despedirme de mi amigo. Al terminar aquella breve pero interminable ceremonia, entre gestos de previsible condolencia me encontré con un hombre alto, corpulento, de cabello negro y gruesos bigotes que contrastaban con los livianos anteojos de intelectual. Llevaba un rústico capote de lana y un pañuelo de seda anudado al cuello. Mientras me extendía un porta documentos de cuero gastado, dijo:

-Soy Hemingway y esto pertenecía a tu compatriota Ramón Alonso.

- Más que compatriota era mi amigo -aclaré.

- Lo lamento.

-¿Usted estaba con él?

- Sí. Y me siento responsable de su muerte.

- ¿Por qué?

Hemingway me ofreció un cigarrillo, encendió los dos y -mientras me acompañaba hasta la salida del cementerio- comenzó a contar.

- Aquel día, Ramón fue el chofer que llevó a nuestro grupo de corresponsales de guerra hasta el frente de combate. Casi desde el arranque del viaje, él comenzó a silbar tangos y yo aproveché para preguntarle si el tango era la música del gaucho.

- El tango nació en los suburbios, en las orillas entre el campo y la ciudad –respondió. Los gauchos vivían en el campo, pero muchos comenzaron a trabajar en la ciudad, como carreros y matarifes. De a poco, se fueron asentando en los arrabales. Muchos de ellos se transformaron en “compadritos”, unos gauchos de a pié que comenzaron a cantar tangos y hasta bailarlo, entre ellos”.

- Típica respuesta de un tanguero de ley –dije, forzando una sonrisa.

Hemingway asintió con un gesto y continuó:

-Pero aquella conversación se interrumpió abruptamente, cuando tu amigo gritó «¡Aviones, aviones!» y se detuvo haciendo chirriar los neumáticos. Como uno de los cazas nazis estaba justo encima de nosotros, corrimos a

escondernos entre los olivares que bordeaban la ruta. Yo me tiré de cabeza en una zanja, y –de soslayo– pude ver que el avión descendía, ladeándose sobre nosotros. Por fortuna, el piloto decidió que un solo coche no merecía el disparo de sus ocho ametralladoras y se perdió en el horizonte.

- ¡Tuvieron suerte! – interrumpí.

- Si, es cierto. Pero al continuar el viaje, Ramón debió luchar denodadamente contra un violento temporal de nieve, evitando que el coche se empantanara y nos dejara a merced del tremendo frío, con peligro de morir congelados. Finalmente, llegamos al cuartel general del ejército republicano donde nos informaron que –después de tres días de combate- las tropas leales habían forzado la línea defensiva en las afueras de Teruel.

Mientras yo lo escuchaba en silencio, Hemingway -entre pitada y pitada- siguió con el pormenorizado relato:

- Al día siguiente, enfrentando una de las más terribles tormentas de frío y nieve que jamás hubiera conocido esa región, tu amigo –que las tenía bien puestas- nos condujo hasta la cumbre de una colina que permitía una visión panorámica del frente de combate. El viento tenía tal fuerza que amenazaba con arrancarnos los binoculares de las manos. Las ráfagas recogían nieve de la ladera y la lanzaba contra nuestros rostros, cegándonos. En esos momentos se peleaba en “*La Muela*”, una gigantesca roca con forma de dedal, fortificada con artillería y rodeada de trampas para tanques. Se consideraba “inexpugnable”, pero como los milicianos republicanos no conocen el significado de esa palabra -bromeó Hemingway- obligaron a los franquistas a retroceder hasta Teruel. Entonces, el viento ártico que traía el fragor de la batalla de pronto se llamó a silencio. Los cañonazos, las ráfagas de fuego graneado y el sólido telón de explosiones se acallaron.

Ateridos de frío, con los dedos congelados y los labios azules, llegamos –gracias a Ramón- hasta las trincheras republicanas, buscando un refugio donde calentarnos las manos y tomar algo caliente. Allí disfrutamos la inesperada jovialidad de los milicianos, que festejaron el aguardiente que les compartimos, olvidando por un momento que llevaban varios días luchando contra el enemigo y contra el viento helado y la nieve, que los amenazaba con morir congelados o sufrir amputaciones. Durante las noches a la intemperie, la única posibilidad de amanecer vivos era dormir en grupos de tres, uno en el centro y los otros dos dándole la espalda, y cubiertos con sus mantas a modo de tienda de campaña. Sólo el calor humano les permitía sobrevivir en aquel intenso frío siberiano, con temperaturas que llegaron a los 30º bajo cero.

-¡Pobres muchachos! Pensar que yo me quejo de la incomodidad de esta llovizna -reconocí.

Esa noche –continuó Hemingway, tras encender otro cigarrillo- el gobierno republicano instó a la población de Teruel a abandonar la ciudad, prometiendo un salvoconducto para todos, fuera cual fuere su edad, sexo o creencia política. Vencido el plazo, el gobierno consideraría a toda la ciudad como un objetivo militar y comenzaría el bombardeo.

A la mañana siguiente, asumiendo cada vez riesgos mayores, con temperaturas bajo cero y una ventisca que dificultaba la visión, nuevamente le pedí a Ramón que nos llevara hasta el privilegiado mirador. A los costados estaban las montañas nevadas con laderas cubiertas de árboles y abajo se divisaban las defensas franquistas. Desde el amanecer, el fuerte viento había impedido que se acercaran los aviones, pero justo en aquel momento –con

gran estruendo- aparecieron los bombarderos republicanos, protegidos por una nube de cazas en formación de combate. Sobrevolaron las líneas enemigas y bombardearon concentraciones de tropas y puntos estratégicos de Teruel. Estos pilotos se habían animado a volar en condiciones climáticas que los italianos y alemanes consideraron no aptas. Además, en el frío siberiano de aquellas montañas, donde los radiadores de algunos de los coches se helaron o los bloques de cilindros se partieron, los soldados republicanos continuaban su asedio y se preparaban para avanzar. Para ganar batallas sigue necesitándose la infantería y -después de los aviones- todo dependía de la voluntad, convicción y coraje de los soldados de a pie. Fue entonces cuando un intenso fuego de ametralladoras y rifles anunció el ataque terrestre. Los hombres agachados, con las bayonetas caladas, avanzaban pesadamente colina arriba, hacia la fortaleza natural que defendía la ciudad. Sobre sus cabezas silbaban los obuses de artillería con los que intentaban protegerlos sus propios camaradas. La polvareda y el humo negro rodeaban los cráteres producidos por las granadas. Fue entonces cuando yo decidí acercarme aún más. Como ninguno de los corresponsales se opuso, Ramón -silbando un tango para disimular su temor- avanzó con el auto, buscando siempre la protección de los árboles. Al llegar a un descampado, dejamos el vehículo y continuamos a pie. Tras abandonar una hondonada desde donde no podíamos ver bien, trepamos hasta una loma ocupada por tropas leales a la República. De pronto, estuvimos en la línea de fuego y un periodista de Canadá cayó herido por las balas franquistas. Sin dudar, con un coraje a toda prueba, Ramón corrió a pedir ayuda y regresó con dos camilleros que cargaron el pesado cuerpo del canadiense.

Más tarde, al escuchar multitudinarios gritos de júbilo, corrí hasta una loma con buena vista y -al asomarme -vi que los fascistas retrocedían, abandonando su primera línea de combate. Pero no corrían con pánico sino ordenados, mientras su artillería cubría la retirada. Las tropas de la República comenzaron a avanzar, pero cada metro de terreno ganado lo estaban pagando con sangre. Durante todo el día -con una marcha continua e implacable- se sucedieron los ataques republicanos y las retiradas fascistas.

Nosotros observábamos al amparo de un montículo de tierra, que nos ocultaba de los fascistas. De pronto, con un silbido repentino, seguido de una feroz explosión, un proyectil de mortero cayó cerca de nosotros e hirió a tu amigo.

-¿Eso le causó la muerte? -pregunté angustiado.

- No. Esa fue una herida leve, que un enfermero revisó y vendó. Luego, una vez que Ramón estuvo sentado en la parte trasera del auto, yo mismo tomé el volante -dijo Hemingway-, conduje hasta las cercanías de la ciudad de Teruel y estacioné junto a dos camiones que transportaban tropas.

Cuando los soldados comenzaron a descender, descubrimos que se trataba de "dinamiteros", quienes -en sus cinturas- llevaban bolsas con bombas. Estos hombres, primero avanzaron cuidadosamente y después se deslizaron cuerpo a tierra hasta el borde de la ciudad. Tras unos minutos de incertidumbre, un gran destello rojo y negro y el estruendo de las bombas indicaron que ya habían abierto el hueco por donde pasarían las tropas. Pero aún faltaba lo peor. La toma de Teruel resultó ser uno de los episodios más terribles de la guerra civil. Se combatió en las calles, casa por casa, piso por piso. La ciudad se llenó de sangre y escombros, se desalojaron los edificios

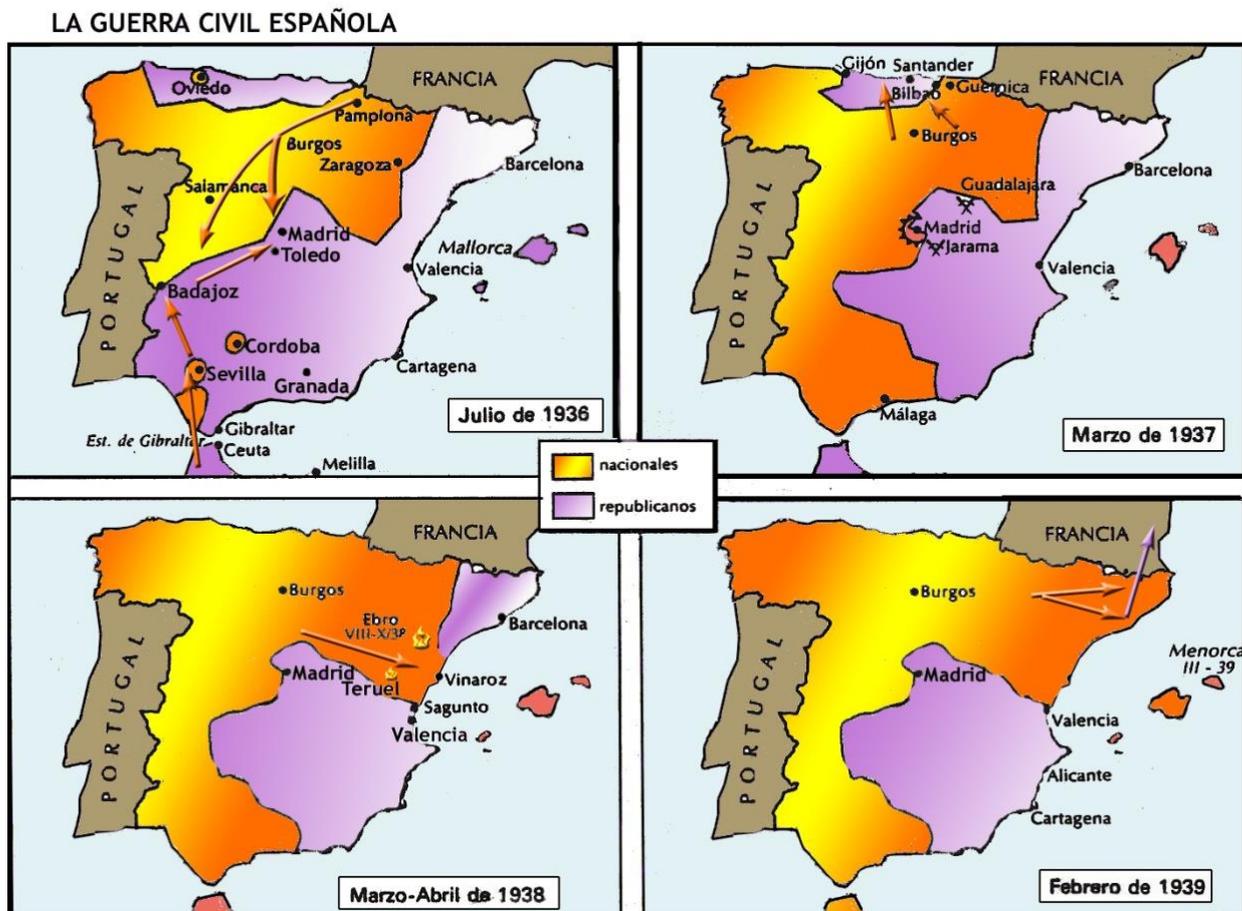
con bombas de mano y a bayoneta calada. Se abrían brechas en las paredes a través de las que se disparaba contra los nuestros. En muchos casos los franquistas emboscados estaban mezclados con la población civil.

Ansiosos por cumplir con nuestro trabajo, los corresponsales de guerra pedimos permiso para ingresar a la ciudad. Un oficial nos autorizó, pero con la condición de que nos mantuviéramos junto a las tropas gubernamentales, porque en la confusión cualquiera podría dispararnos. Avanzando entre ruinas y cadáveres de ambos bandos, llegamos hasta una de las plazas de la ciudad. De a poco, la población se animaba a salir a festejar la llegada de los republicanos. Pronto, soldados y periodistas fuimos abrazados por hombres y mujeres que nos ofrecían vino y nos preguntaban si conocíamos a su hermano, tío o primo residente en Barcelona. ¡Jamás olvidaré la emoción de aquella tarde! Nunca antes había estado en la rendición de una ciudad y fui uno de los primeros civiles en ingresar.

Mientras tanto, estacionado en una de las colinas, Ramón disfrutaba del agradable atardecer otoñal –seguramente silbando “Mi Buenos Aires querido”. La tarde era tan espléndida que parecía imposible que alguien pudiera morir. Sin embargo, como una bandada de buitres, aparecieron los aviones fascistas y comenzaron a bombardear la retaguardia. Una de sus bombas impactó en los camiones de los dinamiteros y en el auto donde nos esperaba Ramón”- concluyó el famoso corresponsal y futuro premio Nobel.

Al ver mi congoja, en vano intento de consuelo, Hemingway dijo:
- ¡Es la guerra, chaval! ¡La puta guerra!

CAPÍTULO (XV): HEMINGWAY



La muerte de Ramón me quedó asociada a la victoria republicana en Teruel. Pero esta conquista -a “sangre y fuego”, según palabras de Hemingway- duró poco. Sólo pudieron retener la ciudad durante el par de meses que sus tropas resistieron al tremendo contraataque del bien equipado, más numeroso y mejor entrenado ejército franquista. La pérdida de Teruel significó un nuevo desastre para el Gobierno, tanto en términos anímicos, como políticos y militares.

Para peor, tras esta derrota, se produjo otra aún mayor. Al mes siguiente el frente de Aragón se derrumbó ante la ofensiva de Franco, que llegó hasta el Mediterráneo. Así, a partir de abril de 1938, el territorio fiel a la República quedó dividido en dos.

A medida que más gente se refugiaba en Barcelona, más escaseaba la comida. A pesar de nuestro carácter de personal militar, apenas recibíamos un pedazo de pan diario, y -a veces- algo de tabaco, que yo liaba a mano para preparar los cigarrillos. Lo demás había que conseguirlo por otros medios. Por suerte, cada tanto, unos amigos radicados en París me enviaban paquetes con provisiones, junto con la correspondencia. Día a día, la situación alimentaria empeoraba. En toda reunión -en que se comenzaba tratando cualquier tema- indefectiblemente se terminaba hablando de comida. El trueque estaba a la orden del día, siendo el arroz uno de los elementos más cotizados. Como yo era un fumador empedernido, en momentos de falta total de tabaco, cargaba mi pipa con cualquier yuyo, inclusive con yerba mate usada y seca, que resultaba

inaguantable.

La guerra había llegado a Barcelona y comenzaron a arreciar los ataques de la aviación rebelde sobre la ciudad. Cada día era más intenso el bombardeo indiscriminado de objetivos no militares. En los barrios, a toda hora, se veía y se oía el humo acre. Ante las explosiones, los transeúntes se dispersaban buscando amparo. Las madres arrancaban a los bebés de sus tibias cunas y corrían a la gélida protección de los sótanos. En cuanto cesaba el bombardeo, mientras los voluntarios recogían muertos y comenzaban a lavar la sangre de las calles, la población volvía a sus quehaceres, tratando de seguir adelante con sus vidas.

Yo también me fui acostumbrando a las explosiones y –por indolencia- llegó un momento en que ya no corría a meterme en un refugio. Si estaba en la calle, simplemente me protegía bajo algún portal. En una ocasión estábamos caminando con Stokov cuando sonaron las sirenas. Por costumbre, yo simplemente me metí bajo el marco de una puerta, pero mi jefe dijo que era una reverenda idiotez quedarse allí, y me ordenó bajar a un refugio. La alarma no era falsa y cayeron algunas bombas. Cuando salimos -al pasar por el lugar donde habíamos estado hacía unos minutos- vimos el cráter que había justo frente al portal. La muerte se había hecho presente y si nos hubiéramos quedado bajo el marco de la puerta tal vez no contábamos el cuento.

Si mal no recuerdo, en esa época el Dr. Negrín -presidente de la República- había suspendido unilateralmente el bombardeo aéreo de las ciudades en poder de los rebeldes -para evitar bajas civiles- pero los franquistas siguieron usando esa sádica táctica, buscando desmoralizar a la sufrida población republicana y a los que sin ser “rojos” seguían conviviendo con ellos.

Como la mejor manera de no pensar en la muerte era ocupando la mente en el trabajo, me sumé a una repartición de Prensa y Propaganda encargada del servicio de radioescuchas, dependiente directamente de la presidencia de la República. Como esa oficina necesitaba gente con manejo de idiomas, acepté -fuera de los horarios comprometidos con Stokov, en Cartuchería- la tarea de escuchar las transmisiones radiales de un par de noticieros, uno en inglés de la BBC de Londres, y otro en ruso retransmitido desde el Vaticano. Tenía que hacer un resumen de cualquier noticia que hiciera alusión a España y llevarle inmediatamente la traducción al secretario del Dr. Negrín. En esta oficina tuve contacto con muchos periodistas y corresponsales de guerra, incluido Ernest Hemingway, quien me regaló copia de un artículo que había publicado en recuerdo de Ramón: “El chofer que silbaba tangos”. A partir de aquel día tuvimos oportunidad de encontrarnos varias veces y charlar. Así, en una oportunidad me contó el origen del término “quinta columna”, utilizado en una de sus crónicas. Aparentemente, al llegar las tropas rebeldes a las puertas de Madrid, un periodista le preguntó al general Mola cuál de las cuatro columnas de sus tropas sería la que entraría primero a la ciudad, y él respondió: “la quinta”. Es decir que esperaba un levantamiento de los franquistas infiltrados en los organismos militares, oficiales y sindicales. Por suerte, el imprudente mensaje fue interpretado correctamente por las autoridades republicanas, que desencadenaron una caza de “quintacolumnistas”, logrando desbaratar la sublevación.

Además de corresponsal, Hemingway era un teórico de la guerra. En su opinión, era fundamental entender que el ejército de Franco no mantenía una

única y continua línea defensiva en un frente de mil trescientos kilómetros, sino que se atrincheraba en ciudades fortificadas, sin comunicación pero que dominaban el campo circundante, como lo hacían los castillos feudales. Para ser vencidas, estas ciudades debían ser rodeadas, asediadas y asaltadas. Pero en la guerra moderna, con las armas defensivas disponibles, los ataques frontales contra buenas posiciones de artillería eran suicidas. El único sistema que podía vencerlas era un eficaz bombardeo aéreo, pero los republicanos no tenían los aviones suficientes, ni los pilotos con la necesaria experiencia. Por lo tanto –según su criterio- los dos bandos estaban condenados a pelear indefinidamente, en una guerra larga y cruenta.

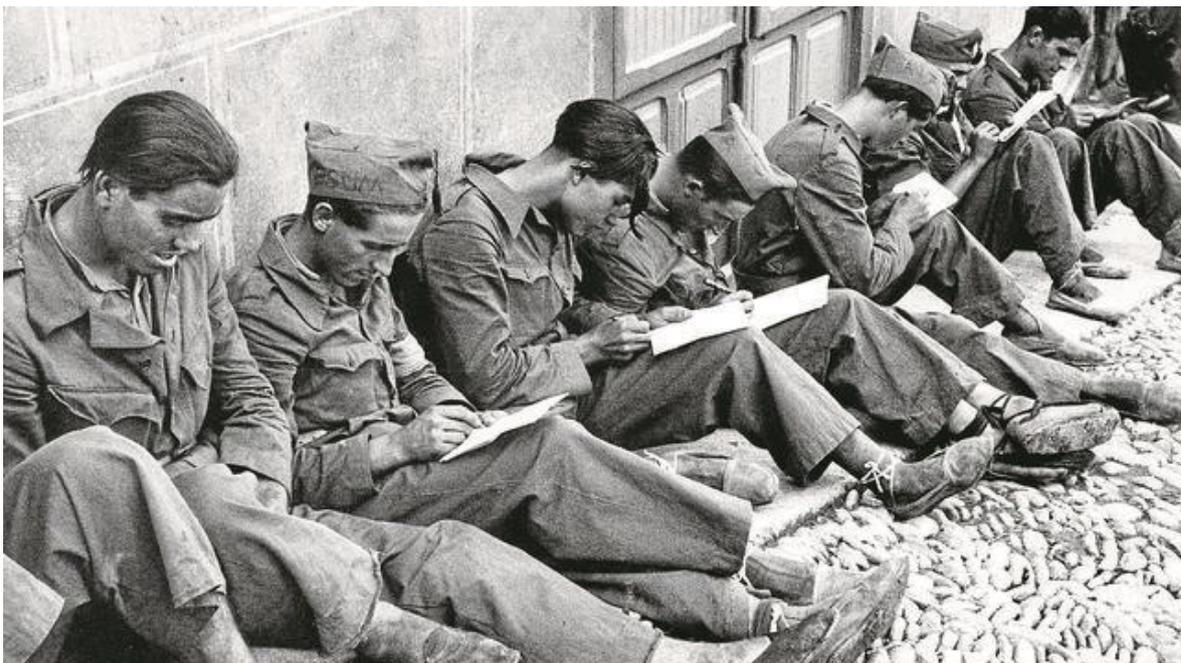
Otra noche, a comienzos de abril de 1938, en un bar -con el infaltable vaso de whisky en su mano- encontré a Hemingway y me invitó a sumarme a su grupo. Eran periodistas y fotógrafos, intercambiando información sobre los combates, en Gandesa, un pueblo catalán, perteneciente a Tarragona. Todos coincidían en que –ese día- habían hecho lo más peligroso que se podía hacer en esa guerra: llegar hasta una línea no estabilizada donde el enemigo atacaba con tanques. Porque los tanques no pueden hacer prisioneros, no dan órdenes de alto e intentan destruir todo a su paso. Los corresponsales de guerra habían intentado localizar al batallón Lincoln, del que no tenían noticias desde que Gandesa fuera conquistada unos días atrás. Ese batallón integraba las Brigadas Internacionales, y estaba compuesto mayoritariamente por voluntarios de Estados Unidos, Canadá, Latinoamérica y Reino Unido. La última vez que habían sido vistos resistían en la cumbre de una colina, rodeados por la avanzada fascista. De aquel medio millar de combatientes, los corresponsales sólo encontraron a tres, que –nadando- habían cruzado el río Ebro. Estaban desnudos y empapados. Dijeron que era un río muy frío y de corriente rápida y muchos otros camaradas se habían ahogado en el desesperado cruce a nado. Los periodistas le dieron abrigo, los subieron a su auto y los llevaron hasta Tortosa. Al llegar, se encontraron con una ciudad en ruinas, sin soldados y casi totalmente evacuada por la población civil. Allí, un cura republicano se hizo cargo de los voluntarios yankees. En su regreso a Barcelona los periodistas observaron una escena surrealista. Caminando junto a la ruta –en plena retirada -una larga y desordenada fila de maltrechos soldados republicanos se topó con un camión volcado. Estaba lleno de naranjas y muchas estaban dispersas por la banquina. Las tropas sedientas –ante ese regalo del Cielo- se abalanzaron sobre la fruta y se dieron un merecido festín.

Pero lo que más caracterizaba a Hemingway eran sus denuncias periodísticas sobre los “*crímenes de guerra*”, es decir las violaciones del Derecho Internacional Humanitario. “*El asesinato es diferente de la guerra*” decía, y agregaba: “*en España he visto innumerables asesinatos cometidos por los fascistas. Se puede odiar la guerra y ser contrario a ella y, sin embargo, aceptarla cuando se lucha para defender el propio país contra un invasor. En este caso hay cosas más importantes que la vida de los soldados. Pero cuando los aviones franquistas, alemanes e italianos, bombardean los barrios obreros, donde sólo hay casas y departamentos de la población civil, eso es un crimen. Hubo niños, mujeres y ancianos asesinados deliberadamente, porque los atacantes eligieron las horas con más gente en la calle, es decir con más víctimas potenciales. Cuando bombardean cuarteles o puestos de artillería, es la guerra. Pero cuando bombardean la ciudad para matar civiles, es asesinato. Como en Guernica, asesinaban por dos razones: para destruir la moral del*

pueblo republicano y para probar el efecto de diversas bombas que usarían en futuras guerras. Sin embargo, la heroica resistencia republicana se fue acrecentando por el odio visceral hacia los invasores fascistas, generado por sus criminales bombardeos a inocentes. Se puede asustar a un hombre amenazando con matar a su familia. Pero si uno mata al hermano, la esposa o hijos, solo consigue hacer de él un enemigo implacable y definitivo. Esta es la lección que los fascistas aún no han aprendido” -argumentaba con más pasión que objetividad.

En lo personal, Hemingway aparentaba disfrutar esa vida intensa y peligrosa, pero era también un hombre torturado. Por momentos, mientras ahogaba sus penas en alcohol, se reprochaba haber alentado a tantos jóvenes idealistas a alistarse en una guerra que no podía ser ganada. Creía firmemente en la justicia de la causa republicana, pero consideraba que para ganar se necesitaba artillería, aviones y el material bélico que tenía Franco, pero que las potencias occidentales se negaban a vender a la República.

CAPÍTULO (XVI): SOLDADOS A LA FUERZA



Una helada noche de **octubre de 1938**, en una de aquellas ruidosas tabernas donde Hemingway solía reunirse con corresponsales extranjeros, me reencontré con Manuel Pérez Nogal, el escritor y periodista vasco a quien había conocido en el tren de Barcelona a Valencia.

– ¡Qué flaco que estás, muchacho! –fue lo primero me dijo.

Él, por su parte, tenía los ojos cada vez más hundidos, bajo los gruesos cristales de sus anteojos.

Estábamos en un muy concurrido sótano, lleno de humo, con paredes de un color rojo, vivo y chillón. Un verdadero antro de bebidas y mujeres, donde ya nadie respetaba las ordenanzas municipales, sintetizadas en un par de grotescos afiches pegados en la pared: *“EL ALCOHOL atrofia y degenera el espíritu combativo”*, *“EL BAILE, es la antesala del prostíbulo, que mata las energías del soldado”*.

En cierto momento, le conté el prematuro final de mi amigo Ramón, y bromeamos por “el chofer que cantaba tangos”.

Fue entonces -tal vez, porque el alcohol le aflojaba la lengua- que Manuel hizo un comentario inoportuno:

- Al menos fue su elección.

- ¿Morirse? –lo increpé, irritado por su falta de tacto para referirse a alguien que acababa de perder la vida en el campo de batalla.

- ¡No, chaval! –respondió en voz baja, como pidiendo disculpas, y agregó: - Es que –igual que tú- Ramón se había alistado como voluntario en las Brigadas Internacionales.

- ¡No entiendo! –dije, de mal modo, mirándolo a los ojos, con el ceño fruncido por mi creciente malestar ante semejante razonamiento.

Entonces, Manuel me hizo un gesto con la cabeza, para que abandonáramos la barra y nos sentáramos en una mesa libre, en un rincón. Una vez ubicados, me convidó un cigarrillo, se acercó para encenderlo en mi boca y -en voz baja- continuó:

- Él era voluntario, pero muchos combatientes fueron incorporados a la fuerza, contra su voluntad.

- ¿Sólo por la República?

- No. Por ambos bandos. Pero en mi caso personal, he recorrido varios frentes de batalla y compartí mucho tiempo con soldados republicanos. Los escuché y me ofrecí a despachar sus cartas. En algunos casos, hasta ayudé a los que no sabían escribir. En esas cartas descubrí un lado oculto de la guerra. En ellas contaban sus penas, sus esperanzas y sus miedos. A la intemperie, con hambre y sed, no pocos confesaban sentirse los hombres más desgraciados de la tierra. Esas cartas eran su único vínculo con el mundo que habían perdido. Los jóvenes y los enamorados eran los que más escribían, tratando de compensar la ausencia de sus seres queridos con el intercambio de noticias y sentimientos. Además, mientras escribían, pasaban el tiempo sin pensar en la inminente batalla, olvidando momentáneamente el miedo y la fatiga -explicó Manuel, en forma pausada y respetuosa.

Antes de que yo encontrara las palabras adecuadas para opinar sobre las sentidas escenas que me había descrito, Manuel me preguntó:

-¿Entiendes, chaval?

En aquel momento, sentí que mi interlocutor me miraba con la soberbia del sabelotodo que desasna a un pobre infeliz.

Entonces, reaccioné y -en tono descalificador- le dije:

- ¡Obvio, que entiendo! No me estás contando nada nuevo. Eso les pasa a todos los soldados del mundo.

- Puede ser. Pero entre aquellas cartas había diferencias notables.

Algunas estaban escritas por militantes politizados o voluntarios románticos, que se sentían parte de una cruzada contra el fascismo, en la gran guerra entre el Bien y el Mal. Estaban convencidos y orgullosos de luchar por sus ideales.

- Como Ramón -interrumpí.

- ¡Pues sí, como tu amigo Ramón! -reconoció Manuel y -tras vaciar su copa- continuó: - Pero también había miles de jóvenes reclutados a la fuerza. Hombres pobres, muy pobres, en su mayoría analfabetos, que habían crecido en remotas aldeas, alejados del mundo y de la política. Tras proveerlos de uniformes gastados y armas viejas, los habían trasladado en camiones hasta el frente, donde -desde las precarias trincheras- debían enfrentar a un ejército bien entrenado y mejor equipado. Son combatientes sin ideales, que simplemente luchan por sobrevivir -concluyó, mirándome con la expresión de quien ya ha visto todo y sabe bien de qué habla.

- Los moros de Franco tampoco tienen ideales -argumenté sin convicción.

- ¡Nada que ver! -gesticuló, exagerando mi paso en falso. Esos

marroquíes nunca fueron pacíficos campesinos a quienes no les gusta combatir y matar. Ellos son genuinos guerreros bereberes, que pelean desde que nacen hasta que mueren. El mayor orgullo de esa raza indomable es su destreza con las armas y su coraje en la guerra.

- Pero son mercenarios –insistí.

- Es cierto. Cobran por hacer lo que les gusta y esa es suficiente motivación.

Luego de pedir otra vuelta de aguardiente para ambos, Manuel continuó.- En cambio, la tercera España, está integrada por gente común...

- ¿La tercera España? – interrumpí sorprendido.

- Sí, la que no es ni fascista ni roja. De esa enorme masa de gente, una parte fue reclutada a la fuerza por la República y otra parte fue obligada a incorporarse a las tropas franquistas. Unos y otros comparten las desgracias de sus pares que están en la trinchera de enfrente, matándose entre sí, en una guerra que les resulta ajena.

Aprovechando mi silencio, Manuel continuó con su argumentación:

- Los voluntarios fueron fundamentales al comienzo de la guerra, pero con el transcurso del tiempo tanto franquistas como republicanos recurrieron al reclutamiento forzoso. Por eso hay tantos desertores en ambos bandos. La mayor deserción se da entre esos combatientes incorporados contra su voluntad y no dispuestos a morir. Para colmos, cada vez los reclutan más jóvenes.

- ¿A qué edad? -pregunté, cambiando de tono.

- Este año han incorporado a miles de jóvenes nacidos en 1921, es decir que tienen 17 años. La gente los ha apodado “La quinta del biberón”

- ¿Combaten o hacen tareas auxiliares?

- ¡Combaten! Muchos participaron en la sangrienta batalla del Ebro. Los mandaron al frente casi sin instrucción militar. Los entrenaron haciéndolos tirar piedras que emulaban granadas y con palos de escoba que simulaban fusiles. Lo más duro para ellos fue ver morir a sus jóvenes compañeros de infortunio. Recuerdo, casi textual, la carta de uno de estos muchachitos: *“No podemos salir de la trinchera ni para orinar siquiera que nos cosen a morterazos y a cañonazos. Para un tiro que nosotros tiramos, ellos tiran cientos. Nos matan como a moscas”*.

-¿Por qué te dieron las cartas a vos? ¿Acaso el ejército no se ocupa de enviarlas a destino? –pregunté.

- En el ejército hay censura. Ante el peligro de que le pasen información al enemigo, las cartas de los soldados son revisadas por sus superiores.

-¿Qué escriben?

- Hablaban de los muertos, del miedo, de los piojos, del hambre, de la falta de tabaco, del frío, de las armas defectuosas...Pedían a sus familiares que les enviaran comida, abrigos, cigarrillos. Cuánto más sufren, más extrañan su vida anterior. Por eso, algunos se escapan.

- ¿Hay mucha deserción?

- Cada vez más. Especialmente entre los jóvenes reclutados por la fuerza. Es una realidad incómoda.

-¿Huyen por cobardía, o porque sus jefes no lograron ganarse su confianza y respeto?

- Creo que hay de todo. Posiblemente, los que dan la espalda a la batalla -intentando reencontrarse con su familia- lo hacen por una suma de razones: miedo a la muerte, asco de matar, rechazo a las penurias y a la disciplina militar. Lo cierto es que el frente no es el escenario grandioso y heroico que le pintan al reclutarlos. En las trincheras, además de las bombas y las balas, se sufre frío y hambre. Se sobrevive rodeado de barro, mierda, sarna y piojos. Por eso, además de los que huyen, están los que se causan heridas de bala, en brazos o piernas, para ser evacuados. En definitiva, unos y otros buscan una vía de escape a los horrores del campo de batalla.

- ¿Intentás desmoralizarme? –le enrostré, en tono de queja.

- Te estoy anticipando que esta guerra esta pérdida –afirmó el periodista, con voz baja pero firme y mirándome a los ojos.

- ¿Qué? ¿Estás borracho?-reaccioné furioso.

De un solo trago, Manuel volvió a vaciar su vaso. Luego, poniendo una mano en mi hombro, en tono misterioso, dijo:

- “Tu guerra” está por terminar.

- ¡Nuestra guerra! –exclamé, retirando bruscamente su mano de mi hombro.

- ¡No! La guerra entre los españoles va a continuar, pero los extranjeros van a ser obligados a retirarse -retrucó con contundencia.

-¿Estás loco? –exclamé, subiendo la voz y negándome a creer lo que acababa de escuchar.

Tras mirar a su alrededor y pedirme que hablara más bajo, Manuel continuó con su devastador mensaje:

- Hay razones políticas. El “Comité de No Intervención” fracasó en su intento de detener el conflicto, por eso el gobierno de la República ha comenzado a negociar con la “Sociedad de Naciones”. Este acuerdo de paz debería comenzar con la retirada de todos los combatientes extranjeros que están en España.

- ¡Imposible! ¡Los brigadistas internacionales no nos iremos antes de que se vayan las tropas de Hitler y Mussolini!

- El presidente Negrín espera que los fascistas alemanes e italianos también se retiren. Aunque nunca vi a un lobo soltar la presa que tiene en su boca –respondió Manuel Pérez Nogal.

Lo último que recuerdo de esa conversación fue una angustia y dolor infinitos: angustia por tener que abandonar aquella lucha que sentía como propia, y dolor por Ramón que se quedaría ahí, para siempre.

CAPÍTULO (XVII): LA PASIONARIA



El desasosiego provocado por la discusión con el periodista Manuel Perez Nogal, me indujo a tratar de confirmar sus dichos. Lamentablemente, mis contactos se reducían a los asesores soviéticos, a Hemingway y a Anouk. Desconfiando de mi jefe y dadas las dificultades para ubicar a Hemingway, mi única opción era disculparme con la fotógrafa francesa y –luego- preguntarle lo que tanto me interesaba saber.

Con una frialdad mayor a la esperada, Anouk me respondió que España estaba saturada de rumores y falsa información, por lo tanto ella descreía de todos. Sin embargo, accedió a que la acompañara a una entrevista que los corresponsales habían acordado con Dolores Ibárruri “la Pasionaria”.

Para romper el hielo propio de las conferencias de prensa, La Pasionaria -toda vestida de negro y haciendo gala de su carisma- se presentó y reseñó su derrotero político:

-Soy nieta, hija, hermana y esposa de mineros vascos. Fui una joven que estudió y acarició el sueño de ser maestra, pero que por necesidad tuvo que trabajar limpiando casas de familia. Me casé con un minero honesto y militante, con quien compartí un hogar en el límite de la miseria. Por mi espíritu inquieto, forjado junto a las rebeldías proletarias, me involucré en la lucha de la clase obrera. En 1917, con un grupo de mineros, participé de la primera huelga general de la historia de España. Me incorporé al Partido Socialista Obrero Español, pero luego me sumé al recién formado Partido Comunista, con el que conocí la represión y la cárcel.

En respuesta a una pregunta, Dolores confirmó que -en cierta oportunidad- se encerró con los mineros en huelga, en el pozo de una mina, y no salió hasta que los patrones accedieron a sus reclamos.

En base a su prestigio de mujer de hierro, había sido elegida diputado por la cuenca minera de Asturias, para representar a su partido y convertir en ley los proyectos de la gente que soñaba con la revolución. Después de la

sublevación fascista, ella desplegó enorme actividad, con discursos, visitas al frente y viajes de propaganda republicana. También tuvo tiempo para proteger a los católicos de la represalia incontrolada de las masas anticlericales, llegando a vivir en un convento madrileño, como gesto para que los milicianos no quemaran estos edificios, ni agredieran a las religiosas. Aunque es muy posible que esto no lo haya hecho sólo por motivos humanitarios sino por razones políticas, para quitar argumentos a los fascistas. Lo cierto es que La Pasionaria se convirtió en uno de los grandes mitos femeninos del siglo XX, hasta el extremo de que su seudónimo ha llegado a ser utilizado como ejemplo del carácter revolucionario de las mujeres. Su notable longevidad –murió a los 95 años- le permitió convertirse en el último símbolo de la época de la República, en un mito incombustible al paso del tiempo, a pesar del prolongado exilio y de la crisis del movimiento comunista.

En lo personal, lo más interesante de aquella reunión de octubre de 1938 fue cuando La Pasionaria reconoció que la guerra civil se libraba tanto en el campo de batalla, como en el terreno político y diplomático. Primero, señaló las diferencias fundamentales que –a su criterio- existían entre los dos bandos en pugna. Los sublevados eran fascistas antidemocráticos, de derechas, centralistas y autoritarios, mientras que los republicanos éramos democráticos, de izquierdas, regionalistas y libertarios. Luego, explicó que las naciones no pueden manejar sus relaciones exteriores basándose en sus simpatías o antipatías políticas, sino que deben regirse en función de la seguridad del Estado. Esta afirmación la hizo en respuesta a un periodista que preguntó porqué la Unión Soviética no nos mandaba más armamento, masivamente, como lo hacían Alemania e Italia a Franco, sino que los barcos con material bélico soviético debían arribar subrepticamente. La razón era que -al estar vigente la “No Intervención” dictada por la Liga de las Naciones- los países tildados “democráticos” estaban esperando ese pretexto para abalanzarse sobre la URSS y ahogar también aquella revolución. Esa resumida clase de la "realpolitik" me permitió -tiempo después- comprender perfectamente el significado del Pacto Germano-Soviético entre von Ribbentrop y Molotov, que cambió la historia de Europa, porque permitió que la URSS se mantuviera como potencia militar hasta el final de la Guerra Mundial, y aún mucho después.

Finalmente, alguien preguntó si era cierto que las Brigadas Internacionales se iban a retirar. Tras explicar que dichas brigadas estaban integradas por unos sesenta mil extranjeros, pertenecientes a más de cincuenta países, que combatían voluntariamente junto al ejército republicano, La Pasionaria reconoció que el gobierno estaba evaluando el tema.

Sin poder contener mi ansiedad, como un periodista más, le pregunté cuál sería la razón para retirar a las brigadas.

- Las negociaciones con la “Sociedad de Naciones” (hoy “Naciones Unidas”) incluyen la retirada de los extranjeros que luchan en ambos bandos – fue su contundente respuesta.

Defraudado, yo no quería creer lo que acababa de escuchar. ¡Nos estaban traicionando! Para el gobierno de la República, los brigadistas éramos como el mísero peón de ajedrez que es sacrificado en una jugada táctica, sin brillo ni gloria. La angustia me oprimió el pecho y me atenazó la garganta. Angustia por el abrupto e inesperado final de un sueño heroico y solidario. Angustia por el sacrificio de Ramón y muchos miles de mártires que dieron su

vida por un ideal. Angustia ante la inevitable victoria fascista. Angustia porque el final bien pudo ser otro, más justo.

Al día siguiente de la conferencia de prensa de La Pasionaria, el presidente del gobierno republicano Juan Negrín –en un intento de pacificación- anunció un posible acuerdo basado en trece puntos, entre los que se incluía la retirada de todos los extranjeros que estuvieran combatiendo en España. Poco después, unilateralmente, ordenó la retirada inmediata y sin condiciones de los combatientes extranjeros que luchaban en el bando republicano. Esto fue hecho con la esperanza de que el bando franquista hiciera lo mismo. Pero -apenas como “gesto de buena voluntad”- Mussolini sólo retiró unos 10.000 soldados, mientras que otros 30.000 soldados italianos siguieron combatiendo junto a Franco hasta el final de la guerra.

Lo cierto fue que -el 28 de octubre- las Brigadas Internacionales desfilaron por última vez por las calles de Barcelona, en un acto encabezado por el presidente de la República Manuel Azaña y el presidente del gobierno Juan Negrín, al que asistieron unas 300.000 personas. Fue un inolvidable homenaje, bajo el lema: “Caballeros de la libertad del mundo, ¡buen camino!”. Recuerdo que toda la ciudad amaneció con pancartas y carteles alusivos. Marchamos por la Avenida Diagonal, agrupados por nacionalidades o regiones. Cada grupo era precedido por grandes pancartas con mensajes alegóricos: “España, ejemplo contra el fascismo”, “La victoria honrará a nuestros muertos”. Detrás de las Brigadas, caminaban las enfermeras extranjeras que habían prestado abnegados servicios en el frente y en los hospitales. Por último, cerraban la marcha varios camiones que transportaban heridos y mutilados. Los brigadistas desfilaríamos ya sin armas, saludando con el puño cerrado y la tristeza reflejada en nuestros rostros. La gente nos vitoreaba como a héroes, algo exagerado para alguien como yo, que no había disparado un solo tiro. Fueron momentos emocionantes, dolorosos y sublimes.

Mirando a esa pobre gente que aún luchaba heroicamente por su libertad y su dignidad, se me llenaban los ojos de lágrimas. Aquellos niños, ancianos y mujeres, de familias obreras y campesinas, habían perdido todo, menos la vida y pronto iban a quitársela. Yo los veía como carne de cañón. Ganado encerrado en un matadero, sin salida. Irremediabilmente condenados a muerte. Ellos lloraban por los que partíamos y yo lloraba por los que se quedaban.

En un ambiente altamente emotivo, el acto terminó con el histórico discurso de “la Pasionaria”:

Mensaje de despedida a los voluntarios de las Brigadas Internacionales
Dolores Ibárruri, “La Pasionaria”

Es muy difícil pronunciar unas palabras de despedida dirigidas a los héroes de las Brigadas Internacionales, por lo que son y por lo que representan.

Un sentimiento de angustia, de dolor infinito, sube a nuestras gargantas atenazándolas...Angustia por los que se van, soldados del más alto ideal de redención humana, desterrados de su patria, perseguidos por la tiranía de todos los pueblos...Dolor por los que se quedan aquí para siempre, fundiéndose con nuestra tierra y viviendo en lo más hondo de nuestro corazón, aureolados por el sentimiento de nuestra eterna gratitud.

De todos los pueblos y de todas las razas, vinisteis a nosotros como hermanos nuestros, como hijos de la España inmortal, y en los días más duros de nuestra guerra, cuando la capital de la República Española se hallaba amenazada, fuisteis vosotros, bravos camaradas de las Brigadas Internacionales, quienes contribuisteis a salvarla con vuestro entusiasmo combativo y vuestro heroísmo y espíritu de sacrificio. Y Jarama, y Guadalajara, y Brunete, y Belchite, y Levante, y el Ebro, cantan con estrofas inmortales el valor, la abnegación, la bravura, la disciplina de los hombres de las Brigadas Internacionales.

Por primera vez en la historia de las luchas de los pueblos se ha dado el espectáculo, asombroso por su grandeza, de la formación de las Brigadas Internacionales, para ayudar a salvar la libertad y la independencia de un país amenazado, de nuestra España.

Comunistas, socialistas, anarquistas, republicanos, hombres de distinto color, de ideología diferente, de religiones antagónicas, pero amando todos ellos profundamente la libertad y la justicia, vinieron a ofrecerse a nosotros, incondicionalmente.

Nos lo daban todo, su juventud o su madurez; su ciencia o su experiencia; su sangre y su vida; sus esperanzas y sus anhelos... Y nada nos pedían. Es decir, sí: querían un puesto en la lucha, anhelaban el honor de morir por nosotros.

!Banderas de España!...!Salud a tantos héroes, inclinaos ante tantos mártires!...

¡Madres!... ¡Mujeres!... Cuando los años pasen y las heridas de la guerra se vayan restañando; cuando el recuerdo de los días dolorosos y sangrientos se esfumen en un presente de libertad, de paz y de bienestar; cuando los rencores se vayan atenuando y el orgullo de la patria libre sea igualmente sentido por todos los españoles, hablad a vuestros hijos; habladles de estos hombres de las Brigadas Internacionales.

Contadles cómo, atravesando mares y montañas, salvando fronteras erizadas de bayonetas, vigilados por perros rabiosos que ansiaban clavar en ellos sus dientes, llegaron a nuestra patria como cruzados de la libertad, a luchar y a morir por la libertad y la independencia de España, amenazadas por el fascismo alemán e italiano. Lo abandonaron todo: cariño, patria, hogar, fortuna, madre, mujer, hermanos, hijos y vinieron a nosotros a decirnos: !Aquí estamos!, vuestra causa, la causa de España, es nuestra misma causa, es la causa común de toda la humanidad avanzada y progresiva.

Hoy se van muchos; millares se quedan, teniendo como sudario la tierra de España, el recuerdo saturado de honda emoción de todos los españoles.

¡Camaradas de las Brigadas Internacionales! Razones políticas, razones de estado, la salud de esa misma causa por la cual vosotros ofrecisteis vuestra sangre con generosidad sin límites, os hacen volver a vuestra patria a unos, a la forzada emigración a otros. Podéis marchar orgullosos. Sois la historia, sois la leyenda, sois el ejemplo heroico de la solidaridad y de la universalidad de la

democracia, frente al espíritu vil y acomodaticio de los que interpretan los principios democráticos mirando hacia las cajas de caudales, o hacia las acciones industriales, que quieren salvar de todo riesgo.

No os olvidaremos; y cuando el olivo de la paz florezca, entrelazado con los laureles de la victoria de la República Española, ¡volved!...

Volved a nuestro lado, que aquí encontraréis patria los que no tenéis patria, amigos los que tenéis que vivir privados de amistad, y todos, todos, el cariño y el agradecimiento de todo el pueblo español, que hoy y mañana gritará con entusiasmo:

¡Vivan los héroes de las Brigadas Internacionales!

Hoy, a décadas de distancia, mientras escribo estas memorias, sigo sintiendo que las hermosas palabras de la Pasionaria, fueron sólo eso: palabras. Su frase: *“cuando el olivo de la paz florezca, entrelazado con los laureles de la victoria de la República Española, ¡volved!”*, aunque parecía una expresión de buenos deseos, era una mentira piadosa, políticamente correcta. Ella no podía ignorar que los brigadistas no volveríamos porque la República estaba a punto de ser derrotada. Para colmos, miles de esos voluntarios extranjeros morirían o desaparecerían, antes de poder abandonar España.

CAPÍTULO (XVIII): ÉXODO



A partir de la decisión de retirar a las Brigadas Internacionales, mi presencia en España fue aún más caótica, ya que entre los primeros en emigrar estuvieron los asesores soviéticos, incluido mi jefe Stokov. Al perder mi trabajo en Cartuchería, me concentré en la obtención de un certificado de mi actuación en esa sección, ya que la única constancia que tenía era la credencial del Ministerio de Defensa, en la que no se informaban mis funciones específicas. En aquel momento, pensé que dicho documento podría ser útil como antecedente laboral cuando intentara conseguir trabajo. Pero no imaginé que –en un futuro lejano- durante la Dictadura Militar Argentina, ese certificado pondría en riesgo mi vida.

En un vano intento por retardar mi partida, me aferré a las tareas de radioescucha que –en aquellos momentos- eran más importantes que nunca.

Pero lo que más recuerdo es la terrible escasez de comida. Con la llegada del invierno, las autoridades de Barcelona no pudieron cumplir ni con la prometida y mísera ración diaria de 100 gramos de lentejas. Aún con dinero, era muy difícil conseguir un poco de comida. En los almacenes y en las panaderías ya no tenían nada para vender. Los escaparates estaban vacíos.

Como tampoco quedaba carbón para las estufas, la Cruz Roja tuvo que recurrir a una campaña de ayuda internacional, con la consigna: «*¡No permitáis que nuestros hijos perezcan de hambre o de frío!*».

En mi caso, debo agradecer el ingenio de la dueña de la pensión. Ella contrataba muchachitos, les pagaba el tren y los mandaba a recorrer los pueblos de campo, en busca de comida para comprar. Por ejemplo, si traían papas, las comíamos en dos etapas: primero peladas, y al día siguiente nos freía las peladuras del día anterior. Hasta las torrijas de pan duro, con tomate, nos parecían manjares. Siempre fui flaco, pero mi peso normal de 75 kilos cayó por debajo de los 60, pero lo peor vendría en el campo de concentración, donde mi peso no llegaba siquiera a los 50 kilos.

Finalmente, recibí la tardía orden de evacuación. En aquel momento, las primeras columnas franquistas ya entraban a la periferia de Barcelona. Se trataba de un escuadrón de moros que se abocó a recaudar su “botín de guerra”, saqueando comercios y viviendas particulares, como si todos sus propietarios fueran enemigos. Simultáneamente, miles de integrantes de la “quinta columna”, esos lobos disfrazados de corderos, esos traidores que habían ocultado su filiación fascista, salieron a las calles en busca de venganza y mataron a miles de “rojos” que no habían podido huir. En su gran mayoría, las víctimas eran ancianos, enfermos, lisiados y mujeres que se habían quedado a cuidarlos.

Recuerdo que era una noche de intenso frío y –al no saber cómo me trasladaría a la frontera- tuve el buen tino de abrigarme al máximo y sólo puse mantas, víveres y cosas indispensables en mi bolso de campaña. Llegado el momento, me hicieron subir a la caja de un camión militar descubierto, y -de pie, apretujado con muchos otras personas también vestidas de civil- iniciamos el viaje a Girona.

Al pasar frente a un hospital vimos una escena desgarradora, en la puerta, heridos y mutilados gritaban pidiendo que los lleváramos y no los dejáramos caer en manos de los sanguinarios fascistas. A partir de allí, todo el viaje fue una sucesión de terribles imágenes. En aquel contexto de “sálvese quien pueda”, los civiles que abandonaban la ciudad asaltaban comercios buscando alimentos para enfrentar el largo viaje hasta la frontera. Además, se propagaban infinidad de incendios, provocados por aquellos que quemaban documentos comprometedores. Los vehículos avanzaban muy lentamente porque la carretera estaba atascada por camiones, autos y carros con colchones y baúles. También circulaban ambulancias, que –en muchos casos- escondían a funcionarios y políticos republicanos. A nuestro lado, caminando hacia el destierro, una multitud de mujeres, niños y ancianos, de todas las clases sociales, cargados con valijas o bultos, lloraban y gritaban de rabia, pidiendo que los dejáramos subir a nuestro camión. Bajo una nevisca que castigaba a todos por igual, de tanto en tanto, al costado del camino, se veían fogatas donde la gente intentaba reanimar sus cuerpos ateridos por un frío bajo cero. Para mi desesperación y angustia, desde el camión, vi algunas caras conocidas entre los desdichados caminantes, pero no podía hacer nada para remediar su situación. Una viejita conducía un carro en el que -bajo las mantas- se acurrucaban muchos chicos. Un hombre tiraba de una mula que arrastraba un pesado carretón donde –además de a una mujer abrazada a su pequeño bebé- transportaba una valiosa carga de cabras con crías. Era un panorama desolador, una tragedia que nunca olvidaré. Nadie hablaba, ni siquiera se escuchaban lamentos. Todos caminaban en silencio, el terrible silencio de los que se iban para no volver.

Ya amanecía cuando llegamos a Girona. Nos condujeron a un edificio escolar vacío, donde –envueltos en nuestras mantas- nos acostamos en el

suelo y dormitamos durante unas horas. Cerca del mediodía, luego que cada uno comiera lo que llevaba, volvimos a subir a la caja del camión, con destino a Figueras. Nuevamente, transitamos rutas atascadas de camiones, rodeados por una muchedumbre cuyo éxodo desbordaba hasta los rústicos senderos de las manadas de ovejas. En cierto momento, descubrimos una maldita "chivata". Un avión enemigo que –a gran altura– buscaba posibles blancos para los bombarderos que vendrían después. Alguien dio el alerta y todos nos tiramos del camión, buscando la protección de árboles o zanjas. Yo me acosté boca arriba en el pasto para vigilar el cielo y descubrir si estaba en la mira de los aviones. Las bombas franquistas eran de metralla, buscando causar más daños personales que materiales. Después del bombardeo -y mientras trataba de encontrar mi camión- apareció sorpresivamente otro "caza", volando a baja altura. A diferencia de otras situaciones similares, me invadió un pánico incontrolable. Muchas veces había tenido miedo pero pánico jamás. Es una sensación indescriptible, uno pierde toda noción de la realidad. Me largué a correr sin ton ni son y me tiré al suelo a la entrada de una casa, escondiendo mi cabeza en el hueco de la puerta, como un avestruz. Pasado el peligro y ya tranquilo, sin dejar de mirar al cielo tan temido, pude regresar a mi transporte. Pero aún nos esperaban nuevos ataques. En este caso fueron dos aviones alemanes que venían ametrallando a los civiles que colmaban las rutas. Por suerte tuve tiempo de tirarme en una cuneta, pero dos de los pasajeros de nuestro camión murieron en el acto y el camión quedó inutilizado. Los sobrevivientes, descargamos nuestras pertenencias y nos sumamos a la larga fila de caminantes.

Horas después, cuando el camino atravesaba una colina boscosa, me sorprendió la actitud de una muchachita que apareció de improviso entre los árboles. Descendió corriendo, y se puso a caminar a mi lado. Estaba bien abrigada, con unas botas adecuadas para el frío y tenía las manos enguantadas. Pero –a diferencia de todos los que huíamos hacia la frontera- no llevaba ningún bulto consigo. De tanto en tanto, miraba a su alrededor, especialmente hacia atrás, como si tuviera miedo de que la persiguieran.

- ¿Qué te preocupa? –le pregunté.
- Nada –respondió sin levantar la vista.
- ¿Seguro? –insistí.
- ¡Quisieron violarme!- dijo llorando y con la mirada impregnada de terror.

Entonces me detuve, la invité a sentarnos a descansar en una roca, al costado del camino, y le pedí que me contara.

Ella accedió, al tiempo que me pidió agua.

- Soy Yurik –me presenté.
- Soy María y escapé sin poder coger mi morral –comenzó a explicarme.
- ¿De quién escapaste?
- De mis custodios.
- ¿Qué custodios? –pregunté sorprendido.

- Los que contrató mi abuela para que me cruzaran hasta Francia.

- ¿Y ellos...?

- Eran dos hombres jóvenes, que debían cuidarme, pero –en medio del bosque- pelearon entre sí para ver quién me abusaba primero. Mientras se enfrentaban a navajazos yo aproveché para escapar. Corrí por el bosque hasta que encontré esta caravana y me escondí a tu lado –me explicó con voz temblorosa.

- ¿Tu abuela los había contratado?

- ¡Sí! Porque son contrabandistas que conocen los pasos de montaña para pasar clandestinamente por la frontera.

-¿Y el resto de tu familia?

- Mi padre sigue combatiendo. Mi mamá y mis hermanos cruzaron hace tiempo a Francia. Yo estaba muy enferma y me quedé con mi abuela.

- ¿Muy enferma?

- Me diagnosticaron una tuberculosis muy avanzada. Según los médicos, en mi pulmón izquierdo tenía una caverna del tamaño de una nuez. Como no me garantizaban más de dos meses de vida, yo les pedí a mis padres que me dejaran morir en Sant Feliu. Los médicos del hospital me recomendaron mucho descanso, leche, manteca y friegas con un producto de yodo. Pero no les hice caso, y -pese a las protestas de mi abuela- yo cada día iba a la playa a nadar, tomar el sol y respirar el aire de los pinos. Milagrosamente, fui mejorando, y tres meses después ya estaba recuperada, para enorme sorpresa de los médicos. Mi abuela es chupacirios y dice que fue un milagro, pero mi padre - que no es creyente- piensa que el diagnóstico inicial estaba errado.

- Lo cierto es que ya estás bien.

- Sí. Y en cuanto me recuperé, mi padre insistió en que abandonara España y me juntara con mi madre y mis hermanos. Según él, esta guerra está perdida y van a fusilar a todos los “rojos” que no hayan huido.

-¿Y él?

- Él debe quedarse para cubrir la retirada de las mujeres, los niños, los viejos y los inválidos.

- ¿Y porqué tu abuela contrató a los contrabandistas?

- Para que me cruzaran por la frontera sin caer en los campos de concentración franceses. Mi abuela debió pagarles un dineral, pero igual nos traicionaron.

Luego de compartir una de mis latas de sardinas, juntos retomamos nuestra larga y penosa marcha hasta Francia.

CAPÍTULO (XIX): LA FRONTERA



Al anochecer, con María paramos junto a una gran fogata, a cuyo alrededor se apelotonaba un grupo de sufridos emigrantes, que –traspasados de frío- intentaban compartir el calor de las llamas. Con los últimos estertores de una guerra perdida, toda esa gente huía siguiendo el impulso esperanzador de llegar a Francia. Allí, supuestamente, encontrarían al resto de su familia y –terminado el conflicto bélico- retornarían juntos a empezar una nueva vida, aunque ya faltasen algunos, muertos en las trincheras, en los bombardeos, fusilados o desaparecidos.

Era una despacible noche del invierno de 1939, los charcos comenzaban a helarse y el cielo amenazaba nieve. Muchos de los que nos rodeaban no estaban suficientemente abrigados. Lucían vencidos y hambrientos. Habían caminado durante días, a veces por senderos nevados o cruzando montes helados. Llegaban con lo puesto, los bultos con sus pertenencias los habían ido dejando junto al camino, a medida que menguaban sus fuerzas. Los más débiles ya habían caído para no levantarse más.

Como la esperanza es lo último que se pierde, olvidando la calamidad que nos rodeaba, la joven María me preguntó:

- ¿Conoces Sant Feliu de Guíxols?

- No –respondí, sorprendido por la pregunta.

-Yo nací allí. Es un tranquilo pueblo sobre el mar, en la Costa Brava. Mi familia pertenecía a la clase alta de Cataluña. Además de la casa principal en Sant Feliu, disponíamos de otra propiedad en la playa de Sant Pol, donde veraneábamos rodeados por vecinos famosos, artistas e intelectuales. Mi mamá es una mujer bellísima, de piel muy blanca, pelo negro y ojos dorados, una persona culta y eximia pianista. Mi papá, antes de la guerra, era un

empresario...

- ¿Un empresario luchando por la República? –interrumpí, asombrado.

- ¡Así es! La familia de mi padre, como la mayoría de la aristocracia catalana, es conservadora, monárquica, clerical y franquista. Pero mi papá es un demócrata que arriesgó todo jugándose por la causa republicana. Cuando aceptó un alto cargo en el Ayuntamiento de Girona, su familia le dio vuelta la cara. Para colmos, mi padre denunció a un primo.

Supongo que mi cara evidenciaba que yo estaba perdido como turco en la neblina, porque maría –sin disimular el odio que sentía por su pariente – vociferó:

- ¡El hijueputa asesinaba rojos!

Entonces, viendo que yo seguía sin entender, la muchacha suspiró, cambió de tono y poniendo cara de maestra ciruela, comenzó la historia desde el principio:

-En cuanto se conoció la sublevación de Franco, en mi pueblo estalló la violencia. Las milicias rojas comenzaron a apedrear las casas de los ricos y las iglesias. A su vez, los fascistas -desde un auto en movimiento- acribillaron a uno de esos “rojos”. En respuesta, un grupo de comunistas atacó la finca de un terrateniente -supuestamente franquista- y fusilaron a sus dueños. Así, de a poco, la espiral de violencia se extendió por todas partes y presencié escenas tan terribles que nunca logré olvidar. Fue entonces que mi papá descubrió que uno de sus primos había participado en el asesinato de aquel miliciano, y lo denunció. A partir de entonces, la familia de mi padre no solo rompió relaciones con él sino también con mi mamá, conmigo y mis hermanos.

- ¿Dónde están tu mamá y tus hermanos?

- Ahora en Perpignan, pero estuvieron en un campo de refugiados. Por suerte, pudieron salir y se mantienen en contacto por carta.

- ¿Qué cuentan? –pregunté, intentando alargar aquel momento que parecía estar ocurriendo en otro lugar o en otro tiempo, pero siempre lejos de aquella maldita guerra.

- Cuentan que en la frontera, los soldados franceses rompieron la única muñeca de mi hermanita, buscando dinero o alhajas. Cuentan que peor la pasó mi mamá a quien le revisaron la vagina en busca de joyas. Cuentan que luego los encerraron en uno de los campos de la playa de Argelès –entre el mar y una alambrada de púas- donde no había baños, ni nada para cobijarse. Cuentan que el mayor calvario era que no había comida. ¡Nada, pero nada de nada! Al tercer día de ayuno, mis hermanitos tenían fiebre y mi mamá pensó que se morirían de hambre. Por suerte, apareció la Cruz Roja con algunos alimentos. Creo que recibieron un pan y una lata de sardinas para compartir entre los tres. Pero cuando comenzaron a comer no podían masticar porque tenían las mandíbulas agarrotadas y la boca reseca, sin saliva. De a poco fueron recuperándose, pero al beber agua salada se descomponían nuevamente. Luego, una enfermera de la Cruz Roja se apiadó de mi familia y los hizo trasladar a otro campo de concentración menos inhumano, que estaba

en Barcarés. Los llevaron en un camión, junto a muchos otros enfermos, mujeres, niños y ancianos. Al llegar, se encontraron con una playa alambrada, custodiada por garitas -como la que acababan de abandonar- pero la gran sorpresa era que tenía barracones. Cada uno de estos galpones de madera albergaba a veinticinco refugiados, tenía cocina, baño y un depósito de agua potable. Los alimentos que les daban para cocinar al mediodía era carne de burro y lentejas al mediodía. La cena se reducía a pan con sardinas en latas. Esta mejoría en las condiciones de vida era importante, pero no suficiente para mis débiles hermanitos. Fue entonces cuando mi mamá se arrancó los dientes de oro y los canjeó por la libertad de ella y sus hijos. Desde entonces, están radicados en Perpignan, esperándome.

Aprovechando que yo había quedado ensimismado, María me preguntó:

- ¿Y tú, de dónde sacaste esa tonada?
- ¡Soy argentino!
- ¿Argentino? ¿Y a qué viniste desde tan lejos?

Mientras le contaba mi historia, María se apoyó en mi hombro y se quedó dormida. Al darme cuenta, dejé de hablar y aproveché para admirar el hermoso rostro de la veinteañera. No podía ver sus ojos, pero sí su boca, con los labios entreabiertos, en una expresión traviesa y sensual. Embelesado, nos envolví con mi manta y también me dormí.

Ya había amanecido cuando un griterío nos despertó:

- ¡Aviones!, ¡aviones!

Ambos corrimos y nos refugiamos entre los árboles. Poco después aparecieron los aviones de la Legión Cóndor y bombardearon un puente que habíamos cruzado la tarde anterior. Los pilotos alemanes eran rigurosamente metódicos. Cumplían estrictamente su misión. Si vos eras su objetivo difícilmente podrías salvarte. Pero si no te tenían en la mira podías verlos actuar como si vieras alimentarse a una fiera. Aquel día, si sus órdenes hubieran sido atacar a los caminantes, hubiéramos estado perdidos. Pero, aparentemente, el objetivo había sido el puente y -luego de destruirlo- volaron de regreso a casa, como empleados públicos.

Un buen rato después de retomar nuestra marcha al exilio, antes de llegar a La Junquera, volvieron a aparecer aviones enemigos. Esta vez eran cazas y los muy malparidos se dedicaron a ametrallar a la multitud que avanzaba penosamente por la ruta.

- ¡Túmbense! –grito alguien.
- ¡Al suelo! –grité yo.
- ¡Me cago en Dios! –blasfemó María.

En un instante, presa del terror, la larga y compacta fila se dispersó, huyendo en distintas direcciones, como un río furioso que rompe su dique.

Pasado el peligro, casi sin pensarlo, con María, decidimos continuar a campo traviesa, por la montaña, cruzando el bosque, sin acercarnos a carreteras o vías férreas.

Luego de muchas horas de marcha forzada, divisamos una humilde casa rural. Nos acercamos y nos atendió una mujer muy anciana. María le ofreció dinero a cambio de algo para comer y la pobre campesina catalana contestó:

- *Ho sento. No tinc res per vendre, però puc compartir el meu menjar* (Lo siento, no tengo nada para vender, pero puedo compartir mi comida).

Además del plato de cocido y galletas duras, nos ofreció dormir en el dormitorio de sus hijos, que ya habían cruzado a Francia.

Al amanecer nos despedimos de la señora, a quien María agradeció con un cariñoso y prolongado abrazo y besos en ambas mejillas.

- ¡Bona sort! –nos deseó la anciana, dio media vuelta y entró a su humilde vivienda.

Poco después del mediodía, tras varias horas de difícil avance, en el bosque, encontramos otra casa, pero estaba vacía. Sus dueños habían huido abandonando todas sus pertenencias y los recuerdos de toda una vida. Las puertas habían quedado abiertas -tal vez- para servir de refugio a otros fugitivos, como nosotros. Lamentablemente, no había quedado comida. Pero aprovechamos para descansar bien, curar las ampollas de los pies y reponer energías hasta el día siguiente. En cuanto amaneció, nos comimos las últimas sardinas que nos quedaban y encaramos el desafío de descender de la montaña hacia nuestro destino final. Luego de varias horas de marcha, cruzamos un río -con el agua helada hasta las rodillas- atravesamos un túnel y llegamos a la frontera francesa.

-¿Qué nos va a suceder ahora?- con la voz quebrada por el miedo, me preguntó María, y yo no supe qué responderle.

Todo lo demás, ocurrió muy rápido. En el puesto fronterizo de Cerbère, junto a una montaña de armas requisadas a los soldados republicanos, fuimos brutalmente alineados a empujones por tropas coloniales senegalesas, cuyos soldados –altos, negros y violentos- nos gritaban “souvages rouges” y nos cachearon en forma grosera, quitándonos todo lo que se les antojó. La esperanza de que nos dieran algo de comer se desvaneció cuando nos ordenaron sumarnos a una larga caravana de desahuciados –civiles y militares- que caminaban penosamente hacia un campo de concentración, junto al mar.

Creo que vale la pena recordar que –en aquel trágico final de la guerra civil- se produjo la mayor diáspora de la historia española, compuesta por más de medio millón de personas que huían de la represión franquista. De ese total de refugiados, la mitad eran mujeres, niños, ancianos, inválidos y heridos. El resto, como en el tango “Cambalache”, incluía héroes y traidores, honestos y corruptos, idealistas y mercenarios, inocentes y culpables.

En nuestro caso, al llegar al campo de Angelès-sur-Mer –el mismo donde había estado la familia de María- separaron a los hombres de las mujeres. A partir de ese momento, nunca más volví a ver a mi compañera de éxodo y -aún hoy- me pregunto qué habrá sido de la vida de la pequeña María.

CAPÍTULO (XX): CAMPO DE CONCENTRACIÓN



Guardias, oficiales y soldados, paisanos y heridos, se hacían entre las alambradas de los campos de concentración franceses para refugiados

El campo de Angelès-sur-Mer fue una aberración humanitaria, inimaginable por parte de un país neutral, como era Francia. Primero, los refugiados sufrimos la desgarradora separación de nuestras mujeres, sin importar si se trataba de esposas, hermanas, madres e hijos, o simplemente amigos como María y yo. Luego, con temperaturas bajo cero, a la intemperie, bajo una llovizna de agua-nieve, nos hicieron esperar horas, de pie, en una interminable fila, para presentar nuestros documentos. Cuando llegó mi turno, al no ser español, ni tener pasaporte válido, mostré mi Cédula de Identidad argentina. Entonces, el oficial a cargo me dijo que sólo me dejaría pasar si depositaba mil francos, como “garantía de solvencia”. Para mi desgracia, yo no tenía ese dinero y fui ingresado al gigantesco campo de concentración, en plena playa, rodeado de alambres de púas y torres con guardias armados. En realidad, el campo estaba dividido en dos partes. En una estaban los refugiados que aceptaban volver a España y someterse al ejército de Franco. En la otra estábamos los que seguíamos siendo fieles a la República y que seríamos fusilados si nos capturaban los franquistas. Nuestra zona era un verdadero infierno sobre la arena, una prisión a la intemperie, sin galpones, ni carpas, ni toldos, ni baños, ni cocinas, ni electricidad, ni médicos. Pero sobre todo, sin agua potable. Bebíamos el agua salada, que producía diarreas -en muchos casos- mortales. La desorganización era tal que no a todos les llegaba la mísera ración de comida. Nos daban pan y legumbres que teníamos que cocinar con agua de mar, en fogones que excavábamos en la arena. Por eso a nadie sorprendió el prematuro brote de disentería, seguido por otros de sarna, tuberculosis, cólera y tifus. Los enfermos y heridos colapsaron los hospitales de la región, generando una crisis sanitaria. En aquel crudo invierno, miles de refugiados, especialmente niños y ancianos, murieron a causa del hambre, el frío y las enfermedades.

El primer compañero de desgracia que me habló, fue un hombre demacrado y famélico que tiritaba de frío, apenas abrigado con una boina y una gastada chaqueta de lana, ya sin botones, que sujetaba con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos al calor de las axilas. Los pantalones y las frágiles alpargatas estaban mojados, sucios de barro y arena húmeda. Tenía los ojos profundamente hundidos en unos pómulos prominentes, cubiertos por una piel reseca, arrugada y pálida, como si ya no corriera sangre por sus venas.

- ¿Me la prestas un rato? –dijo, con voz apagada, señalando la manta que yo llevaba sobre los hombros, encima de mi grueso capote.

Asentí con un movimiento de cabeza y se la coloqué en la espalda, intentando protegerlo del viento helado del mar.

- ¡Gracias! -dijo con su voz de ultratumba y –a espasmos- fue presentándose:

- Me llamo Aimar...soy vasco...católico...republicano...antifascista...y también anticomunista...

Un ataque de tos le impidió continuar.

Luego, con una mirada de desesperación, me confesó:

- Hoy me largo...ya no puedo aguantar más...me estoy muriendo de a poco...prefiero escapar...

Esa misma noche, luego de devolverme la manta, cavó un pozo en la arena, debajo de la alambrada, y salió a campo traviesa. Al rato, escuché un par de disparos. Los guardias senegaleses tenían orden de tirar a matar y buena puntería. Nunca supe si Aimar logró esfumarse en la oscuridad o si murió en el intento.

Recuerdo a otro refugiado –joven, pero con la cara surcada por las arrugas del sufrimiento- que me contó escenas del exilio que había presenciado en Alicante, en cuyo puerto se había reunido una multitud de personas que huían del avance de Franco. Esa gente esperaba -en vano- la llegada de algún barco que los rescatara de una matanza segura. Esos pobres condenados, miraban al mar, con la esperanza de que Francia o Inglaterra enviaran su flota para socorrerlos. Querían creer que las democracias de Occidente no los abandonarían en manos de los asesinos fascistas. Pero, a medida que el tiempo pasaba y el enemigo estaba más cerca, comenzaron los disparos aislados, de los que optaron por el suicidio, para evitar las torturas previas al paredón de fusilamiento. En medio de los gritos y los lamentos, muchos –como mi interlocutor- , sacando fuerza de flaqueza, emprendieron la larga marcha hasta la traidora frontera francesa.

El más animoso de mis compañeros de infortunio era Raúl, un simpático cubano, bien moreno y de dientes relucientes. Por el contraste con su origen caribeño, era de los que más sufrían el frío, pero no se dejaba vencer por el desánimo. “A mal tiempo buena cara”, era su refrán favorito. Estaba convencido de que un gesto amable era más efectivo que las súplicas o reclamos. Lo cierto era que -con su habitual buena onda- lograba que los guardias le dieran raciones extras de comida, que luego compartía solidariamente con los más débiles. También conseguía leña para el fuego y hasta alguna que otra manta. Los guardias senegaleses, de piel oscura como Raúl, disfrutaban de las reminiscencias africanas del rítmico tamborileo que el cubano lograba, entrechocando los utensilios de metal. Su experiencia en España había sido muy dura. Capturado por los franquistas, había

permanecido varios meses hacinado en la tristemente famosa cárcel de San Pedro de Cardeña, en Burgos. *Luego, gracias a la intervención de la diplomacia cubana en Madrid, fue incluido en un canje de prisioneros coordinado por la Cruz Roja Internacional: los franquistas entregaron quince brigadistas cubanos a cambio de quince soldados italianos que estaban en poder de la República. Supuestamente, Raúl y sus compatriotas tenían que abordar un barco Inglés que los llevaría de Alicante a La Habana, pero los ingleses no cumplieron y –tras quedar varado en el puerto de Alicante primero, y en la frontera francesa, después- terminó encerrado en el campo de concentración de Angelès-sur-Mer.*

En lo que a mí respecta, durante el tiempo que permanecí en ese campo francés, mi vida quedó degradada a una existencia elemental, concentrada en las necesidades primarias de un cuerpo esquelético que luchaba por sobrevivir.

Pero, además de los padecimientos físicos, lo más doloroso era la tortura moral de sentirme un paria, desposeído de mis derechos, perseguido por el franquismo y estigmatizado, despreciado y humillado por el gobierno francés. En aquel desamparo, los exiliados compartíamos el dolor y la impotencia ante la destrucción de nuestros ideales y el derrumbe de nuestras creencias.

Frente a aquel drama humanitario en la Francia de “la liberté, égalité, fraternité”, sólo unas pocas organizaciones concurren en socorro de los sufridos refugiados. La labor más destacada correspondió a la Cruz Roja Internacional y fue una de sus enfermeras la que me salvó la vida. Se llamaba Rocío y era mexicana. Como un ángel de la guarda, ella me atendió cuando yo volaba de fiebre por alguna de las tantas pestes que diezaban a los refugiados. No sólo me medicó sino que vino a controlar mi salud durante varios días. Aunque yo casi no podía hablar, ella me contaba sus experiencias en aquella guerra. Lo que más le preocupaba eran los chicos: muertos, heridos, huérfanos o separados de sus familias. Muchos habían sido enviados a México y otros a Rusia. Aquella enfermera me hizo la inmensa gauchada de contactar a Anouk en Toulouse, para que depositara los malditos mil francos de garantía exigido por el gobierno francés. Así pude abandonar aquel terrible lugar antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial.

Dado mi precario estado de salud, el campo de Angelès-sur-Mer pasé directamente al hospital de Perpignan, donde permanecí internado varias semanas. Allí, gracias a mi conocimiento del idioma Francés, pude conversar con enfermeras, médicos y pacientes, como así también recuperar el placer de leer los diarios. Durante esas semanas, fui asimilando información que me permitió esbozar un razonable cuadro de situación, de ese particular momento de la historia de Europa.

Por ejemplo, tuve que reconocer que el mal trato a nos infringían a los refugiados era un tema que dividía a la opinión pública francesa. Mientras que las izquierdas -favorables a la República Española- pedían mayor ayuda y colaboración con nosotros, la extrema derecha -abiertamente xenófoba- directamente nos consideraba “extranjeros indeseables” y exigía nuestra expulsión por ser “*repoussants, malpropres, fuyards et déserteurs*” (*repulsivos, sucios, fugitivos y desertores*).

En realidad, esas facciones políticas francesas respondían a las dos grandes ideologías que se disputaban Europa y se enfrentarían en la Segunda Guerra Mundial.

Una de las tantas paradojas de aquel dramático momento histórico, fue que –ante la invasión alemana- decenas de miles de refugiados -españoles y brigadistas internacionales- terminaron alistándose en el ejército de la misma Francia que los había maltratado en aquellos inhumanos campos “de acogida”. Más allá del rencor por haber sido considerados la escoria mundial, estos hombres lucharon junto a los aliados hasta derrotar a los nazis. Su participación resultó fundamental en el sur francés, donde ellos solos lograron liberar varios pueblos. Pero –en sus corazones – los refugiados luchaban con la esperanza de que los aliados, una vez ganada la guerra, ayudaran al pueblo español a desalojar a Franco y reinstalar el gobierno republicano. Lamentablemente, la historia nos dice que aunque los aliados ganaron la Guerra Mundial, luego -en la euforia del triunfo- se olvidaron de España y los españoles.

Durante la Segunda Guerra Mundial, el General Franco emitió un mensaje -supuestamente conciliador- garantizando inmunidad para todos aquellos españoles libres de "delitos de sangre" y logró que casi la mitad del medio millón de exiliados regresara a España. Lamentablemente, según una denuncia firmada –entre otros- por Hemingway, decenas de miles de repatriados pagaron con sus vidas el tan esperado regreso a casa. Al entrar a territorio español, todos fueron interrogados y muchísimos quedaron detenidos, para ser sometidos a procesos sumarios que solían terminar con la condena a muerte ante los pelotones de fusilamiento.

Entre tanta crueldad, tuve la suerte de conocer a aquella entrañable enfermera de la Cruz Roja que me protegió como un ángel de la guarda. Sin su dedicación yo no habría sobrevivido a ese aberrante campo de concentración francés. Ella no sólo cumplió con su obligación profesional de cuidarme y alimentarme, sino que le devolvió el sentido a mi vida. Cuando me encontró, yo tenía quebrada la salud y estaba derrumbado anímicamente. Mi mundo terminaba en la alambrada de púas. Como un enfermo terminal, mi único futuro era sobrevivir un día más. De ese infierno me rescató Rocío.

CAPÍTULO (XXI): SUBMARINOS NAZIS



Durante los largos meses que permanecí internado en el hospital de Perpignan, tuve la oportunidad de encontrarme con dos brigadistas argentinos.

Uno era José Acosta, oriundo de Lanús, que sólo tenía 22 años cuando decidió ir a España para luchar contra los fascistas. Era argentino, hijo de españoles, y –como yo- miembro de la Federación Juvenil Comunista. Al llegar a Barcelona, lo asignaron a la unidad del ejército radicada en Castellón de la Plana, donde tuvo la mala suerte de incorporarse justo el día en que comenzó el bombardeo desde barcos de guerra de Italia y Alemania. Allí, además de la muerte y la sangre, José descubrió pronto otra maldición de la guerra: la sarna de las trincheras. Entre sus experiencias en el frente, hubo una que –a la vez- resulta insólita, divertida y peligrosa. Al producirse la retirada de Tarragona, ya devenido en capitán, José recibió la orden de cargar un camión con el champagne disponible en una enorme bodega y destruir el resto, para que no cayera en manos franquistas. Cuando dispararon las ametralladoras sobre las kilométricas estanterías, se produjo una reacción inesperada. Millones de botellas comenzaron a explotar y un río de espuma los rodeó, obligándolos a huir de las cavas. *“Hubiera sido muy burgués morir ahogado en champagne”* – bromeaba José. Finalmente, su jefe -un guerrillero experto en combatir detrás de las líneas enemigas- lo eligió para una difícil misión: cruzar los Pirineos y contactar a un general republicano que estaba preparando la retirada hacia Francia. El cruce lo hizo en el caballo de un contrabandista, que –de memoria- lo condujo por secretos caminos de montaña y lo dejó en Francia. Acosta se creía seguro con su documento argentino, pero fue detenido y llevado a un campo de concentración, donde se hacían miles de refugiados. Días después, se produjo un motín, resultó herido y fue internado en el mismo hospital donde estaba yo.

La otra brigadista internada en Perpignan era Micaela Feldman de Etchebéhère, a la que conocí por su nombre de guerra: Mika. Se trataba de una mujer interesantísima, amiga de Cortázar y Alfonsina Storni, entre otros. Como yo, era hija de judíos rusos, que huyeron de la Rusia zarista. Micaela estudio odontología en la UBA. Allí conoció a Hipólito Etchebéhère, con quien formaría una pareja consagrada a la militancia universitaria y política. Más tarde, por su apoyo a Trotski, ambos serían expulsados del PC. En 1936 se habían trasladado a España e integraron una columna militarizada del partido Obrero. Apenas un mes después, su esposo muere combatiendo. A partir de ese momento, Mika se compromete aún más con la guerra, a la que le dedica todo su tiempo y energías, logrando convertirse en líder. Ello implicó convivir en el frente e imponer su autoridad a hombres tan revolucionarios como machistas, que consideraban que el rol de las mujeres en la guerra era cocinar, lavar ropa y hasta remendar calcetines. Pero Mika se arrastraba por el barro de las trincheras, donde silbaban las balas, empuñaba las armas y luchaba codo a codo con sus milicianos, quienes la nombraron capitana. Por sus proezas en distintos frentes y su fama temeraria, la designan para tomar el cerro de Ávila. Pero su grupo tuvo que acometer el asalto sin protección aérea, ni de artillería, y combatir con pocas armas contra un enemigo mucho mejor equipado. Al ver morir a sus milicianos, Mika se quejó enérgicamente ante sus superiores, y estos la descreditaron por trotskista. Sin opciones, se refugió en Perpignan, donde se internó en el hospital para curar sus heridas.

En ese año 1939, terminó una guerra y comenzó otra. En abril, las tropas franquistas doblegaron la última resistencia republicana y Franco anunció el final de la guerra civil. En setiembre, la Alemania de Hitler invadió Polonia y -en represalia- Francia y Gran Bretaña le declararon la guerra.

Durante esos meses en que permanecí en el hospital, mi buena amiga Anouk realizó infructuosas gestiones ante el Consulado Argentino en París y el Partido Comunista Argentino, para que me incluyeran en la lista de compatriotas que serían repatriados, sin costo. Al no tener éxito, ella se comunicó con mis padres y les pidió el dinero necesario para pagar el pasaje. Finalmente, gracias a mi familia, el 18 de octubre, pude subir a un barco francés que se convertiría en el símbolo del éxodo republicano.

Ante la amenaza que representaban los submarinos de Hitler que patrullaban el Atlántico, el "Massilia" - luego de ser despojado de banderas e insignias francesas- partió desde un puerto no habitual. Además, si bien el destino era "América", no nos informaron ni el rumbo, ni las escalas previstas.

Pero nuestro miedo comenzó en cuanto zarpamos y nos obligaron a practicar un ensayo de salvamento, indicándonos los botes que nos correspondían en caso del que barco fuera alcanzado por un torpedo alemán. Otra de las precauciones del capitán del "Mossilia" era que -por las noches- navegaba con las luces apagadas, para evitar los ataques enemigos.

Recuerdo la tristeza de ver por última vez la costa de España. Era una angustia que me oprimía el corazón. Habíamos llegado con Ramón, plenos de

ilusiones y esperanzas, y yo la abandonaba solo, vencido y humillado. Mi amigo había pagado con su vida el entusiasmo, voluntad y coraje que derrochó para defender la libertad y la independencia de aquel país.

Creo que en ese momento, al revivir los recuerdos, por primera vez pasó por mi cabeza la idea de dejar esta huella escrita de aquella experiencia dolorosa. Sin embargo, durante décadas, preferí rumiar mi bronca en silencio. Con apenas 26 años, yo aún no era capaz de procesar y verbalizar las imágenes y sonidos que atormentaron mis sentidos durante aquellos tres años. Pero la inenarrable tragedia de la guerra había penetrado en lo más profundo de mi conciencia, y se mantuvo viva hasta esta altura de mi vejez, en que decidí que ya era hora de volcarla en “mis memorias”.

Sin embargo, en un rincón de la atiborrada cubierta del “Massilia”, comencé a escribir algo, menos ambicioso y mucho más concreto: una carta a Rocío, con la esperanza de despacharla en el primer puerto donde atracáramos.

Durante mi paso por la España en guerra, yo había conocido a Zahira, la viudita marroquí; a Anouk, la fotógrafa francesa; a María la refugiada catalana y a Rocío, la enfermera mexicana. Todas habían despertado mi atención, pero esta última me salvó la vida. Si bien no era sensual, ni atractiva, Rocío tenía muy lindos rasgos: piel morena, cabello negro y rebelde -que escapaba por debajo de su cofia blanca-, y unos hermosos ojos marrones enmarcados por largas y tupidas pestañas. Pero lo que más recuerdo es su permanente sonrisa: franca, cálida y fraternal. Mientras me atendía, acariciándome la frente, solía hablarme en voz baja, con su dulce tonada caribeña, y –por un instante- yo me olvidaba de mis dolores y de la guerra que nos rodeaba. Esto es lo que intenté agradecerle en aquella carta.

El resto del pasaje del “Massilia” estaba compuesto por unos 150 españoles –en su mayoría intelectuales-, unos 80 argentinos y el resto era de varias nacionalidades. Si bien mis padres habían pagado un camarote de segunda clase, fui alojado en la bodega de tercera, donde –además de la comida espantosa- compartí un camarote para seis personas, en deplorables condiciones de hacinamiento y promiscuidad, con refugiados provenientes de Europa Oriental.

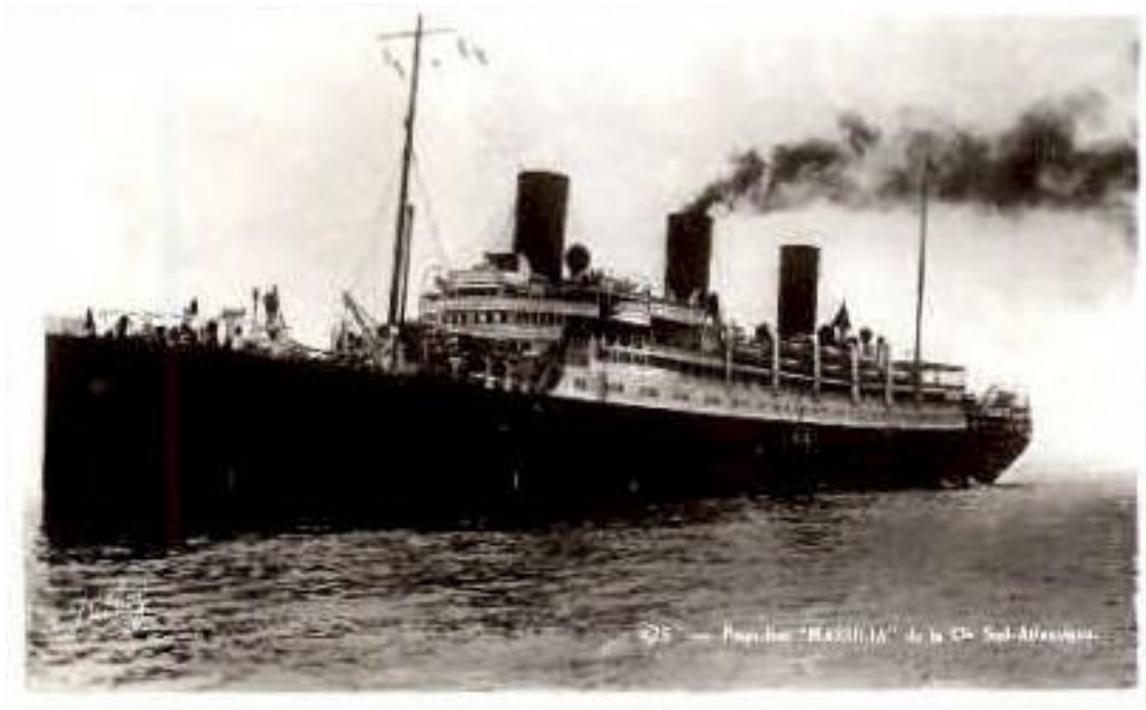
Para colmos, la tripulación francesa nos trataba mal, nos despreciaban por ser rojos o judíos, y en mi caso, ambas cosas a la vez. Esos marinos eran apenas una versión educada de los guardias de los campos de concentración. Sin embargo, las adversidades sirvieron para unir a los pasajeros, quienes -al terminar el viaje- ya socializábamos todos con todos, sin distinción de nacionalidad o status social. Es que además del miedo a los submarinos nazis y el rechazo a los marinos franceses, los pasajeros compartíamos el odio al fascismo y el anhelo de libertad.

En cuanto a la travesía del “Massilia”, recuerdo que -al segundo o tercer día de navegación- se recibió un alarmante mensaje: «*Submarino próximo a Portugal*». Entonces, inmediatamente, el capitán decidió cambiar el rumbo hacia América, sin hacer la acostumbrada escala en África. Al mismo tiempo, la

sirena alertó a los pasajeros y –de acuerdo con el protocolo de salvataje- todos corrimos en estampida, empujándonos por el laberinto de pasillos y escaleras interiores, hacia la cubierta, para reunimos en grupos, junto al bote salvavidas que teníamos asignado. En la desesperación, algunos tropezaron, cayeron y se lastimaron. Otros olvidaron sus chalecos salvavidas y comenzaron a pelear entre sí, disputándose los pocos que quedaban sin asignar. Aún no habíamos completado esa operación, cuando un nuevo griterío generalizado nos indicó que un torpedo cortaba en mar en dirección a nosotros. Entonces, imaginando un final irremediable, se generalizaron los llantos y los gritos de pánico. Afortunadamente, el experimentado capitán ordenó virar a estribor y continuar a toda máquina, en zigzag. Esta astuta maniobra dio buen resultado y -gracias a la mayor velocidad de nuestro barco- nos alejamos del maldito submarino.

La siguiente aproximación de un corsario nazi, ocurrió cerca de Río de Janeiro pero -antes de que nos tuvieran a tiro- la velocidad del “Massilia” le permitió ingresar a tiempo en las protectoras aguas territoriales de Brasil. En consecuencia, el amarre y la estadía en el puerto carioca fueron un verdadero bálsamo, tanto para la tripulación como para los aterrorizados pasajeros.

CAPÍTULO (XXII): VOLVER



Llegado el momento de continuar viaje hacia el puerto de Santos, se conoció una alerta sobre la presencia del acorazado alemán “Graff Spee” en la cercanía de nuestro siguiente destino. Si bien el “Massilia” estaba armado con dos cañones en popa y seis ametralladoras antiaéreas en proa, solo servían para defenderse, en caso extremo, si el enfrentamiento fuera inevitable. Pero, pudiendo eludir el peligro, el capitán del “Massilia” decidió saltar la escala en Santos y enfilarse directamente hacia Montevideo.

En este trayecto tuve la oportunidad de conocer al periodista español Constantino García Martínez, quien -bajo el seudónimo de Constantino del Esla- trabajaba como corresponsal del diario “La Nación”, de Buenos Aires. Sin apuro, al aire libre, aprovechando los momentos en que amainaba la fuerza del viento salobre, intercambiamos nuestras experiencias. Él había cubierto el feroz asedio y destrucción de Madrid, relatando el sufrimiento de un pueblo, al que la barbarie del enemigo obligaba a vivir bajo una lluvia de obuses. Sus notas eran las de un testigo ocular que relata todo aquello que ha presenciado: *“Yo tengo que pasarme muchas veces las manos por los ojos y por la frente en movimientos fuertes, bruscos, para romper alucinaciones, espejismos, bárbaras estampas que me persiguen. Veo niños descuartizados, mujeres muertas en el rincón de una calleja llena de escombros, soldados prendidos en las alambradas, inánimes, con las manos tendidas en el suelo, como si intentaran llegar a la tierra, arañarla, meterse en ella, sepultarse”*. Otra de sus crónicas más logradas es la que describe su profesión de corresponsal de guerra: *« Es mi oficio buscar emociones, pulsar la vida de hoy, sentirla. Pero conste que no lo hago con alegría. Me duele que cada vez esté más lejos la literatura pura, que el periodista tenga que caminar por campos enlodados, por sendas de sangre, destrozándose el corazón”*. Ya a bordo del “Mossilia”, confesaba: *“en la tierra me mordían los presentimientos y en el mar me fustiga la melancolía, [...] siempre, en suelo firme o entre olas, seré un perseguido por el pasado o por la*

amargura del futuro incierto: sin reposo, sin calma, sin dejar de ver sangre, sin dejar de ver dolor”.

Con respecto a la postura editorial del diario “La Nación”, Constantino señalaba que -alineados con la política de “no intervención- los directivos no censuraban sus opiniones, moderadas, pero favorables al bando republicano. En una supuesta búsqueda de objetividad, el diario publicaba simultáneamente las notas de corresponsales de ambos bandos y ofrecía más de una versión del mismo hecho. Pero, a medida que la guerra se acercaba a su fin, se fue reduciendo el espacio dedicado a la opinión republicana y aumentando los panegíricos para el “generalísimo” Franco. *“La historia la escriben los que ganan, y esa es la versión que publican mis patrones”* – se lamentaba aquel periodista y compañero de viaje.

Además, junto con Constantino, compartimos una interesante charla con el editor Arturo Cuadrado. Se trataba de un optimista empedernido, convencido de que -en cualquier lugar- siempre habría poetas jóvenes para editar. *“Editar es crear, descubrir, expandir la cultura, y ese es mi compromiso”*, decía. Por eso, ya en Buenos Aires, fue uno de los fundadores de la editorial EMECE, donde publicó las colecciones más importantes de la literatura hispanoamericana.

Arturo era amigo de Natalio Botana, director del periódico porteño “Crítica”. Precisamente, sería Botana quien convencería al presidente Ortiz de permitir el ingreso legal de ese puñado de intelectuales españoles. La importancia de la gestión de Botana, radica en que Argentina -luego de haber recibido millones de inmigrantes- cerró sus fronteras a partir de 1930. Ya desde el comienzo de la Guerra Civil española, en 1936, el gobierno argentino se preocupó por bloquear el posible ingreso de expatriados españoles, en particular los republicanos y judíos. Como excepción, los republicanos vascos, eran admitidos por ser católicos. Cuando los cónsules argentinos en el exterior suspendieron las visas de ingreso a nuestro país, los diputados opositores (radicales y socialistas) encontraron su espacio de protesta en el Congreso y en el diario “Crítica”, ferviente defensor de la República española.

Una vez en Uruguay, Constantino se comunicó con sus colegas porteños y se enteró de una preocupante decisión del gobierno argentino: sólo podrían descender en Buenos Aires quienes tuvieran el permiso de libre desembarco. Es decir, la tripulación francesa del “Mossilia” y los pasajeros con pasaporte argentino. Los restantes, dada su supuesta peligrosidad, continuarían viaje hacia Chile, cuyas autoridades estaban dispuestas a recibirlos como refugiados.

Esta información, desencadenó una serie de decisiones. Por un lado, Arturo Cuadrado se comunicó con su amigo Natalio Botana, quien ya conocía la situación y lo tranquilizó, informándole que estaba gestionando un tratamiento excepcional para los intelectuales españoles que venían en ese vapor. Lamentablemente, el resto de los pasajeros no podría descender, incluido yo, que no tenía pasaporte argentino, sino sólo la Cédula de Identidad.

Ante ese imprevisto, tuve que cambiar mis planes e ingresar a Argentina como pasajero indocumentado, en un lanchón arenero que cruzaba el Río de la Plata, desde Carmelo hasta San Fernando.

Este obligado ingreso clandestino fue un golpe que quebró mi espíritu y agravó mi salud.

En ese contexto, la emoción del reencuentro con mis padres, apenas

duró hasta que ellos comprendieron que mi lamentable estado requería inmediatos controles médicos. Los resultados no me sorprendieron: la angustia y la depresión habían logrado ulcerar mi duodeno.

Durante mi larga convalecencia disfruté los mimos de mi mamá y las conversaciones con mi padre, quien, gradualmente, fue acercándome noticias internacionales, especialmente de España. A medida que me recuperaba, yo dedicaba más tiempo a la lectura de los diarios, tratando de entender por qué la República había perdido la guerra. Así, de a poco, comencé a sacar mis propias conclusiones sobre aquel enfrentamiento fratricida que costó un millón de vidas y medio millón de exiliados, a los que se sumarían los cien mil fusilados y asesinados por Franco, después de su triunfo.

En principio, las respuestas debía buscarlas en el plano internacional. La política de “no intervención” se utilizó para bloquear las posibles ayudas a la República, mientras se toleraba la intervención directa de Alemania e Italia - aportando hombres y moderno material bélico- que fueron fundamentales para la victoria fascista. No menos letal fue la pendular actitud de la URSS, que aportaba armamento a los republicanos, mientras le seguía vendiendo combustible a la aviación italiana que bombardeaba España. Finalmente, los rusos se quedaron con el oro español a cambio de un armamento que se demoró tanto, que llegó a España cuando Franco ya había ganado la guerra. Pero la actitud soviética alcanza los límites de la traición con el pacto entre Stalin y Hitler.

Una vez reconocida la incidencia de las grandes potencias, era necesario que yo aceptara los propios errores del gobierno de la República. A tal efecto, me ayudó mucho recordar mis conversaciones con Anouk, la lúcida fotógrafa francesa. Cuando aún no se vislumbraba el final de la guerra, ella había intentado alertarme pero yo no la tomé en serio.

- No hay dudas sobre la superioridad militar de Franco y sus aliados - reconocía Anouk- pero el bando republicano se está suicidando al despreciar a la fracción del ejército regular que le sigue siendo leal. Además, la República no sólo sufre por su incapacidad militar, sino por la falta de unidad y por los errores políticos del gobierno de Negrín.

Ahora, a la distancia, veo que Anouk tenía razón: Negrín decidió resistir a ultranza, a fin de obtener una paz internacionalmente consensuada, que Franco nunca aceptaría.

En aquel Buenos Aires de fines de 1939, yo estaba decidido a priorizar mis estudios y la búsqueda de trabajo. Pero, en cuanto me sentí con fuerzas como para salir a la calle, me dirigí a la sede de la Federación Juvenil Comunista. Mi intención era pedir explicaciones por su total falta de colaboración cuando -por intermedio de Anouk- les pedí ayuda para regresar al país. Pero, en vez de disculpas, recibí una agresión verbal. Para los dirigentes de la Fede, yo debería haber peleado hasta la muerte y -por regresar vivo- había sido expulsado de esa organización. Se trataba de una vergonzosa injusticia. Los mismos jefes del Partido Comunista que habían abandonado España y disfrutaban de la buena vida en Moscú, habían decidido que sus camaradas “de a pie” - como Ramón, yo y muchos miles más- debíamos dejar nuestros huesos en el campo de batalla.

El destino ya me había enfrentado a innumerables situaciones difíciles, pero tamaña injusticia me hizo sentir engañado, usado, descartado y traicionado. Entonces, con apenas 26 años y mis ideales destruidos, decidí

alejarme de la militancia política. Tuvieron que pasar muchos años hasta que mis recuerdos comenzaron a decantar la intensidad ideológica y emocional de la guerra. Recién ahora, sesenta años después, fui capaz de encarar la redacción de estas memorias, sobre la epopeya popular más grande del siglo pasado, y reconocer –con orgullo- mi participación junto al pueblo español.

Yurik Zhukovski